



Frontera abierta: La vida en dónde

Gladys Calvopiña Herrera
Jorge Lucena
Anayelish Carpio
Esther Gualtieri

Lourdes Coromoto Aldana
Ida Cira Sandra
Bernardita Maldonado
Edith Ibarra

María Belén Mancayo
Soledad Álvarez Velasco
Ana María Morales Troya
Alianza contra las prisiones
Sara Tillería

Cristina Burneo Salazar (ed.)

Svetlana Pozo Kovalchuk
María José Gutiérrez
Lola Parreño

Isabel González Ramírez
Freddy Guanipa

Carmen Gómez Martín
Rafael Sánchez-Mateos
Mafe Mascoso

Élodie Segal
Celiner Asoanio

Ángel Burbano/ Kosakura
Natalia Andrea Mera Sandoval

Cristian Orobio
Yuri

José
Lejdi

Servando
Ciprián

Abelardo
Diana

Tatiana Pílay
Belén Valencia

Ce Larrea-Casimira
Karen Araujo

David Gustafsson
Juan Diego Montenegro

Josep Vecino

Antología de
Corredores Migratorios
2018 – 2022



**Frontera
abierta:**

**La
vida
en
dónde**

**Antología
Corredores Migratorios
2018-2022**



**CORREDORES
MIGRATORIOS**



**FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG**  **ILDIS**



Puedes acceder a esta publicación en formato digital escaneando el siguiente código QR o visitando los repositorios digitales de Corredores Migratorios y FES-ILDIS Ecuador.



Frontera abierta: **La vida en dónde**

Cristina Burneo Salazar (ed.)
Corredores Migratorios



corredoresmigratorios.com

Frontera abierta: **La vida en dónde**

Edición

Cristina Burneo Salazar

Autoras, autorxs y autores

Gladys Calvopiña Herrera, Jorge Lucena, Anayelith Carpio, Esther Gualtieri, Lourdes Coromoto Aldana, Ida Cira Sandrea, Bernardita Maldonado, Edith Ibarra, Carmen Gómez Martín, María Belén Moncayo, Soledad Álvarez Velasco, Ana María Morales Troya, Alianza contra las prisiones, Sara Tillería, Cristina Burneo Salazar, Svetlana Pozo Kovalchuk, María José Gutiérrez, Lola Parreño, Isabel González Ramírez, Freddy Guanipa, Rafael Sánchez-Mateos y Mafe Moscoso, Élodie Segal, Celiner Ascanio, Ángel Burbano/ Kosakura, Natalia Andrea Mera Sandoval, Tatiana Pilay, Belén Valencia, Ce Larrea - Casimira, Karen Araujo, Yuri, José, Leidi, Servando, Ciprián, Abelardo, Diana.

Primera edición, noviembre 2022 | Quito - Ecuador.

Coordinación desde FES: Gustavo Endara.

Diagramación, diseño e ilustraciones: Josep Vecino

Ilustraciones de "Relatograma" y "Alejandro y Liliana: prisión, migración y justicia de ganado": Ce Larrea, "Casimira"; Emilia Salazar, "La Arisca"

Galería fotográfica: Lola Parreño, David Gustafsson, Juan Diego Montenegro y Josep Vecino.

Otras fotografías: Ma. Belén Moncayo, Mafe Moscoso-Rafael Sánchez Mateos, Marcos Moreno.

Corredores Migratorios

www.corredoresmigratorios.com

info@corredoresmigratorios.com

Tel.: (593) 096 997 3201



Friedrich-Ebert-Stiftung Ecuador FES-ILDIS

Av. República 500 y Martín Carrión,

Edif. Pucará 4to piso, Of 404

Quito-Ecuador

Tel.: (593) 2 2562-103

Casilla: 17-03-367

www.ecuador.fes.de





ISBN: 978-9978-94-245-1

Esta publicación se encuentra enmarcada en el trabajo colectivo con población en movimiento del colectivo-medio Corredores Migratorios. Los contenidos de esta publicación se pueden citar y reproducir, siempre que sea sin fines comerciales, que inciten a discursos de odio, racistas o xenófobos o mediante lenguaje sexista, con la condición de reconocer los créditos correspondientes refiriendo la fuente bibliográfica. Las ilustraciones y fotografías pueden reproducirse únicamente como parte de este libro. Prohibido su uso en otros soportes. El uso comercial y la impresión de todos los materiales editados y publicados por Corredores Migratorios/ Friedrich-Ebert-Stiftung (FES) está prohibido sin su previa autorización. Las opiniones expresadas en esta publicación representan únicamente a sus autorxs.



corredoresmigratorios



@CorredoresMigra



Friedrich-Ebert-Stiftung Ecuador FES-ILDIS



@fes_ildis



@FesILDIS

Frontera abierta: ÍNDICE

MANIFIESTO

Corredores Migratorios | 1

UNA FRONTERA ABIERTA

Cristina Burneo Salazar | 3

ES HORA DE PONER LA DIGNIDAD Y LA JUSTICIA EN EL CENTRO DE LAS MIGRACIONES

Constantin Groll y Gustavo Endara | 10

POESÍA | 14

Gladys Calvopiña Herrera

SANACIÓN | 15

PISADAS DE NIÑAS | 16

Jorge Lucena

NO DIGAS QUE NO SOY DE AQUÍ | 17

Anayelsth Carpio

LAS ODISEAS DE ANAYELISTH | 20

Esther Gualtieri

OLER LA LUZ | 21

Lourdes Coromoto Aldana

TE INVITO, A MI ARRIBO | 23

Ida Cira Sandrea

EN UN CAMIÓN DE PLÁTANOS | 24

Bernardita Maldonado

EL SEMBRADOR Y OTROS POEMAS | 25

Edith Ibarra

SESENTA MIL UZBEKOS SE RFUGIAN EN UZBEKISTÁN | 28

CRÓNICA | 32

María Belén Moncayo

PANDEMIA EN NUEVA YORK: NO, NO ES UNA PELÍCULA | 33

Soledad Álvarez Velasco

¿DÓNDE ESTÁ? | 41

Ana María Morales Troya

LA FRONTERA NO ES SÓLO MIGRACIÓN | 52

Alianza contra las Prisiones

ALEJANDRO Y LILIANA: PRISIÓN, MIGRACIÓN Y "JUSTICIA DE GANADO" | 60

Sara Tillería

ECUATORIANA EN PARÍS | 67

Cristina Burneo Salazar

ME LLAMO JULIETA Y BUSCO A MI ESPOSO | 78

Svetlana Pozo Kovalchuk

PEQUEÑAS GOLONDRINAS | 85

Versión en ucraniano | 89

María José Gutiérrez

BAJAR EL MUNDO PARA ENCONTRARLO | 93

María José Gutiérrez

POR MI HIJA CAMINO AL SUR | 97

Lola Parreño

TESTIMONIOS EN RUTA | 101

Isabel González Ramírez

DES/ANDAR LATINOAMÉRICA, TRAYECTORIAS DE IDA Y VUELTA | 111

Freddy Guanipa

TRADUCIR, MIGRAR Y RECICLAR PARA VIVIR Y SOBREVIVIR | 114

Carmen Gómez Martín

UNA VEZ, OTRA VEZ: LA RECONSTRUCCIÓN INCESANTE | 119

ENSAYO | 124

Rafael Sánchez-Mateos y Mafe Moscoso

PALABRA POR PALABRA | 125

Élodie Segal

MIGRACIÓN Y PROTESTA SOCIAL | 139

Celiner Ascanio

CARTA A MIS ESTUDIANTES DESDE MI SEGUNDO PAÍS | 144

Ángel Burbano/ Kosakura

HERE I AM, YOUR SISTER | 146

Natalia Andrea Mera Sandoval

UNA MUJER LEE EL DIARIO DE SU VALIJA | 150

VISIONES DEL REFUGIO | 153

Cristian Orobio

NO HAY TREGUA | 154

Yuri

POR LA RAZA DE NOSOTROS, POR SER NEGROS | 155

José

VOLVAMOS A COLOMBIA, AUNQUE ME MATEN | 158

Leidi

SOMOS DE COLOR NEGRO | 162

Servando

POR SER NEGROS | 164

Ciprián

LAS CASAS DE PIQUE NO SON FICCIÓN | 167

Abelardo

SOLO HOY SÉ QUE ESO ERA EL DARIÉN | 170

Diana

VIMOS EL INFIERNO | 172

FOTOGRAFÍA DOCUMENTAL | 177

Fotografías Lola Parreño, David Gustafsson, Juan Diego Montenegro y Josep Vecino

REPORTES | 192

Corredores Migratorios

NO CESA LA HORRIBLE NOCHE | 193

Corredores Migratorios (Fotografía de Marcos Moreno)

ABDOU, DE SENEGAL A CEUTA | 196

Tatiana Pilay y Belén Valencia

TRABAJO DE REPARTO, MIGRACIÓN, CUIDADOS Y DERECHOS LABORALES | 201

Ce Larrea-Casimira

SIN PEDIR PERMISO. RELATOGRAMA | 208

Karen Araujo (coord.)

¿QUÉ ES UN PASAPORTE? | 210

Corredores Migratorios

MUROS DE LA VERGÜENZA | 211

MANIFIESTO

Texto de fundación de Corredores Migratorios, 2018



Nuestra consigna es abrir simbólicamente corredores migratorios en nuestros países y dar cuenta de nuestros desplazamientos poniendo en marcha narrativas, datos, imágenes y miradas a fin de interpelar las políticas de cierre de fronteras que atraviesan las Américas, Europa, el mundo, y que se consolidan desde Estados Unidos y las prisiones para niños en Texas hasta las fronteras menos visibles impuestas a pueblos enteros en situaciones de desplazamiento forzado de diversa índole en todos lados.

Políticas elaboradas de formas similares en nuestros países, actos coordinados de deportación, expulsión ilegal y la criminalización de la migración, así como nuevas formas de esclavitud y explotación se ven cada vez más apoyados por sociedades en donde la xenofobia y el racismo se expresan de formas alarmantes. El odio a quien huye de la pobreza y la violencia se convierte en expresión de una ignorancia elegida o una impuesta por décadas de educación limitada o inexistente: una manera en que el poder se perpetúa a sí mismo es provocando conflictos entre oprimidos, y se legitima dentro del aparato estatal fabricando enemigos internos. Hoy, la migración alimenta el discurso securitista de los Estados nacionales y justifica la ilegalización masiva, que pone en riesgo de muerte a cientos de miles de personas que atraviesan nuestras fronteras todos los días. Queremos construir respuestas y argumentos contra ese securitismo y contra la comprensión del otro como invasión, plaga o amenaza, cuestionando también las formas inmunológicas de nombrarlo.



Frontera abierta: La vida en dónde

Gladys Calvopiña Herrera
Jorge Lucena
Anayelish Carpio
Esther Gualtieri

Lourdes Coromoto Aldana
Ida Cira Sandra

Bernardita Maldonado
Edith Ibarra

María Belén Mancayo
Soledad Álvarez Velasco

Ana María Morales Troya
Alianza contra las prisiones
Sara Tillería

Cristina Burneo Salazar (ed.)

Svetlana Pozo Kovalchuk
María José Gutiérrez
Lola Parreño

Isabel González Ramírez
Freddy Guanipa

Carmen Gómez Martín
Rafael Sánchez-Mateos

Mafe Mascoso
Élodie Segal

Celiner Asoanio
Ángel Burbano/ Kosakura
Natalia Andrea Mera Sandoval

Cristian Orobio
Yuri

José
Lejdi

Servando
Ciprián

Abelardo
Diana

Tatiana Pílay
Belén Valencia

Ce Larrea-Casimira
Karen Araujo

David Gustafsson
Juan Diego Montenegro

Josep Vecino

Antología de
Corredores Migratorios
2018 – 2022

Este libro está dedicado a las personas que migran a pesar de las fronteras, a las que deben dejar su hogar para buscar refugio, a quienes sufren la violencia de la deportación, a las personas que retornan a sus lugares a intentarlo de nuevo, a quienes se mueven por el planeta buscando abrigo y alimento para sus seres amados, a quienes desafían todos los días a la burocracia global de los "papeles". También va en honor de quienes derriban y hackean las fronteras culturales, lingüísticas, sexuales, cognitivas, en pos de espacios liminales, mixturados, impuros y siempre, siempre hospitalarios. Las fronteras existen. Vamos a debilitarlas contando otra historia, para otro mundo.



FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG



ISBN: 978-9978-94-245-1



www.corredoresmigratorios.com

9 789978 194245 1

El colectivo que vamos formando intenta dar cuenta también de nuestros propios movimientos migratorios. Trabajamos desde Quito, y nosotros y quienes colaboran en este proyecto compartimos varios orígenes nacionales, status migratorios, pasados y presentes migrantes, y ponemos en valor cada cruce de fronteras que haga posibles nuestro trabajo y nuestra existencia. La historia de la humanidad es la historia de nuestros desplazamientos.

Esperamos mantener los corredores abiertos y lograr, quizás, abrir con ello nuestra comprensión del otro, siempre bienvenido en su diferencia, por su diferencia.

UNA FRONTERA ABIERTA

Cristina Burneo Salazar

Corredores Migratorios se fundó en octubre de 2018 en Quito. Fuimos Isabel González Ramírez, periodista feminista de Medellín; Josep Vecino, fotoperiodista antifascista de Barcelona; y yo, Cristina, escritora feminista y docente universitaria de Quito. Teníamos pasados-presentes de migraciones, retornos y desarraigos, y queríamos darle forma a un colectivo y medio de comunicación independiente, con un nombre y una identidad atravesados por la reivindicación del derecho a moverse y la pluralidad de pertenencias. Al imaginarnos políticamente, nos amparamos bajo principios feministas, antirracistas, antipatriarcales, laicos. A la vez, los procesos sociales concretos nos condujeron cada vez a desplazarnos del discurso hacia las contradicciones que nos atraviesan para construir a pesar de ellas y con ellas. La multiplicidad de experiencias y las heridas de quienes se mueven a pesar y en contra de las fronteras en un mundo lastimado por muros, tapones y el lodo del oscurantismo racista, la hospitalidad de quienes reciben, transitan y llegan, forja no solo una política, sino también un modo del afecto que nos ha permitido seguir en medio de esos anudamientos.

Un día de 2018, conocimos a un colectivo de familias refugiadas colombianas que protestaban afuera de Acnur, en Quito. Ese fue nuestro primer proceso social como colectivo-medio, y nos dio claridad sobre la politización necesaria y urgente de las personas refugiadas y migrantes que se rehúsan a ser mantenidas en dependencia por el asistencialismo y demandan ejercer derechos plenos donde vivan. Durante seis meses, acompañamos a las familias, criminalizadas por los organismos que debían protegerlas. El tejido social de gente experta en migraciones y gente solidaria que compareció allí nos permitió sostener hasta donde pudimos, como narran los textos que aparecen

aquí. Desde entonces, lo que publicamos como medio coexiste con producción textual y fotográfica comprometida, correspondiente a los procesos sociales de los que hacemos parte. Algunas personas de ese grupo lograron cruzar la frontera de Estados Unidos, otras tuvieron que volver a Colombia, muchas no nos han revelado su paradero exacto. Nuestro trabajo va dedicado a todas ellas y en memoria de Ausberto y nuestro querido amigo Genaro, que murieron lejos de su tierra, irónicamente, buscando refugio. A Diana, Nico, Edier, Abelardo, Yuri, José, Leidi, Servando, Ciprián y a quienes nos dieron su visión crítica, su amistad y tiempo, nuestra gratitud. Desde Buenaventura, Christian Orobio organizó esta sección y aportó con una introducción sobre la que discutimos justo tras una incursión armada en su ciudad.

Junto con ellos, aparecemos en el volumen más de treinta voces de Venezuela, Colombia, Ecuador, México, España, Francia, Ucrania, trabajando y narrando desde Cúcuta, Cali, Ciudad de México, California, Melilla, París, Buenos Aires, Alausí, Naranjito, Manta o Quito, y también desde la prisión en Latacunga. Hay historias escritas por personas "sin documentos" que se han procurado otros, estos que aparecen aquí, para resistir al despojo de sus derechos. Hay historias contadas por personas refugiadas que tuvieron que irse de Ecuador porque sus vidas corrían peligro en el país que debía haberlas protegido. Muchas de esas vidas aún no están a salvo. Hay poemas escritos en compañía, cuando buscábamos en nuestros talleres de escritura palabras para el duelo migratorio o la maternidad transnacional. Hay fotógrafos que procuran alejarse del lugar violento de quien sexualiza la imagen de las mujeres migrantes y proponen otra mirada. Hay quienes han migrado a raíz de disidencias sexuales y quienes han tenido que abortar solas en un país y una lengua lejanos. Hay quien narró buscando a sus seres amados en las fronteras que tragan cuerpos. Hay miles de personas en el mundo decididas a contar historias para buscar justicia. Situamos nuestro trabajo detrás de ese gran megáfono encendido en tantos lugares en el mundo.

En 2020 y 2021, publicamos dos investigaciones colectivas, *La vida en dónde. Archivos del refugio en Ecuador* y *Memoria caminante de Venezuela. Archivos del retorno*. La primera se hizo junto con varias personas del colectivo de familias refugiadas colombianas, para

preservar la memoria y buscar una justicia que no ha llegado. La segunda fue coordinada por Josep Vecino y desarrollada con Lola Parreño, Juan Diego Montenegro y David Gustafsson desde la fotografía, en las rutas de retorno que tomaban miles de caminantes de Ecuador a Venezuela durante la época más dura del virus covid-19. Este material sirvió para intervenir en la Corte Constitucional del Ecuador con un *amicus curiae* audiovisual a fin de explicar que los estados nacionales conciben el movimiento en términos burocráticos y demandan a las personas a través de documentos que no tienen, porque se los roban, se deterioran o simplemente no pueden obtenerlos, mucho menos si se trata de adolescentes no acompañados. Nuestros aportes constan en la sentencia No. 2120-19-JP, de septiembre de 2019. Esperamos que los materiales contenidos en este volumen sirvan al estado para desburocratizar la vida de las personas en movimiento y comprender que no se trata de un problema policial ni asistencial, sino político. Este es el trabajo fotográfico más extenso que hemos realizado, incluimos una selección aquí.

Estas dos investigaciones fueron financiadas por FES-ILDIS Ecuador a través de Gustavo Endara, quien supo identificar nuestro trabajo y apoyarlo con convicción en la línea de justicia migrante que proponemos, buscando un lugar alternativo a la comprensión estatal e institucional de lo que llamamos "movilidad humana". Debemos decir que hemos trabajado con total libertad editorial y crítica, lo cual valoramos. Más tarde, abrimos con su apoyo decidido y renovado nuestra Escuela Popular de Derechos para la Movilidad Humana, la cual lleva dos ediciones, una virtual (2021) y una presencial (2022), que desarrollamos en la Casa de las Mujeres, de nuestras queridas compañeras de Mujeres de Frente. Estos procesos invaluable nos han permitido construir coaliciones sólidas, otras frágiles, permanentes o fugaces, todas relevantes. A Esther Gualtieri, Jorge Lucena, Lourdes Coromoto Aldana, Andrés Tunubala, Ida Cira Sandrea, Gladys Calvopiña, Karen Araujo, Ce Larrea, participantes de la escuela, coautorxs y cómplices: nos enorgullece hacer colectivo con ustedes.

Hay autoras migrantes de latitudes diversas en el libro. Bernardita Maldonado y Mafe Moscoso –que publica con Rafael Sánchez Mateos– son escritoras ecuatorianas en Barcelona y han

sido docentes en nuestra escuela. Comparten su palabra desde la poesía al igual que Anayelsth Carpio, venezolana en Manta. María Belén Moncayo escribió desde Nueva York durante el periodo letal del covid-19 que mató a miles de personas migrantes destinadas a "trabajos esenciales". Desde París, Sara Tillería comparte su experiencia desde la violencia administrativa y machista, al tiempo que Celiner Ascanio da cuenta de su experiencia como docente venezolana en Ecuador en una potente carta a sus estudiantes, alrededor de la palabra "prostituta". En otra carta, Ángel Burbano-Kosakura escribe a su hermano migrante a fin de narrarle sobre su propia migración, interna y anterior, urgente para hacer su vida lejos de la violencia homofóbica. Natalia Mera, escritora colombiana en Buenos Aires, explora en su ensayo lo que significa irse a raíz de duelos y experiencias menos evidentes. Svetlana Pozo Kovalchuk escribe desde Quito sobre Ucrania al estallar la guerra; hemos publicado su texto en español y ucraniano como gesto de hospitalidad, para afirmar que hay mucho por traducir sobre tantas y tantas migraciones. Freddy Guanipa escribió desde todos lados mientras perseveraba en su viaje de Venezuela a Argentina junto con su madre, Judith Márquez. En cada oportunidad que le dejó su trabajo como reciclador, Freddy desarrolló y finalizó su traducción del *Finnegan's Wake*, de James Joyce.

Soledad Álvarez Velasco, Carmen Gómez Martín, Élodie Segal, Ana María Morales, Tatiana Pilay, Belén Valencia, hacen investigación comprometida sobre la migración y desde sus propias movilidades. En el caso de Tatiana, la hace desde su trabajo en plataformas de reparto. Sus aportes a través de la reflexión sobre protesta social, autonomía de las migraciones, uberización del trabajo, trabajo a muerte, racismo y refugio, y su búsqueda de respuestas ante la brutalidad del gobierno global de las migraciones o el nacionalismo metodológico, están inscritos en sus respectivos ensayos, que debilitan las fronteras cognitivas que el capitalismo académico impone a través de la economía del *mundo paper*.

No hemos dividido el volumen entre "testimonios" y "análisis". Consideramos que las personas en movimiento no se limitan a entregarnos sus testimonios para ser inscritos en marcos más profundos de análisis por personas autorizadas desde la academia o

reinos similares. Hemos visto demasiadas encuestas sin pago a personas precarizadas; extractivismo académico y oenegeísta; revictimización al solicitar relatos y reflexiones una y otra vez. Probablemente hemos incurrido en ello. Esta antología es una apuesta epistemológica para hacer de otro modo. Como se ve en el trabajo de las autoras mencionadas y también en el de María José Gutiérrez, investigadora ecuatoriana que trabaja desde California en narrativas digitales con personas deportadas y mujeres que buscan a familiares en las fronteras, quienes viven estas realidades tienen visiones claras sobre la criminalización de las migraciones, la violencia administrativa o la desaparición en fronteras. Esperamos que el libro difumine el límite entre testimonio y elaboración crítica para mostrar distintas comunidades portadoras de conocimiento hechas con muchas voces de muchas formas. En este sentido, atesoramos la voluntad de relato de personas como Julieta Ortiz, Romelia y Liliana Cagua, quienes han aceptado compartir su palabra con nosotros en sus procesos de duelo por familiares que han desaparecido o están en prisión en un país ensangrentado por masacres carcelarias. Corredores Migratorios forma parte de Alianza contra las Prisiones: desde allí pudimos iniciar el proceso con Liliana junto a Mayra Flores. La criminalización de la migración y su efecto devastador en la vida aún debe comprenderse mejor, por ello nos sumamos a la lucha anticarcelaria que llevan las organizaciones y colectivos de la Alianza. El trabajo que incluimos aquí va acompañado de ilustraciones de Emilia Salazar, La Arisca.

Este volumen lleva también un relatograma de otra ilustradora, Casimira, firma de nuestra compañera Ce Larrea. Durante la clase de inicio de la Escuela 2022, Ce fue capaz de organizar gráficamente la intensa discusión que llevamos e incluir en ella conceptos, frases e ilustración a la vez, ¡en vivo! En otro lenguaje, incluimos también una infografía de nuestra compañera Karen Araujo sobre la obtención del pasaporte venezolano, como muestra del trabajo de traducción que hacemos de unos lenguajes a otros a fin de afirmar que podemos hablar de muchos modos para llegar a muchas personas. El lenguaje jurídico o académico pueden ser excluyentes al no tocar la vida de la gente que los requiere: traducimos para producir información popular, no vip.

A propósito de reorganizar aquello que podemos decir sobre el movimiento y los lenguajes renovados, junto a la poesía, la crónica, el ensayo, los textos periodísticos y la fotografía, aparece el único y poético texto teatral del volumen, de Edith Ibarra, dramaturga mexicana. Nuestra apuesta por combinar registros periodísticos, documentales, creativos y literarios busca también des-burocratizar la forma en que nombramos el movimiento, la defensa de la vida y el derecho a preservarla. El formulario administrativo, la solicitud de visa, el relato del estado, coexisten con la fuerza poética y política de la palabra que nos han confiado estas comunidades escritoras, buscadoras, luchadoras, investigadoras. Con esta selección, esperamos generar curiosidad por otros materiales. Los distintos códigos QR que aparecen en el volumen llevan al blog *Papelito art*, de nuestro compañero Jorge Lucena, quien escribe desde los semáforos y las lomas, a la web de Corredores Migratorios y a otros lugares de encuentro. Queremos subrayar que la línea gráfica de nuestra web se ha desarrollado a partir de fotografías reales, de gente con la que hemos participado en procesos y que ha fotografiado Josep Vecino. Nuestro logo, los rostros que habitan los archivos, vienen todos de personas de carne y hueso.

No queremos dejar de mencionar procesos y experiencias fundamentales para nosotres que no aparecen aquí pero están, y los atesoramos. Gracias a las colegas del proyecto (In)Movilidad en las Américas, participamos en la Primera Asamblea Latinoamericana de Personas en Movimiento en mayo de 2021 y, más tarde, en el #25N de ese año, en la Asamblea de Mujeres Migrantes en las Américas, convocada por (In)Movilidad y La Laboratorio, espacio de investigación que más adelante, en 2022, nos convocó a las II Jornadas por un feminismo sindicalista "Organizarse es empezar a vencer". Nos ilumina haber participado en esos espacios entre muchas y contar a compañeras de estos colectivos como las Territorio Doméstico, Amarela Varela y Soledad Álvarez Velasco entre las profas de nuestra escuela. Experiencias con Ruda Colectiva, Ni Una Menos Argentina, aunque más acotadas, nos han abierto a un tejido que alienta. Nuestras compañeras Esther Gualtieri, Lourdes Aldana y Karen Araujo han llevado allí la batuta. Queremos agradecer a Carmen Carcelén por

habernos recibido varias veces en su albergue migrante en El Juncal y por haber tejido con nosotres. Su trabajo dedicado para acoger a caminantes y derribar los muros de la xenofobia es fuera de este mundo.

Gracias a nuestras compañeras y a nuestros compañeros del colectivo por el acuerpamiento y el afecto. Gracias a todas y cada una de las personas que han tejido con nosotres, que han venido a la escuela, que nos han confiado su trabajo y han confiado en el nuestro, que nos han apoyado material y afectivamente, y a las que han portado en las marchas la bandera Migranta. Y gracias a quienes practican la hospitalidad en donde estén, sea que llegan, acogen o se van. Que podamos seguir cavando pasadizos como decididos topos hasta derribar un día, de una vez por todas, la palabra "extranjero".

Por **Corredores Migratorios,**

Cristina

Quito, octubre de 2022

ES HORA DE PONER LA DIGNIDAD Y LA JUSTICIA EN EL CENTRO DE LAS MIGRACIONES

Constantin Groll y Gustavo Endara

Si bien la migración siempre ha sido esencial en la historia de la humanidad, nunca antes tantas personas han tenido que desplazarse del lugar al que llaman hogar como en los últimos años. Actualmente, a nivel mundial se estima que existen 100 millones de personas que han huido a causa de conflictos o persecuciones de distinta índole. Tal cifra estremecedora demuestra el contexto de múltiples crisis, ya sea económica, social, política o ambiental, que atraviesa al planeta.

Indiferentemente de las situaciones económicas, políticas o sociales de distintos países o regiones, la migración no para, ni tampoco se detendrá y América Latina no es la excepción. La pandemia del COVID-19 no detuvo la migración, así como la crisis en Venezuela o en América Central cataliza y agudiza fenómenos migratorios complejos.

Sin importar por qué migren las personas, hacia dónde lo hagan y en qué circunstancias, lo cierto es que merecen ser tratadas en condiciones justas, dignas y enmarcadas en la garantía de los derechos humanos, algo que, desgraciadamente, no se está cumpliendo.

A lo largo de América Latina y el Caribe, existe una tendencia hacia una creciente criminalización y securitización de la migración. Cada vez más, las políticas migratorias se alejan de ofrecer justicia y dignidad, orientándose a la expulsión y deportación. Como resultado, no solo que miles de familias y proyectos de vida se ven destruidos, sino que las rutas migrantes se vuelven cada vez más inseguras, riesgosas y costosas. Solamente para mencionar un efecto de tales políticas, niños y niñas son separadas de sus familias en la frontera entre México y EE. UU. mientras que sus padres o madres son enviadas de vuelta a Centroamérica para que enfrenten los peligros de los que huyen. Quienes logran establecerse en otros países enfrentan también discursos antimigrante, xenofobia y aparofobia, así como la

burocratización de la vida. De esta manera, el continente ha pasado de acoger migraciones en el siglo pasado a restringir derechos migrantes y cambiar legislaciones que deberían protegerlas. Tales cambios han sido tomados por sentado sin reflexionar a profundidad sobre sus consecuencias.

Ecuador no es un país extraño a estos fenómenos. A fines de la década de los noventa, en el marco de una crisis financiera extrema, casi dos millones de personas migraron hacia EE. UU., España e Italia. Muchísimas de estas personas no han podido regularizar sus documentos a pesar de vivir años en estos países, lo que hace que permanezcan en la incertidumbre, con problemas para insertarse en el mercado laboral y sin acceso a servicios básicos, salud ni educación.

Por otro lado, Ecuador también ha sido un país de recepción de personas migrantes. Actualmente, si bien se desconoce la cantidad exacta -que, además, fluctúa a diario-, alrededor de 500 mil personas extranjeras viven en el país, la gran mayoría de Venezuela. El país también acoge alrededor de 68 mil personas en situación de refugio, principalmente (97%) de Colombia. Asimismo, recibió unas 135 mil personas en 2010 debido a la crisis humanitaria causada por el conflicto colombiano, una realidad que persiste.

El ser un país de tránsito complementa el complejo perfil: migrantes de distintas latitudes del planeta -Venezuela, Haití, Cuba, e incluso África- transitan Ecuador en ruta a EE. UU. o hacia los países del Cono Sur.

Tomando en cuenta que un 80 % de personas en situación de movilidad en Ecuador se encuentran irregularizadas, su vida es constantemente precarizada y sus derechos abusados y vulnerados de manera inaceptable. Alrededor de 40 % de personas venezolanas en Ecuador trabaja en la informalidad, lo que da paso a que les exploten en condiciones indignas. El 56 % de mujeres refugiadas en Ecuador ha sufrido acoso sexual. Se han despojado a las personas migrantes de sus hogares en medio de la crisis sanitaria a causa del COVID.

Al hablar de migración, usualmente son las estadísticas lo que prima. Por tanto, es hora de mostrar otras realidades y reafirmar nuestro compromiso con los derechos de las personas migrantes.

Desde esa perspectiva, nos complace presentar esta publicación que busca visibilizar a quienes han sido estigmatizadas debido a la indiferencia e intolerancia de varias políticas migratorias. La publicación resalta la justicia migrante, las luchas autónomas y la organización de muchas personas alrededor del mundo. De esta manera, se tiene un mensaje claro y esperanzador para pasar del miedo a la ilusión, de la invisibilización a procesos de regularización justos y dignos, de las fronteras que agreden, violan derechos e incluso matan, a unas que abracen la diversidad, la vida digna y la multiculturalidad que traen consigo los fenómenos migratorios. Pero sobre todo, la publicación recoge miradas, experiencias, opiniones y aportes de muchas personas que han sido invisibilizadas detrás de estadísticas burocráticas.

Desde la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES-ILDIS) Ecuador, como organización de origen alemán con amplia presencia internacional y comprometida con los valores de la democracia y justicia social, nos complace acompañar este proceso editorial, así como otros proyectos que aportan a la justicia migrante. La presente publicación es una recopilación, muy bien lograda, que nos recuerda que detrás de las cifras hay historias humanas, así como recuerdos, nostalgias, pensamientos y sentimientos.

Nos alegra, asimismo, que la publicación sea fruto de varios procesos de formación en materia de derechos humanos a personas migrantes, así como una plataforma de encuentro entre activistas, académicas y sobre todo personas migrantes tanto en Ecuador como en distintas latitudes. De esta manera esperamos aportar, a través de conversaciones e intercambios empáticos, a consolidar y garantizar la justicia migrante, pues sin ella difícilmente podemos hablar de justicia social.

Esto, no sin antes agradecer a la colectiva Corredores Migratorios por su trabajo detallado en la curación de este libro y otros proyectos con personas refugiadas y migrantes en Ecuador y otros países. Esperamos que esta publicación sea una invitación para no ver a las personas migrantes como amenaza, parafraseando a Lourdes Coromoto Aldana, autora de un bellissimo poema en este libro que nos recuerda que ninguna persona puede saber cuál es su destino

y tampoco si algún momento tendremos que buscar protección o un mejor futuro fuera del lugar que llamamos hogar.

Migrar y soñar con futuros dignos ha sido, desde que empezamos a caminar como especie, una necesidad humana. Transitando juntos y juntas hacia el entendimiento y la empatía, podemos lograr que los errores del pasado no se repitan y que la multiculturalidad en dignidad se convierta en un horizonte alcanzable.

Constantin Groll

Representante de la Friedrich-Ebert-Stiftung (FES)
en Ecuador
Director del ILDIS

Gustavo Endara

Coordinador de proyectos
FES-ILDIS Ecuador



POESÍA

No me digas que
no soy de aquí

SANACIÓN

GLADYS CALVOPIÑA HERRERA

La migración atravesó mi historia. Escribo para contarme a mí misma y a los otros mi vida translingüística y transfronteriza, para poner palabra a la experiencia dolorosa y a la vez profunda de la ausencia y del encuentro. La escritura para mí es un esfuerzo por comprender el transitar entre varios mundos y salir de ellos siendo miles, siendo todos.

El herpes quema en la piel
deja huellas imborrables
el herpes es la enfermedad del luto, de la pérdida
y es también la enfermedad de la migración

Tengo herpes en el pecho,
llevo un duelo en el corazón
desde que te dejé, pequeño país,
desde que me echaste

La sanación viene de las montañas
de sus plantas poderosas y sagradas
de la cascada que me sacude y me reinicia en la vida
Pero aquí no hay cascada, ni montañas

Y, sobre todo, aquí no está
la sanadora, la cuidadora
la mujer constelación
la sabedora de las hierbas
Ella sabría que mi espíritu
está perdido lejos de aquí
llorando solo en algún páramo

Ella con sus rezos y sus cantos sabría traerlo de vuelta a mi cuerpo
The old wise mama
Ella, la que puede cruzar la frontera de la vida y la muerte
Ella, que no tiene frontera



PISADAS DE NIÑAS

Pedazos de mundos,
restos de naufragios,
eso somos.

Exiliados de un país que no nos pudo retener,
de un lugar al que llamábamos hogar
y que debimos dejar en medio del amor.
o del terror, que quizás duele igual.

Vagamos por el mundo
como olas que desaparecen en medio del océano
sin que nadie sepa que un día existieron.
Invisibles, somos sombras que se deslizan silenciosas
entre las calles de un país ajeno.

Flotamos en las ciudades como pruebas
y vestigios de un lugar lejos en el mundo que un día existió,
que ahora es ruinas y escombros.

Una tierra que un día fue nuestra, que fuimos de ella,
que tiene las pisadas de nuestros pies de niñas,
un lugar que guarda todavía el eco de la risa de nuestra madre,
el susurro de las primeras palabras de amor, las risas con nuestras amigas.

Una tierra que naufragó
en medio de la violencia, de la pobreza, de la indiferencia.

El nombre de un país, de una ciudad, de un pueblo,
de un barrio, de una calle,

que quizás alguien aquí haya oído nombrar,

–Ah, sí, hay mucha guerra-violencia-pobreza por allá, ¿no?–

Soy otra vez silencio, no quiero responder

que “allá” es guerra, violencia pobreza,

para que “aquí” pueda ser paz, seguridad y riqueza.

Y que a eso allá lo llamamos injusticia.

Para no decir que ese lugar es más, mucho más...

Ese es el lugar, al que alguna vez y quizás para siempre llamé hogar.

NO DIGAS QUE NO SOY DE AQUÍ

JORGE LUCENA

Campeño, caminante desde los Andes caribeños, hijo deshabitante de una patria esparcida por el planeta, que riega semillas de paz, humanidad y esperanzas. Escribo y soy músico. Mi blog: <https://papelito.art.blog/> Formo parte de Corredores Migratorios.

¿No ves que hoy respiramos los mismos Andes?
No digas que no soy de aquí.

No digas que no soy de aquí
que hoy comemos las mismas papas
y bebemos la misma chicha.
He traído arepas a tu pambamesa,
nuestra pambamesa.
¿Y la máshika, que en mi nacencia llamaba gofio?

Hoy me deleito en el mismo shapo.

No digas que no soy de aquí,
que hoy tomamos la misma agua
nacida de los mismos glaciares,
y andamos los mismos caminos,
aunque a veces yo a pies y tú, sobre ruedas.
Eso no importa.
Siguen siendo caminos.
Y el agua y el aire y la comida y los paisajes,
tuyos pero que también son míos,
me han nutrido.

La misma masa que del pan de todos
forma mis células y tejidos,
átomos de esta tu nación
que me he comido y respirado,

ahora son moléculas en mi cuerpo
fabricadas con materia de tu país.
Entonces, no me llames "extranjero".
¿No ves que mi carne se ha renovado aquí?
Y entre más años aquí viva
¡Más tú me voy volviendo!

Es una cosa que dicen los médicos
y los que saben de biología:
Las neuronas son las células que más tardan en renovarse.
Pero de tanto respirar y vivir a un país,
ineludiblemente te vas volviendo de él,

así no quieras y te niegues al principio,
así recuerdes y repases cada noche tus recuerdos
para no olvidar tu terruño,
tu otra nación.
A tu taita, a tu mama,
tus aromas y memorias.
No digas que no soy de aquí.

Que todos tenemos familiares,
y algunos amigos en tierras lejanas también.
Que nuestros abuelos llegaron desde lejos,
los tuyos y los míos.
Y nuestros pequeños también se van,
los tuyos y los míos,
buscando sus sueños
En tierras que algunos llaman ajenas.

No me llames "forastero",
no me hagas invisible
porque no tengo tus papeles.
Tú también, alguna vez,
podrías ser un Deshabitante.
¿Acaso no quieres reconocer

que nos alumbra el mismo sol
aunque sean distintos nuestros techos?
Somos leñas del mismo fogón,
y hoy sé que en mi sangre
hay partículas del Cotopaxi que nadan
en mis torrentes orgánicos y en los ríos del alma.
Y hoy te lo cuento, ñaño mío.
No lo olvides con los tiempos.
No digas que no soy de aquí.
Somos hechuras del mismo Creador.
¡No digas que no soy de aquí!



JORGE LUCENA

no digas que no soy de aquí

LAS ODISEAS DE ANAYELISTH

ANAYELISTH CARPIO

Anayelish pertenece al colectivo Juana la Avanzadora de la ciudad de Manta. Ha trabajado como vendedora informal, ayudante de cocina y mesera en Ecuador, desde que llegó de Venezuela.



¿Le ocurre a la mayoría el no saber cómo comenzar nuestra historia. No se trata de cualquier cuento: es nuestra vida resumida en un mensaje de audio primero, escrito después, comunicado. No, no es fácil. Un día teníamos trabajo, casa, familia, y al siguiente no teníamos nada. Yo vi partir a mi familia, y partiendo ellos se me partió a mí el alma. Yo me decía: "todavía puedo seguir aguantando por mi empleo, por mi cargo, por mis cosas"...hasta que la realidad me golpeó cuando mi sueldo ya no alcanzaba sino para un almuerzo. Sí, un salario entero para pagar un almuerzo.

Partir así. Comencé mi odisea en Colombia, donde la vida es tan cara y el trabajo tan difícil...al menos en Barranquilla, donde pasaba mis noches llorando. Luego me tocó viajar acá, a Ecuador, donde me esperaba mi hermana. Fue difícil, nos bajaron del bus donde íbamos con niños y adultos mayores para regresarnos por falta de documentos. La única forma de pasar fue darles \$\$\$\$. Al llegar a Ecuador, comenzó la siguiente odisea: buscar trabajo.

Aquí, vemos día tras día nuestra propia ausencia: a pesar de ser profesionales, por no contar con documentos y por no poder validar nuestros títulos, hemos tenido que salir a vender galletas o caramelos. Al principio fue impactante acostumbrarnos a eso, pero nos acostábamos con comida en la mesa. Hoy puedo decir que estoy agradecida. Tengo amigos y vecinos. Sin embargo, la lucha sigue siempre.

Para nosotros está prohibido rendirse.

OLER LA LUZ

ESTHER GUALTIERI

Mujer migrante, madre de tres. Buscadora incansable de patrones numéricos. Sus superpoderes son oler la luz y oír la electricidad. Soñadora militante. Activista por los derechos de las infancias migrantes. Integrante de Corredores Migratorios y del colectivo Araguaney.



Me gusta caminar. Hace mucho que tengo la costumbre de moverme. Ir sin destino definido por las calles de mi ciudad, encontrar sorpresas. Descubrir lugares que han dado historias hermosas y otras tantas para el olvido.

Siempre he pensado que la vida es movimiento.
El agua siempre corre.
Si se estanca, muere.
Se pudre, apesta con un olor inconfundible.

En mis caminatas, he llegado a pensar que soy diferente...Pero no es esa diferencia arrogante que mira por encima de los demás, más bien soy una diferente parecida a lo "raro". Puedo oler la luz, ver los números en colores y buscar patrones en casi cualquier cosa. Por eso las matemáticas son mis mejores amigas.

Soñé muchas veces con volar lejos de casa, con escapar al espacio sideral. Huir de un mundo que nunca me ha entendido del todo. O de pronto manejar un carro de Fórmula 1 a toda velocidad para descubrir que a los autos tan veloces primero se los mira y luego se los escucha. Volar a la Toscana, París o Buenos Aires. Pero quiso esa necesidad de movimiento que llegara hasta la mitad del mundo.

No soy de aquí y ya tampoco de allá.
Nunca he pertenecido del todo.
La única certeza que tengo es la del movimiento.
Oscilar para existir,
para reafirmar que ocupo un tiempo y un espacio.
No sé si me quedaré aquí,
pero de alguna manera debo seguir la melodía.

La melodía del movimiento.

TE INVITO, A MI ARRIBO

LOURDES COROMOTO ALDANA

Soy venezolana. Tuve que migrar con un equipaje lleno de fe, llegué a Ecuador en 2018, trabajando informal como chatarrera y luego como doméstica por día. En 2021 conocí a Corredores Migratorios, hoy día formo parte de ese tejido humanitario maravilloso e inigualable.

Me tocó emprender una nueva vida, iniciar un nuevo destino el momento en que puse un pie fuera de tu frontera, mi amada Venezuela. Fue una metamorfosis ese proceso tan marcado, cada uno de los momentos agolpados en esta experiencia de la mujer migrante en la que me he convertido.

Empecé hincando la rodilla en la tierra.
Reciclando, recogiendo cosa por cosa.
Cuando mi cuerpo no pudo más contra el suelo,
Seguí buscando.

Lo que para ti es papaya para mi es lechosa,
para ti es maracuyá, para mí parchita,
tú dices zapallo lo que yo conozco como auyama,
tú dices funda, yo lo llamo bolsa,
mientras tú llamas merienda a la última comida del día
yo la llamo cena,
tú llamas teta del bebé yo lo llamo tetero o biberón,
yo llamo chola, chancleta o chancla a lo que tú llamas zapatilla,
yo digo zarcillos y tú aretes...

Me tocó ser embajadora de palabras siendo migrante,
me tocó traducir a mí país en este tu país.

Te invito a no verme como amenaza.
Te invito, en mi arribo, a mirarme como encuentro.

EN UN CAMIÓN DE PLÁTANOS

IDA CIRA SANDREA

Gordita maracucha alegre e hija
amada de papá Dios. Dada al servicio
con alegría y de corazón. Soy maestra
tejedora de crochet y de historias.



Salir de mi país.
¿Cómo sería eso?
Nunca lo pensé,
no veía más allá de lo que cerca nos cobijaba.

Llegó el día y algo me impulsó a salir con mi hija, pensar en riesgos, muchos, pero siempre pegadita de nuestra fe. Ella, con sus 14 años, debía salir adelante, en nuestro país se agotaban las oportunidades y lograr algo era un gran sacrificio, desgastante y hasta inhumano.

Días enteros sin luz, solo la del cielo iluminaba al mundo.
Días sin agua, que corría como líquido contaminado.
Llegó el día y salimos... ¡en un camión de plátanos!
Así de simple.

Recorrimos los caminos y llegamos al primer paso fronterizo, solas, a navegar con nuestro desconocimiento a este mundo de movilidad y paso de trochas. ¡Y las pasamos! Lo hicimos en moto y en vehículos veloces que llevaban en ellos mis temores y riesgos hasta ir pasando fronteras, países hacia mi destino, y aquí estamos, pasamos airosas y agradecidas.

Busco los medios para estar regular y no sentirme ajena.
La tierra, tu tierra, debería ser aquella donde te asientes.

EL SEMBRADOR

BERNARDITA MALDONADO

De Loja, Ecuador. Migrada a España, empleada interna, cuidadora de mayores, locutora de radio, autora de poesía y ensayo, doctora en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la UAB, camarera de pisos, docente, temporera en el campo, extranjera, todo eso.

La tarde se extendía sobre un fondo de espejos, se abatieron muros y colinas, que no supieron decir todos sus secretos. Volviste con la única razón de una pregunta y todo respondía anegándose, anocheciendo. No tengo identidad, pensaste, en ninguna tierra podrás plantar tu casa, todo cuanto has venido a llevarte, llévatelo ya, llena tus alforjas de arena, siembra palabras en la tierra del otro, como si una memoria de cosecha hubiera puesto en tu mano todas las semillas y todas las hambrunas.

PARTIR NO ES LA CUESTIÓN

sino hacer el camino
de los pájaros friolentos
como un ángel
con mil alas de arena.

EL TIEMPO SE LLENA DE TOPOS Y LAGARTOS

la luz tamizada por la llovizna
vuelve a incendiar los cuarzos
en el límite de la tarde ecuatorial.

No te olvides de mí dijiste
he vuelto al lugar a buscar
entre humus amargos y raíces trepadoras
he vuelto a desandar los anegados terraplenes.

Nada queda aquí
óxidos
detritos
caen cobrizas las nubes
sobre este escenario.

El camino de regreso
es como el hocico
de una enorme bestia disecada.

ENTRE EL DIOS Y SU MANO

alguien te lleva por campos sembrados de arroz
hacia los arpones de la vida
volverás colmada y repartiendo
volverás para trocar la cuerda del ahorcado
en serpentina de luz
volverás endurecida y compacta
a mirar la vida desde el ojo ámbar de un armadillo
cuenta los granos en tu alforja
cuenta la grieta endurecida que se forma cuando nace una flor
cuenta lo que resbala hacia el cántaro del que nadie tiene sed.

ME QUEDA LEJOS LA CASA

el beso opaco de la garúa
por eso mis palabras retroceden
hasta el amparo de sus hocicos húmedos
al amarillo de sus alas con parásitos.
El tiempo como las hojas de toronjil
tiene su envés
sus raíces
el viento de la tarde las afila, las vuelve leves
las hace girar en el molinillo de partir separaciones
debería volar junto a ellos...

ECUADOR LÍNEA DEL CORAZÓN

en mi mano

Ecuador latitud 00°00'00" de los parajes del sol

valla para despedirse

para desangrarse

muro del hasta aquí te llegan

los dones de la tierra y la ternura

linde de lo que será tu mañana

agigantado de separaciones

línea donde la sombra encadenó a Prometeo

punto de fuga donde se desdibuja dios

en el instante de las ofrendas y sacrificios.

Ecuador línea imaginaria

que parte mi centro en dos

Ecuador colorida cuerda

que saca del pozo sellado

el agua viva

el agua mansa

que se vacía de los oscuros ojos

de los pájaros errantes

Ecuador línea imaginaria

hasta donde me llevan

las pisadas de los muertos

que echan raíces

en la nostalgia

SESENTA MIL UZBEKOS SE REFUGIAN EN UZBEKISTÁN

EDITH IBARRA

México. Investigadora teatral, docente, dramaturga y directora de escena. Le inquieta el modo en que los estados-nación producen enemigos a los que no dudan en aniquilar y cómo se sirven de la violencia estatal para justificar las muertes.

*Para Cristina Burneo,
que se va a la cama
después de hacer que el mundo sea diferente*

Sesenta mil uzbekos huyen del sur de Kirguizistán
las montañas vienen con ellos
la arena viene con ellos
se mueven arrastrando su frontera

**Alto ahí
permanezcan en su país**

*las mujeres empujan el carro de la vida
los viejos confían en la luna
y los niños en espera
limpian de estrellas sus zapatos
en la alfombra de las visitas inoportunas*

**Regresen a sus casas
sólo son cuatro días de odio
contra sesenta mil uzbekos
atrapados en un grito de Kirguizistán**

*Nadie puede protegernos
del odio de los kirguizos
nadie puede impedir
el quinto atardecer lleno de muertos
nadie puede afirmar
que no cruzarán las barricadas
ni que las balas*

no reventarán en nuestra carne.

**No crucen por esa línea
No suban por esta línea
No sueñen con esa línea**

*¡Ordenen el fin de la tristeza!
¡Contengan la risa de la muerte!
¡Impidan que nos usen de carnada!*

Al día siguiente revolotearon ciento veinte mil manos angustiadas y
sesenta mil caras salpicadas de incertidumbre

KosovoSabraChatila volvimos a ser pequeños

**Buscamos mujeres, niños y ancianos
los haremos salir de sus casas
y cuando alguno de ellos flaquee
haremos un festín con sus cuerpos**

*pequeños hombres liderados por el odio
disparando con rifles convenientes*

*Desde del jueves amanecemos diferente
a partir del jueves puedes incendiar mi casa
y cuando intente huir de las llamas deberás tirar a matar*

Alguien dice que no todo está perdido: los rusos llegaron a proteger su base. Mil cuatrocientos uzbekos lamen sus flores heridas y ciento diecocho muertos fueron cubiertos con sábanas de cristal.



CRÓNICA

El movimiento es incesante



MARÍA BELÉN MONCAYO

Feminista, fundadora y única miembro de la plataforma de lucha Malcriada Total Producciones. Directora del Archivo AANME y autora de la marca Malcriada'n Pink. El algoritmo OMG dice que la odian por su belleza, mientras que el Nametest la suscribe como un mito urbano. Dedicó la totalidad de su vida a perder el tiempo de manera infame posteando disparates en Facebook.

Pandemia en Nueva York: no, no es una película

¿De dónde vengo?

Escribo desde el exilio. Salí del Ecuador hacia Estados Unidos en noviembre del 2016. Y salí también de Union City, New Jersey, hacia el SoHo, Manhattan, en Nueva York, cuando empezó la cuarentena por el COVID-19 en esta ciudad.

Mi primer exilio estuvo marcado por la adversidad que conlleva el desempleo, como consecuencia de haber sido despedida intempestivamente del entonces Consejo Nacional de Cinematografía del Ecuador (Ahora ICCA), y casi inmediatamente, por mi renuncia laboral ante la Fundación Museos de la Ciudad, en Quito. Esto, en virtud de la visibilidad física y virtual que adquirió mi activismo desde la plataforma feminista Malcriada Total Producciones, a mi cargo. Es un espacio dedicado a poner de manifiesto el atropello a los derechos humanos y los derechos de la naturaleza mediante gestos de resistencia pacífica que, sin embargo, produjeron escozor en sendas instituciones.

Una vez llegada a Estados Unidos, en menos de un semestre probé suerte en Sedona, Arizona, y en Miami Beach, Florida. Finalmente, me instalé en New Jersey, donde actualmente alquilo una habitación, cuya renta pago con los réditos que me produce el trabajo de cuidado que realizo y las clases de español que imparto de manera particular.

Mi segundo exilio, de New Jersey a Nueva York, tuvo lugar el 17 de marzo de este año, cuando me mudé al departamento de mis actuales empleadores, quienes dejaron Estados Unidos a raíz del

brote del virus. He traído conmigo lo esencial para desarrollar el trabajo encomendado y para continuar con la tutoría en línea, esto es: la certeza de querer resistir hasta cuando me sea posible para proveer a mis hijos de una vida digna. A mis labores se suman ahora acciones antes impensables, como aquella de lavar cada esquina de todo producto que traiga conmigo desde el supermercado o la farmacia.

La lucha que persigue Malcriada Total Producciones es la colectiva, la comunitaria, la del bien común; es así que me he acompañado en estas líneas de otras miradas que, desde la ventana de sus trincheras, experimentan el aislamiento en La Gran Manzana. Aquí vienen.

Desde "mi" ventana

El departamento donde vivo la cuarentena está ubicado en el SoHo, una exclusiva zona de Manhattan, habitada por los mismos perfiles de cualquier área gentrificada de toda metrópolis contemporánea: yuppies, estudiantes de universidades privadas, burgueses ilustrados, los últimos abuelos del barrio y gente sin hogar. Mientras merma la cantidad de transeúntes jóvenes desprovistos de mascarilla y guantes conforme suben las cifras de muerte por el COVID-19 en Nueva York, el número de personas que salen a las siete de la noche a sus ventanas para aplaudir al personal médico crece en tiempo y espacio. Miro también por la ventana guantes de látex tirados en la vereda, personas en situación de calle tratando de anidar en los portales de los edificios, expulsadas luego por la policía tras las quejas enfurecidas de los vecinos. El 50% de los repartidores no lleva protección alguna. Una mujer de casi 70 años que trabaja para la oficina de correos hace su trabajo en la cuadra cada dos días. Conversa amablemente con los transeúntes, y a todos les dice: "Como no tengo con quién hablar, hablo conmigo misma". No usa PPE (Personal Protection Equipment), pero tiene su hands sanitizer. Van creciendo como la espuma conforme pasan los días los gritos violentos de unos a otros: porque sí, porque no y porque también.

Desde una ventana en Flushing, Queens

La persona que me brinda su testimonio desde esos lares prefiere mantener el anonimato. Trabaja para una agencia de la ciudad y

vive bajo el mismo techo que un médico neoyorquino, razón por la cual ha dejado de ser asidua usuaria de los parques aledaños: no es recomendable salir para no contribuir al colapso sanitario, me dice. También me comenta que la gran población de origen asiático y particularmente chino de Flushing ya usaba mascarilla desde antes del brote del virus pandémico, por epidemias y fragilidades anteriores. Hoy salen de sus casas exclusivamente para hacer compras básicas y pasear a sus perros. Circulan también unos pocos buses metropolitanos. Por su parte, el personal de entrega a domicilio va dejando la labor, en vista de que las propinas han sido reducidas considerablemente.

Me dice también que ahora más que nunca puede escuchar las aves. Tiene todo el tiempo la sensación de que es domingo.

Desde una ventana en Washington Heights, Manhattan

Ángeles Donoso es una profesora, investigadora y activista chilena radicada en Nueva York. Durante todo el año acompaña procesos de emigrantes y sus familias, junto a otrxs activistas y en santuarios que por el momento prestan ayuda remota, desde la limitación de la hotline que no para de sonar; y desde el internet, saturado con nuevos casos de encarcelación a jóvenes que han migrado a Estados Unidos, huyendo de la extrema pobreza y violencia que viven en sus países de origen¹. Los anteriores casos de apoyo están parados en la cortes debido a la pandemia, así como talleres y otras actividades de empoderamiento en derechos que Ángeles y sus colegas desarrollan constantemente. Una de las cosas que más lamenta es que el virus se haya llevado a Lorena Borjas, una potente activista afrodescendiente por los Derechos LGBTIQ². Ella, claro está, es una de las miles de personas en la ciudad que se une cada noche al aplauso a lxs trabajadorxs del sector de la salud a las 7pm, con el mismo entusiasmo con que se

¹Es profesora asociada en The Borough of Manhattan Community College/The City University of New York (CUNY) y organizadora comunitaria en temas vinculados a los derechos de lxs inmigrantes. Desde el 2017 colabora con diferentes organizaciones vinculadas a esa labor en la ciudad de Nueva York (New Sanctuary coalition y Sanctuary Neighborhoods). Es autora de *The Insubordination of Photography: Documentary Practices under Chile's Dictatorship* (U of Florida Press, 2020) y coeditora del volumen *Latina/os on the East Coast: A Critical Reader* (Peter Lang, 2015).

²<https://www.lorenaborjas.org/>

une al cacerolazo de las 8pm que clama a gritos que el pago de la renta se congele en Nueva York y en New Jersey, en todos los estados. Su ventana viste una bandera que lucha con la consigna: FREE THE PRISONERS #FreenThemAll³.

Desde una ventana en Bay Ridge, Brooklyn

Cinthy Santos Briones es una fotógrafa mexicana, antropóloga, etnohistoriadora y organizadora comunitaria que reside en Nueva York⁴. Vive actualmente en Bay Ridge, luego de seis años de haberlo hecho en Sunset Park, una zona con altas cifras de migrantes con los que sigue fuertemente vinculada junto a su esposo, sacerdote luterano ligado a la Teología de la Liberación. Al momento, ambos -al igual que otros miembros de la comunidad- están armando un contingente alimentario (lo llaman "activar una respuesta moral de justicia") para aquellas personas que por efectos del covid-19 han sido despedidas temporal o definitivamente de sus trabajos: empleadas de limpieza, niñeras, meserxs, repartidorxs. Seres humanos en la total indefensión y precarizados a los que se suman -entre otrxs- las mujeres ecuatorianas muy conocidas por su venta callejera de mangos y churros. Hay vecinxs que le cuentan por la línea telefónica de ayuda que manejan hace tiempo que están racionando la alacena. Todxs ellxs viven en hacinamiento: familias de cinco, ocho miembros en una sola habitación, a cargo de una casera que recoge botellas, retira niños de las escuelas, hace comida para vender y vende ropa usada.

Otras personas narran la desesperación de no poder comunicarse con sus cónyuges, que han sido deportados o a quienes mantienen en la cárcel de Bergen, en New Jersey, donde se han confirmado ya casos del letal virus. Cinthya me dice que acompañan también a chicxs que entraron a Estados Unidos siendo niñxs y que siguen laborando para familias de judíos ortodoxos, quienes no han prescindido de sus servicios. No han faltado -comenta- los testimonios que afirman no tener tan siquiera tiempo de pensar en la pandemia y que agradecen tener un trabajo -sin protección alguna- porque lo contrario significaría la hambruna.

³<https://www.newsanctuarynyc.org/freethemall>

⁴<http://www.cinthy-santosbriones.com/>

El relato oficial y el relato alternativo

Todos los días, el gobernador del Estado de Nueva York, Andrew M. Cuomo, el alcalde de la ciudad, Bill de Blasio, y el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, ofrecen una rueda de prensa a los medios de su versión actualizada del estado del COVID-19. En resumen: mientras los primeros muestran estadísticas, cifras y proyecciones realistas de diversos escenarios, el último minimiza el horror, insulta cuando le piden insumos e inicia operaciones contra el narcotráfico en Venezuela y El Caribe. Más allá de que Cuomo sea demócrata, desde una perspectiva más amplia, prevalece un posible histórico y radical cambio de paradigma: es literalmente increíble escuchar del gobernador de la ciudad donde se asienta la máquina generadora del capitalismo salvaje, que no pondrá el dólar sobre el ser humano, al tiempo que se pregunta furioso: ¿por qué Estados Unidos está comprando insumos para salvar vidas a China? ¿Son las respuestas a estas interrogantes lo que Cuomo llama a la realidad post-covid-19 el "new normal"?

Los canales latinos mantienen su estilo salsero-apocalíptico. Informan ya el deceso de un cura mexicano súper influyente en la comunidad migrante, ya el de la profesora dominicana a la que todos amaban, a la par que aconsejan hacer un testamento y hablar con la familia de qué debe hacerse en caso de que el virus maligno se los lleve, pues una vez dentro del hospital el futuro es incierto. Más adelante, dan paso a todo el repertorio de artistas latinos trinando, sentados en su verde limón.

Todos los días, Democracy Now! Ha amplificado la voz de trabajadorxs de hospitales como el Montefiore, del Bronx, que han salido hasta la puerta con carteles a hacer huelga para exigir insumos adecuados y suficientes para protegerse. Este medio lleva hace un seguimiento exhaustivo de este tipo de manifestaciones de resistencia en el ámbito nacional e internacional. Desde que el virus brotó, este medio no ha cesado de llamar la atención de cuán grande es la cifra de personas fallecidas e infectadas por el covid-19 en poblaciones precarizadas como la afrodescendiente, la migrante "libre" y la que

está en prisiones, así como la de personas refugiadas. A muchas de ellas se les ha negado la atención porque no hablan inglés, afirma⁵.

Política pública

Las organizaciones que luchan por los derechos de los migrantes en Estados Unidos no se han hecho esperar para levantar la voz de protesta por el hecho de que el gobierno federal haya provisto de 45 mil mascarillas N95 a agentes del ICE (Immigration and Customs Enforcement), de migración y aduanas, quienes durante la pandemia han hecho redadas masivas de deportación a sabiendas de que el aislamiento ha producido un *stand by* general en las cortes de toda la nación, de que en los "gallineros" (como llaman a las jaulas donde los mantienen) el covid-19 es un hecho, y de que los hospitales claman a gritos ser provistos de estos cubrebocas. Para la gente emigrante detenida en cárceles, se demanda su inmediata liberación.

A este panorama aciago se suma el despido laboral intempestivo que literales millones de neoyorquinos han sufrido a raíz de la paralización del mundo. Para quienes tienen residencia legal en el país, el gobierno ha implementado una serie de bonos y créditos y ha congelado la declaración anual de impuestos. Para este sector de la población y para las personas irregularizadas por el mismo Estado, la congresista demócrata Alexandria Ocasio-Cortez ha redoblado los esfuerzos en las mesas de discusión para que los beneficios de salud y empleo cubran el espectro más amplio y justo posible, con énfasis en el alcance de la Ley Cares y de todas aquellas que apuntan a que el recurso vaya directo hacia las pequeñas empresas y no a Wall Street. No menos fuerte es la apuesta de estxs congresistas, por estos días, para evitar que la renta impaga cause la expulsión de la vivienda⁶.

Apoyo comunitario en marcha

En Nueva York -como en varias ciudades del planeta- están vigentes durante la cuarentena diversos contingentes de ayuda para inmigrantes. Por ejemplo, Make the Road New York imparte talleres online a empleadas de hogar sobre sus derechos laborales y cuidados

⁵ <https://www.youtube.com/watch?v=K033NDQbC3A> <https://www.democracynow.org/es>

⁶ <https://www.facebook.com/92998331295/videos/145728183527832/>

de la salud. Organizaciones como New Sanctuary Coalition, Sanctuary for Families y muchas más, en los cinco boros de la ciudad; están produciendo constantemente información sobre recursos físicos y virtuales de salud, alimentación, transporte y apoyo legal en caso de deportación y violencia de género: canastas de alimentos, hotlines para emergencias, redes de cuidados para niñxs cuyxs madres y padres deben ir a trabajar⁷.

Cifras

Para cuando cierro este artículo (6 de abril de 2020), la cifras covid-19 en el Estado de Nueva York revelan que hay 130.689 casos y 4.758 muertos. En Estados Unidos hay un total de 344.554 casos y 10.252 muertos. Se observa en las últimas 48 horas un potencial aplanamiento de la curva. Las cifras las emite únicamente el gobernador Cuomo en su rueda de prensa diaria. Luego de eso, explica la imposibilidad científica de saber qué puede pasar luego de la consideración de uno u otro modelo estadístico que arroja proyecciones. Por lo pronto, el cierre de escuelas y establecimientos no imprescindibles se extiende hasta el 29 de abril⁸. En Nueva York, que la curva se aplane dependerá de la tensión entre el comprobado hecho de que el distanciamiento social previene el contagio y la imposibilidad que tiene la gente pauperizada de poder quedarse en casa sin morir de hambre o por la violencia que supone el hacinamiento perpetuo. Una cifra más... el tigre del zoológico de la ciudad, que dio positivo en la prueba de covid-19. Otros tres presentan síntomas de un probable contagio que viene del ser humano.

¿A dónde voy?

Mi situación laboral, como la de millones, es aún incierta. ¿Quedarme o regresar al Ecuador? ¡He ahí la cuestión!, tan incierta como la cura del covid-19. La certeza que sí tengo es la misma de siempre: que todo es exagerado cuando se mira desde el privilegio, que quedarse no debe ser un privilegio de clase sino un derecho, que mientras me queden fuerzas voy a seguir resistiendo por el derecho a una vida digna,

⁷<https://sanctuaryforfamilies.org/>

⁸<https://www.youtube.com/watch?v=K033NDQbC3A>

dentro o fuera de los Estados Unidos; que la salud tiene que ser gratuita y eficiente en todas partes, que el mundo está sostenido sobre la base del trabajo explotado, que solamente el pueblo salva al pueblo, que las mujeres estamos tres veces más expuestas a violencia en el aislamiento...y que por una taza de arroz, dos de agua.



SOLEDAD ÁLVAREZ VELASCO

Geógrafa y antropóloga. Investiga la intersección entre movilidades migrantes, regímenes de control y violencias en las Américas centrando el testimonio migrante para reconstruir trayectorias de luchas que sostienen la vida en movimiento. Integrante del Colectivo de Geografía Crítica del Ecuador y de (In)Movilidades en las Américas.

¿DÓNDE ESTÁ?

I

Nos conocimos a finales de agosto de 2019, sentadas la una a lado de la otra en la Fila 18 del vuelo de Aeroméxico que cada mañana despegaba de Quito a la Ciudad de México. Yo tenía el asiento C, iba al pasillo. Aunque a ella le habían asignado el asiento del medio, no quitaba su vista del que va a la ventana. Ahí viajaría Juan, su hijo de 5 años. Su blusa blanca combinaba con su traje sastre de dos piezas: una falda y un blazer, ambos grises. Su pelo negro iba muy bien trenzado. Llevaba puesto un par de aretes largos brocados en oro. Traía tacos negros de charol y una cartera grande de cuero del mismo color. Esa misma elegancia la tenía Juan, quien a su corta edad viajaba con terno y corbata. Pocos minutos antes del despegue, me miró, suspiró, y llena de nerviosismo me dijo: "es la segunda vez que voy en avión, pero no la primera vez que voy a México".

Luz de América tenía 38 años cuando la conocí. Nació y creció en San Antonio de Quisapincha, una de las parroquias del cantón Ambato, en la provincia de Tungurahua. Este es uno de los cantones con mayor índice de pobreza a nivel nacional en Ecuador¹, y por eso la vida ahí no ha dejado de precarizarse. Así lo resienten los campesinos

¹La Hora (2019). Ambato ocupa el tercer lugar a nivel nacional en índice de pobreza". 30-01-2019. <https://www.lahora.com.ec/tungurahua/noticia/1102218754/ambato-ocupa-el-tercer-lugar-a-nivel-nacional-en-indice-de-pobreza>

que, como los padres de esta mujer, viven de la agricultura. “La tierrita da muy poca plata, por eso aprendí a trabajar con cuero”, me decía Luz de América. Ella, como tantos otros artesanos de Quisapincha, aprendió a moldear, cocer y pintar cuero para fabricar zapatos. Sus manos ásperas y llenas de cicatrices confirmaban su esfuerzo diario en el cultivo de la tierra y en el trabajo con cuero, esfuerzo que no se revertía, sin embargo, en un ingreso digno. Trabajando todos los días, Luz ganaba USD 170 dólares al mes, monto que apenas cubría su subsistencia.

En cuatro horas y media por avión se recorren los 3.200 kms que separan a Quito de la Ciudad de México. Ese mismo tiempo resulta corto cuando se trata de recorrer un trayecto de vida pasada para tejer conexiones con el presente. En esas horas en el aire, de la manera más inesperada, Luz de América rememoró y compartió conmigo su primera experiencia migratoria mientras experimentaba a la vez, en ese mismo instante, cómo empezaba a desenvolverse la segunda.

Hace dos años se fue mi esposo. Vive en Queens. Él pagó a un coyote que le cruzó. En Quisapincha la gente sabe cómo llegar. ¿No ve? Por eso mi esposo ya está ahí arriba [...] Yo así me fui la primera vez [...] Nos íbamos a encontrar en Nueva York, y después le íbamos a mandar a buscar al Juan.

En enero de 2018, Luz de América encargó su hijo a su madre y salió “por la chacra”. Demoró más de 6 semanas hasta llegar por tierra a México. Iba indocumentada y guiada por el mismo coyote que había llevado a su esposo. Así cruzó una parte de la ruta que ahora sobrevolaríamos: Colombia, Centroamérica y el sur de México. Por tierra también cruzó la frontera entre México y Estados Unidos, e incluso avanzó al interior de territorio estadounidense hasta que fue detenida. Por estar confinada en un centro de detención, padeció lo mismo que tantos otros millones de migrantes indocumentados: “nos castigaban y nos llevaban a unos cuartos helados, más fríos que el páramo, para que estuviéramos ahí metidos”, recordaba Luz de América. Incomunicada y “castigada”, estuvo en detención por más de seis meses, hasta que fue deportada a Ecuador.

Encadenada de pies y manos, Luz de América regresó en un vuelo de deportación. Ese fue el primer viaje en avión de su vida. Tenía la certeza de que volvería a emigrar, pero no sabía bien cuándo. No quería padecer el "castigo de la hielera", ni dejar a Juan otra vez. Por eso dudaba, mientras su esposo, desde Queens, le insistía en que volviera a internar. Él decía que así mismo es la ruta, que a la primera no se cruza, y que como él había pagado al coyote, ella todavía tenía dos intentos más de cruce hasta llegar a Estados Unidos.

Entre sus propias dudas y las insistencias externas, algo inesperado sucedió. En noviembre de 2018, México eliminó el requisito de visado para ciudadanos ecuatorianos. Esto suponía que Luz de América podría viajar ya no como indocumentada, sino con pasaporte en mano; ya no por tierra clandestinamente, sino por avión; y, que en 4 horas y media –y no en seis semanas–, llegaría a México. El cambio en la política de visado coincidió con algo más: el incremento de la llegada de niñas, niños y adolescentes migrantes centroamericanos no acompañadas y acompañados a Estados Unidos. En ese país existe por ley un límite máximo de 20 días para mantener la custodia de menores de edad en centros de detención. Ante esa masiva llegada, algo excepcional sucedía. Para no contradecir el tiempo establecido por ley, en ese contexto, las madres, sus hijas e hijos indocumentados, aun cuando fueran detenidos, eran puestos en libertad bajo un esquema condicionado: presentarse ante una corte migratoria antes de que se cumpla el límite por ley. Bajo ese esquema, su condición indocumentada no cambiaba, pero éste habilitaba excepcionalmente ciertos ingresos a madres e hijos migrantes a Estados Unidos². De hecho, un mes y medio antes de que Luz de América emprendiera su viaje, su cuñada y sus dos sobrinos menores de edad volaron a México y, siguiendo ese esquema, lograron llegar a Nueva York.

Ya que el contexto migratorio era excepcional y prometía un tránsito más acelerado y aparentemente menos riesgoso, Luz de América decidió partir por segunda vez. El mismo coyote que la guio

²Esa política permitió efectivamente la entrada de muchas madres y sus hijos e hijas centroamericanos y ecuatorianos a Estados Unidos. Ver: Davis, John (2019). "Border Crisis: CBP's Response". <https://www.cbp.gov/frontline/border-crisis-cbp-s-response>.

en su primer intento organizó su segunda salida y le entregó una serie de instrucciones escritas que se sumaron a los consejos dados antes por su cuñada. Por eso, ella sabía de antemano que uno de los mayores desafíos que tenía era cruzar junto con su hijo el control migratorio en el aeropuerto de México haciéndose pasar como turistas. Luz de América tenía que enfrentarse a un sistema migratorio que a priori discrimina a ciertos cuerpos en base a construcciones racializadas de los seres humanos. Ella tenía que contradecir ese sistema para calzar en la categoría de turista y no en la de potencial migrante –aunque lo fuese– para consumir su proyecto migratorio, que era nada más y nada menos su proyecto vital.

Si Luz lograba pasar el control migratorio, el resto parecía más simple. Ella y Juan serían guiados hasta la frontera norte y se entregarían a la autoridad migratoria estadounidense. Si todo iba bien después de que los liberaran, en unas cuantas semanas llegarían a Nueva York. El camino parecía nítido. Pero, estando todavía en Quito, recibió una advertencia. El agente migratorio que sellaba su salida, después de preguntarle a dónde iba, le advirtió: “usted no podrá entrar a México”. Haciendo caso omiso a esa sentencia aparentemente irrefutable de la autoridad migratoria, Luz de América tomó su pasaporte. Ella sabía que esa advertencia no era en vano: “mi pasaporte tiene mancha porque fui deportada. Por eso me dijo eso el policía. Pero, yo estoy segura de que voy a pasar”, reiteró Luz de América, con un tono de certeza que no lograba del todo ocultar su nerviosismo y su miedo.

En su cartera llevaba todo lo que ella y su hijo necesitan. Su Smartphone cargado, un chip de celular mexicano, suficiente dinero en efectivo para cubrir los gastos del camino, unos dulces y los juguetes de Juan. La búsqueda incesante de una nueva vida para ella y su hijo hacía que Luz de América no se amilanara fácilmente. Ni la pobreza, ni las restricciones para emigrar, ni las advertencias del control estatal, la habían detenido. Tenía una fortaleza real que surgía de su experiencia vital y que no pretendía ocultar sus propias fragilidades. Mientras relataba una parte de su vida, hacía pausas. Se silenciaba mientras su cuerpo se contraía porque le costaba recordar los dolores que cargaba. Sus ojos se llenaban de lágrimas cuando recordaba lo

que había sufrido estando detenida en la hielera y lejos de su hijo. Se tomaba muy fuerte de las manos, casi como si estuviera rezando, cuando se imaginaba a sí misma cruzando el desierto y llevando en brazos a su hijo. Me decía que tenía miedo, miedo de cruzar fronteras. Pero tener miedo no implica no tener coraje ni valentía. Eso era lo que a ella la constituía.

A 45 minutos de aterrizar, Luz de América me pidió un favor. La azafata nos entregó la forma migratoria que debíamos llenar para ingresar a México. Fue entonces cuando me confesó que solo había terminado segundo grado de primaria y que apenas leía y escribía. Necesitaba que la ayudara a llenar su forma migratoria. Juntas la llenamos y aterrizamos en menos de lo pensado. Cuando el avión se detuvo, Luz de América me volvió a sonreír y me dijo: "tengo un poco de miedo. Pero con ayuda de la Virgen pasamos". Con inquebrantable fuerza, tomó a Juan con la una mano, y con la otra agarró su cartera. Salieron del avión antes que yo. Permanecí cerca, lo suficiente para que Luz de América supiera que ahí estaba por si en algo podía ayudarla. Ilusamente, pretendía yo con mi presencia darle fuerzas a una mujer que no había dejado jamás de luchar por su vida y que, decidida, caminaba frente a mí a punto de dar una nueva batalla.

La fila para cruzar el control migratorio no tardó mucho. Luz y Juan pasaron primero. Se acercaron al puesto de control y ella entregó su pasaporte y el de su hijo al agente migratorio mexicano. Preguntas iban y venían. Había un diálogo en silencio en las miradas que ellos se intercambiaban. Juan, sin entender lo que pasaba, esperaba a un lado. Dándole la mano a su madre, él, a sus 5 años, era la mayor fuente de fortaleza que esa mujer necesitaba. Yo atestiguaba de lejos algo de lo que quizá nadie más se percataba: cómo la fuerza vital de esa mujer de Quisapincha, campesina y artesana que apenas sabía leer y escribir, era el verdadero pasaporte que tenía para hacer frente al control. Sin más, el sello de migración fue estampado en su "pasaporte con mancha", y con eso el mal presagio del agente migratorio ecuatoriano se vino abajo. Luz y Juan entraron a México. Imagino su sonrisa, escucho a lo lejos un suspiro de profunda calma, quizás, porque el primer desafío había sido superado. Luz de América tomó a su hijo y caminaron sin detenerse más.

II

No me cabe duda de que la fuerza vital que hizo posible la entrada de Luz de América a México seguramente les permitió a ella y a Juan cruzar el territorio mexicano, atravesar la frontera, internarse en Estados Unidos y entregarse a la autoridad migratoria. Su fortaleza le habrá permitido cuidar a su hijo en detención. En ese contexto, era muy poco probable que los hubiesen deportado.

Habrán transcurrido posiblemente varias semanas hasta que por fin los liberen condicionadamente, habitándoles el inicio de su viaje a Nueva York. Entre el cierre de 2019 y los dos primeros meses del 2020, Luz de América y Juan habrán empezado a decodificar la vida en Queens. Ella seguramente habrá empezado a trabajar sin cesar en algunos de los múltiples empleos que el mercado informal en Nueva York guarda para migrantes indocumentados como ella. Limpiará casas, baños, o restaurantes; cocerá o lavará ropa; tendrá cualquier otro trabajo altamente precarizado, sin ninguna protección social. Junto con su esposo, los tres estarán viviendo en algún pequeño lugar en Queens. Será algún lugar hacinado, compartiendo sus vidas con varios otros ecuatorianos o latinoamericanos quienes, como ellos, seguramente estarán también indocumentados.

Así como un contexto migratorio inesperado aceleró su decisión de partir por segunda vez, un contexto de pandemia inesperado hoy estará transformando radicalmente el proyecto vital de Luz de América. Hace dos meses un cataclismo sanitario ha venido a desnudar la salvaje desigualdad social contemporánea. A pesar de que las fronteras se han sellado globalmente, la pandemia desatada por el covid-19 no ha desacelerado su viaje de contagio y devastación. Con más de 1.300.000 casos de covid-19 reportados hasta el 8 de mayo 2020, Estados Unidos es hoy el país más afectado globalmente, y el estado de Nueva York, con más de 340.000 casos, es la ciudad más golpeada, superando incluso el total de casos de países enteros. Por eso, la voz y la historia de Luz de América regresan a mí. Su historia,

siendo individual, es a la vez la historia de miles de otros ecuatorianas y ecuatorianos quienes, como ella, despojados de derechos, empujados por la violencia de la pobreza en Ecuador, llenos de coraje y valentía, han emprendido viajes inhóspitos para llegar Estados Unidos, y en particular a la ciudad de Nueva York.

¿Dónde está Luz de América? ¿Cómo está? ¿Cómo estará Juan? ¿Cómo estarán todos esos otros migrantes que saliendo por la chacra se quedaron inmovilizados por el cierre de fronteras en el medio de la pandemia? ¿Cómo estarán los ecuatorianos detenidos? ¿Los que cayeron en las hieleras? ¿Los que están a punto de ser deportados? ¿Cómo estarán los cientos de ecuatorianos indocumentados enfermos? ¿Cómo estarán sus familias y sus hijos que se quedaron en Ecuador? ¿Cuántos habrán muerto por el covid-19? ¿Los habrán enterrado? ¿Quién vela esos cuerpos?

De Quisapincha, Dotaxi, Cochapamba, Jima, Gualaceo, Girón, y de tantos otros lugares, emigramos a Estados Unidos, como Luz de América. La formación histórica, social, cultural y económica de Ecuador no se comprende sin atender a ese proceso que ha sido incesante desde finales de la década de 1960. Esa historia se explica por la economía mono-productora del país, altamente dependiente del mercado internacional, y porque el empobrecimiento y la desigualdad sistémica no dan tregua. De hecho, en Ecuador la pobreza ha encontrado en la vida campesina y rural el nicho para reproducirse. No es coincidente entonces que, para hacer frente a la violencia de la pobreza, mujeres y hombres campesinos, como Luz de América, emigren a Estados Unidos, también sin tregua.

Por la chacra, por la pampa, por el camino, con documentos falsos, con visa, sin visa, por avión, por mar o por tierra, se han ido a ese destino 738.000 ecuatorianas y ecuatorianos que ahora viven en Estados Unidos y constituyen su décimo grupo de origen latino más numeroso³. La gran mayoría vive en Nueva York (39%), Nueva Jersey (18%) y Florida (11%)⁴. En el "epicentro" del covid-19 en Estados

³ Luis Noe-Bustamante, Antonio Flores y Sono Shah, "Facts on Hispanics of Ecuadorian Origin in the United States, 2017", Pew Research Center, Hispanic Trends (sitio de internet), <https://www.pewresearch.org/hispanic/fact-sheet/u-s-hispanics-facts-on-ecuadorian-origin-latinos/>

⁴ *Ibidem*.

Unidos reside gran parte de la población migrante ecuatoriana. Muchas personas son indocumentadas y por eso están despojados de derechos. Entre otros, el derecho a salud.

En Estados Unidos el 45% de personas indocumentadas carece de seguro médico, algo que en el contexto de la pandemia es un problema grave⁵. Aun cuando en la mayoría de los estados de ese país las clínicas comunitarias atienden a pacientes independientemente de su condición migratoria, miles de estas personas no acceden a la salud porque tienen miedo al control y a la deportación. El 24 de febrero de 2020, en la antesala de la expansión del covid-19, la administración Trump puso en marcha la "regla de carga pública" que bloquea la elegibilidad para las tarjetas de residencia de aquellos inmigrantes que han usado, o que el gobierno considera que probablemente usen en el futuro, algún beneficio público. La atención en salud no califica como beneficio público. En el actual contexto de criminalización y xenofobia contra personas migrantes indocumentadas, no solo existe una mala interpretación de esa regla, sino mucho miedo que frena a los migrantes al momento de buscar atención médica. A eso se suma que las redadas y detenciones en las regiones más afectadas por el covid-19, incluyendo a California y a Nueva York, no han cesado⁶. De manera perversa, ambos hechos exacerban el riesgo de muerte entre la población indocumentada, incluyendo a la ecuatoriana. Es más, esas medidas explican de algún modo la disparidad racial y étnica entre las víctimas de covid-19 en Estados Unidos. Ya el 8 de abril de 2020, datos sanitarios confirmaron que en Nueva York el mayor porcentaje de muertos por covid-19 corresponde a personas hispanas (34%), seguido de afroamericanas (28%)⁷. En esos porcentajes, se cuentan seguramente migrantes ecuatorianos fallecidos allá.

A la par de esas cifras, reportajes de prensa muestran las experiencias límite que están viviendo ecuatorianos y ecuatorianas en Nueva York, precisamente en Queens. Como efecto de la cuarentena nacional, muchos han quedado desempleados. Unos viven hacinados en lugares insalubres, otros han quedado sin vivienda, están enfermos, no tienen seguro médico, o no pueden atenderse en los centros de salud porque tienen miedo a que los detengan y deporten⁸. Aquellos que han enfermado, puede ser que mueran en sus casas, que no sean

reconocidos, que pasen a ser cuerpos NN, y que incluso terminen en la fosa común para víctimas de la pandemia que no fueron reconocidas y que ahora se construye en la isla Hart, frente a Nueva York⁹.

Por todo eso no podemos dejar de preguntarnos en dónde están Luz de América y Juan, y todos los otros miles de ecuatorianos y ecuatorianas emigrantes. Esa pregunta no apela a una localización geográfica, sí a una localización histórica y por tanto política del lugar que cada persona que emigra ocupa en el devenir histórico y en la contemporaneidad de Ecuador. ¿Dónde están?, es una pregunta que surge de una incomprensible invisibilización de miles de hombres y mujeres de la esfera pública en Ecuador. La agenda política los ha eliminado de sus prioridades, pues desde hace varias décadas se ha tornado in extremo nacionalista y se concentra en combatir la irregularidad inmigrante al interior del espacio nacional y en fortalecer la seguridad en sus fronteras, mientras un violento discurso xenófobo se normaliza en la sociedad ecuatoriana. La agenda mediática, que tiende a ser amarillista, solo exacerba la construcción del inmigrante como amenaza nacional, mientras olvida abiertamente que miles de ecuatorianos y ecuatorianas son los "otros no deseados" en otros contextos nacionales.

⁵ KFF (2018). "Health Coverage of Immigrants", 18-03-2020. <https://www.kff.org/disparities-policy/fact-sheet/health-coverage-of-immigrants>.

⁶ Kim, C (2020). "Low-income Immigrants Are Afraid to Seek Health Care amid the Covid-19 Pandemic", 13-03-2020. <https://www.vox.com/identities/2020/3/13/21173897/coronavirus-low-income-immigrants>.

Jordan, M. (2020). 'We're Petrified': Immigrants Afraid to Seek Medical Care for Coronavirus. 18-03-2020

⁷ Robinson, D (2020). "In New York State, the Black and Hispanic Populations Are at Higher Risk of Dying from Coronavirus, Preliminary Data Show", 8-04-2020. <https://www.usatoday.com/story/news/health/2020/04/08/ny-plans-release-covid-19-racial-demographic-data-amid-concerns/2969478001/>.

⁸ Correal, A y Jacobs, A (2020). "A Tragedy is Unfolding Inside New York's Epicentric". 9-04-2020. <https://www.nytimes.com/2020/04/09/nyregion/coronavirus-queens-corona-jackson-heights-elmhurst.html>

⁹ El País (2020). "Nueva York abre una gran fosa común en la isla de Hart que recibe 25 cadáveres al día", 10-03-2020. <https://elpais.com/sociedad/2020-04-10/nueva-york-abre-una-gran-fosa-comun-en-la-isla-de-hart-que-recibe-25-cadaveres-al-dia.html>.

En el medio de la pandemia, los migrantes indocumentados han sido borrados de la discusión estatal. En Estados Unidos, el proyecto de ley que aprobó el Senado para inyectar dos trillones de dólares a la economía de ese país y ayudar a los trabajadores, excluyó abiertamente a los más de 12 millones de trabajadores migrantes indocumentados, entre ellos, evidentemente migrantes ecuatorianos. En la escala nacional, el proyecto de ley propuesto por el gobierno de Lenin Moreno para hacer frente a los estragos del covid-19 también los excluyó, es más, ni siquiera los mencionó. Aquí hay una doble negación, a pesar del rol esencial que los migrantes indocumentados cumplen en la vida social y económica en ambos países.

La perversa negación nacional no puede pasar desapercibida, de hecho es burda e intolerable cuando las remesas han sido nodales para sostener nuestra economía. A lo largo de los últimos 20 años, Ecuador recibió sostenidamente más de 49 mil millones de dólares por concepto de remesas, recursos que junto con las exportaciones e inversión extranjera, representan las principales fuentes de liquidez del país para mantener el esquema de dolarización. Es más, en las últimas dos décadas, las remesas representaron 3.6 veces la inversión extranjera directa, que solo llegó a aproximadamente 13 500 millones de dólares. ¿Acaso hemos olvidado que no son sólo las *commodities* de la economía extractiva y la inversión extranjera las que sostienen la economía de este país sino también lo es la fuerza laboral migrante que desde hace más de cinco décadas exportamos desde Ecuador al extranjero?

Preguntarnos por Luz de América es preguntarnos por la historia de un país migrante que lleva décadas despojando de derechos y expulsando en silencio a sus nacionales. Preguntarnos por ellos y ellas es apelar a nuestra desmemoria y a los deliberados modos en que los hemos desaparecido de la vida pública, negándoles el rol determinante que cumplen en el tejido social, político, cultural y económico de un país transnacional. Preguntarnos por ellos, por ellas, es apuntar a un Estado fracasado y desnudar su absoluta inoperancia para responder y proteger a los miles de ecuatorianos y ecuatorianas que han venido sosteniendo el país y que hoy luchan por sus vidas.

Mientras la severidad de la pandemia arrasa las vidas de los más "desechables", nuestra desmemoria nos arrasa como colectivo. Son las narraciones y las imágenes de las vidas migrantes las que nos exigen hacer presente lo que hemos querido volver ausente. El relato de Luz de América evoca imágenes narradas de su travesía, de su coraje y de su valentía. Esas imágenes son indisociables de la memoria de un país que es hoy constitutivamente migrante.

Susan Sontag (2011)¹⁰ se preguntaba por el rol político que las imágenes tienen para potenciar una conciencia crítica ante la barbarie del presente. Su reflexión surgía de contextos de guerra. La guerra rasga, desgarrar; la guerra rompe, destripa; la guerra arruina, decía Sontag. Por eso, "ser observador supone tener la suerte de haber eludido la muerte que ha fulminado a otros", nos interpela Sontag. Aunque no atravesamos ahora una guerra, la atrocidad de esta pandemia ha tornado la vida de miles de personas en un campo de batalla contra la muerte. Esa es la realidad sobre todo de aquellos que han sido despojados de derechos como los migrantes indocumentados. No podemos ser simples observadores pasivos y desmemoriados ante la barbarie que esta pandemia está desatando. Si tenemos la posibilidad de observar es porque miles de otros más están siendo fulminados. La memoria y las imágenes del presente deberían producir un llamado a la conciencia crítica y a la exigencia ante un Estado fracasado que no cuida las vidas de sus ciudadanas y ciudadanos. Encontrar a Luz de América, ver las imágenes de sus relatos, nos localiza en el presente y nos devuelve la responsabilidad que como observadores aún no fulminados por la muerte, tenemos para politizar nuestras memorias e interrumpir así la reproducción de un presente que quiere desechar a la vida. La fuerza vital de Luz de América tendría que darnos luz para relocalizar y resignificar nuestra historia política como el país migrante que somos.

Houston, Texas, frontera con México, 14 de abril de 2020

¹⁰ Sontag, S (2011). *Ante el dolor de los demás*. Madrid: Alfaguara.

ANA MARÍA MORALES TROYA

Antropóloga feminista. Tiene una maestría en Antropología Social en FLACSO Argentina y actualmente cursa su doctorado en la UNSAM. Es coeditora de Revista Amazonas y parte de GT de Economías Populares de CLACSO.

La frontera no es sólo migración Sobre las luchas y la solidaridad radical de Carmen Carcelén

Carmen Carcelén encarna las resistencias a las políticas de la muerte que se instalan en las fronteras desde las políticas de vida que la atraviesan. Carmen hizo de su hogar propio el hogar de miles de personas migrantes que atraviesan diariamente la frontera entre Ecuador y Colombia. Pero no sólo ellxs sobreviven a las dinámicas violentas del Estado o de mafias que existen en los pasos fronterizos. Carmen también lo hace, pues todos los días viaja a Colombia en la madrugada, alrededor de tres horas cada vez, para vender verduras y frutas en el mercado de Ipiales, ciudad colombiana fronteriza con Ecuador. Allí hace comercio desde hace un largo, largo tiempo.

La frontera norte del Ecuador que une a Carchi con Nariño, como todas las fronteras, tiene una historia que no alcanza a ser contada a través de los límites estatales ni del tiempo. Esta frontera se difumina cuando pensamos en el pasado y en el presente de los pueblos que habitan estos territorios sin un límite fronterizo, o cuando vemos árboles genealógicos que no están definidos por una sola nacionalidad. Esta frontera también es atravesada por personas migrantes que se desplazan de manera forzada y de manera "voluntaria". Es cruzada por miles de caminantes, hombres, mujeres, niños, niñas, adolescentes venezolanxs que la cruzan y continúan caminando por las carreteras ecuatorianas hasta llegar a los que ven como sus lugares de destino.

Los caminos que conectan a Ecuador con Colombia son antiguos, así como sus historias. En ellas habitan mujeres de diferentes poblados que cruzan esta frontera para sostener económicamente sus hogares a través del comercio. Hace algunos años, eran más conocidas como “cacharreras” quienes viajan desde diferentes puntos de la provincia de Carchi e Imbabura a Nariño para comprar o vender productos. Estas varias generaciones de mujeres que se dedican al comercio son juzgadas por contrabando si son detenidas y son permanentemente violentadas por las fuerzas policiales y la aduana. En la memoria de Carmen aparece la primera mujer asesinada en frontera por esos agentes del Estado hace aproximadamente treinta años. Su nombre era Genoveva.

La frontera no sólo es vivida como una ilegalidad que deviene en no-ciudadanía, castigo penal, xenofobia. La frontera estatal “oficial”, ahora cerrada, supuestamente, por razones relacionadas con la pandemia, representa una política de la muerte, una necropolítica. De hecho, la misma acción estatal de mantener cerrada la frontera incrementa los riesgos para las personas que la atraviesan y además ha perjudicado a las economías locales. Por un lado, las fuerzas estatales no representan necesariamente seguridad, pueden ser perpetradoras de la violencia que producen las fronteras y que penetran en los cuerpos de las mujeres comerciantes, pues las atraviesan todo el tiempo con riesgo permanente. Ahora resulta alarmante saber que este territorio (frontera, trochas, caminos) está siendo disputado y controlado en algún sentido por grupos armados de distinta índole, no siempre bien identificables pero que sin embargo administran ese espacio y emiten leyes propias como toques de queda o restricciones.

La frontera despliega la ilegalidad deliberada que produce a través de la irregularización cuando una persona la atraviesa “sin papeles” o con un cajón de frutas para vender en el siguiente pueblo, pues esa ilegalidad habilita y legaliza la violencia, la discriminación y el encarcelamiento. A la par, la frontera representa un atravesar, un impulso vital dispuesto a enfrentarse a estas políticas y recrear formas de vida que las desafían. El cruce oficial entre Ecuador y Colombia está cerrado, por ello las trochas, los caminos vecinales históricos y los conocidos pasos irregulares se han multiplicado.

Cuentan antiguux comerciantes de Urbina, en la provincia fronteriza de Carchi, que antes caminaban por las trochas para vender cebada, truequear panela u otros productos de Carchi a Nariño y viceversa, sin que esto fuera criminalizado. Ahora, las trochas son caminadas por personas migrantes, por comerciantes, por familiares que visitarán a un ser querido al otro lado de la raya, por grandes contrabandistas que venderán pacas de cigarrillos sin pagar impuestos, o por mujeres que llevarán unas cuantas de esas pacas de un lado al otro. Serán sus cuerpos los que enfrenten esta ilegalidad, no las transnacionales tabacaleras, que se benefician de ese tránsito. Es decir, el contrabando de cigarrillos, por ejemplo, castiga a las comerciantes como Carmen, pero deja sin tocar las grandes economías tabacaleras.

La frontera también es atravesada por redes de microtráfico y por mujeres racializadas que transportan droga para sobrevivir: una actividad muy difícil de comprender y de no juzgar, hasta que se conocen su economía, sus prácticas, sus contradicciones. Lo que tienen en común muchas mujeres que cruzan la frontera con frutas, zapatos, esmaltes, verduras o un paquete de cocaína es que buscan alternativas para sostener a sus familias. Difícilmente han accedido a tierras o a vivienda propia, son parte de lxs "sin salario" y no han elegido lo que comercian: sus estrategias de supervivencia se dan dentro de marcos mayores de intercambio donde "elegir" cómo comerciar se vuelve imposible. Ser mujer y de bajos recursos, afrodescendiente, migrante, campesina implica que tener un trabajo y salario digno es una excepción a la regla. Por ello, estas actividades se vuelven una salida económica para ellas.

Carmen Carcelén, muy conocida por el permanente apoyo y recibimiento a familias migrantes en su hogar, es una de las comerciantes que desde hace treinta y tres años viaja todos los días a Colombia para vender verduras y frutas en el mercado de Ipiales. Su madre también sostuvo su familia a través de esta dinámica comercial: se envolvía en el cuerpo cientos de metros de tela para cruzar la frontera y poder vender los textiles que conseguía. Ambas, como casi todo el mundo, llevan en su historia familiar su historia de migración interna. A diferencia de mucha gente, Carmen la pone en

valor. Afroecuatoriana, también conocida como Carmela o la madre coraje de Juncal (Valle del Chota), Carmen encarna la solidaridad radical que no regresa a ver a otro lado cuando ve a una familia migrante por una carretera: ella es capaz de ver a los ojos y acoger. Aunque existan sectores sociales y políticas públicas en Ecuador que se organizan para expulsar a la población venezolana, también existe una solidaridad radical en respuesta a las políticas de la muerte, dirían Amarela Varela y Soledad Álvarez, autoras que construyen argumentos para la justicia migrante con muchas otras personas dedicadas a la investigación comprometida con la movilidad humana.

Carmen ha recibido a miles de personas migrantes en su hogar, dicen que alrededor de veinte mil, convirtiéndolo en una casa de acogida. Al hablar de este espacio, ella no sólo se refiere a la alimentación, al hospedaje, sino que habla también del amor, del cuidado, de sanar heridas. Estas son escenas que Carmen recuerda cuando conversamos: el abrazo a una niña en su cama mientras su madre da a luz, el cuidado a familias enteras, el recibir para sanar y curar heridas que quedan marcadas en el cuerpo. Sobre el permanente apoyo de Carmen y su familia a la población migrante, ella explica de cuando llegan: "si dicen estoy cansado, perfecto, no se porten mal, y si se quedan hay desayuno, almuerzo y merienda. Si su familia está por ahí la esperamos, ¿y con qué documentos?, con ninguno, ¿Y cómo se llama? No sé y, su familia no sé, será sacerdote o demonio no sé, porque no nos fijamos en eso. No sé si a la larga eso será malo, pero eso me ha facilitado incluso que nadie intente hacerme daño porque no califico ni clasifico, solo le doy un abrazo."

Pero esta historia no define a Carmen en su totalidad, quizá pocas personas se han preguntado cómo la sostiene.

Carmen vive del comercio como lo hizo su madre y como lo hacen varias generaciones de familias, principalmente mujeres, del Valle del Chota y también de diferentes poblados de Tulcán. Para poder sobrevivir y sostener a sus familias, todos los días estas mujeres y también hombres comerciantes se enfrentan a las políticas de muerte en la frontera, como se ha descrito. Todos los días son una apuesta vital. "Los derechos humanos de quienes comerciamos son abusados, ellos son la ley. Cuando ya te pegaron, te pusieron gas en los ojos y

todo, te dicen vete, vete, antes de que te meta preso. Entonces, claro, yo soy la persona que ha vivido esa situación de cerca, que no me han violado gracias a Dios en la trocha, no me han pegado todavía, pero sí he escuchado insultos, he llorado, me he puesto de rodillas suplicando por favor no me quiten esta carga, porque ustedes no tienen idea lo que significa para mí, tengo deudas, estoy sola, tengo muchos hijos”, dice Carmen.

Carmen está sola. Su esposo está en prisión desde diciembre del 2020. El castigo penal no lo recibe únicamente la persona encarcelada cuando estos hechos suceden, sino que se expande hacia toda su familia, que empobrece, desespera, enferma. Carmen sostiene su albergue independiente para personas migrantes desde 2017. Ha recibido colaboraciones materiales de ONG como kits de higiene, alimentación, entre otras, pero las mismas fueron retiradas cuando su esposo cayó preso. Ante este hecho, las deudas de Carmen se multiplicaron. No sólo sostiene a su familia, a sus hijos, sino también continúa sosteniendo el albergue y la vida de su esposo en la cárcel. Mantenerse en la cárcel tiene un precio: se debe pagar una cuota semanal y, además, costear el trabajo del abogado para su defensa. Sostener todas estas redes no sólo requiere de tiempo, amor y cuidado, sino también de dinero. El trabajo de Carmen en el mercado de Ipiales no es suficiente. Actualmente está endeudada con cinco bancos y todavía recibe mensajes y llamadas que le informan que tiene “un crédito aprobado”. En palabras de Carmen:

El banco a mí me llama siempre...Doña Carmita, usted tiene un único crédito pre-aprobado porque es doble A. No es porque soy doble A, es porque el monopolio quiere que yo siga ahí porque tengo que estar ahí para pagar a sus empleados, tengo que estar ahí para que su banco crezca, porque el día que yo quede mal, ese día me quitan la casa y lo poco que tengo. No tienen idea de que cuando a mí me llegan 20 ó 30 dólares voy por aceite, por jamón, por pan. Entonces es una verdadera lástima que la gente se haya enfocado en pensar que estoy dotada de todo y que también gano un sueldo, incluso me han abandonado las ONG por estar preso mi marido.

Y si algo ha estado presente es la deuda. De hecho, es frecuente que muchas mujeres que sostienen sus hogares a través del comercio se endeuden para poder comprar la mercadería que venderán en alguna feria en Ipiiales, Tulcán, Guayaquil o cualquier otra ciudad. Las deudas no son necesariamente con bancos o con cooperativas, pueden ser con "chulqueros" o, en respuesta a los intereses que estos cobran, muchas mujeres han organizado banquitos comunitarios para acceder a créditos pequeños a fin de comprar mercadería sin esos intereses (para ampliar esto, se puede consultar el estudio de Iliana Carabalí et.al., Coordinadora Nacional de Mujeres Negras: *Diagnóstico de la situación socioeconómica de las mujeres afroecuatorianas en el territorio ancestral de Imbabura y Carchi*¹. Como lo han venido planteando Silvia Federici, Verónica Gago o Luci Cavallero, entre otras personas dedicadas a pensar la deuda en relación con el sostenimiento de la vida, la deuda es una herramienta que explota, confisca la vitalidad social y determina el tiempo futuro.



¹ <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/quito/17548.pdf>, 2020

La violencia estatal a la que están expuestas diariamente muchas mujeres cuando cruzan a comprar o vender productos se justifica a través de la categoría del "contrabando", y recrudece cuando se trata de poblaciones racializadas, afrodescendientes, migrantes. Sobre esto, la interpelación de Carmen:

Me pregunto si ser contrabandista es buscar el pan para tus hijos, es dejar a un niño en el hospital, abandonándole para poder migrar hasta Colombia con cinco cajas de tomate y que alguien en el camino te quite, te pegue, te insulte. ¿Eso es ser contrabandista? ¿Es ser contrabandista comprar cinco papeles higiénicos para vender en el lado ecuatoriano y que llegues allí y te peguen y te digan que eres contrabandista? Dicen: es producto de contrabando, tenemos que quitarle. ¿Qué es peor, conseguir un par de zapatos en 10 dólares en Colombia y venderlo en 15, o robar? ¿Qué es peor? Por conseguir esos zapatos en Colombia, al cruzar la frontera, la gente cae presa. ¿Qué es peor? Veo que las leyes están formadas de esa manera, no les importa ver la parte humana de la persona, no saben si dejé a mis hijos sin comida, no saben si lo que me están quitando lo conseguí con un crédito del banco y el banco me puede quitar todo lo que tengo por no pagarlo. ¿Qué es ser contrabandista, llevar un cajón de limón y esconderse en la trocha hasta que la policía se vaya? ¿Esto habilita que la policía bote al río esta mercadería?

La solidaridad radical se teje desde allí también y, a la par representa otras maneras de sobrevivencia que son atravesadas por políticas que criminalizan, racializan y profundizan las desigualdades. Al preguntarnos con Carmen los motivos por los cuales la mayoría de personas viven de este tipo de comercio, responde: "Somos pueblo de gente muy trabajadora, muy luchadora, pero no tenemos tierra, los jóvenes no tienen tierra, no tenemos casa, muchos hacen su hogar casi niños, de 18 o 20 años, pero no tienen fuente de trabajo". Así, resulta vital contemplar cómo las históricas desigualdades reproducen el racismo estructural, la criminalización, y condenan estas alternativas de vida

que asumen principalmente las mujeres que eran conocidas como "cacharrereras". Me pregunto, ¿cómo estas alternativas económicas se relacionan con el destierro? La desposesión es continua, sutil. La permanente criminalización, el endeudamiento y la precariedad en sí las despojan de su energía vital, del acceso a un salario mínimo, es allí donde Carmen plantea que el comercio es un trabajo digno.

La frontera no se vive únicamente en un límite territorial entre países, sino que se expande en paisajes, historias y relaciones humanas. La frontera, la aduana y la policía representan esta frontera estatal que es violencia pero que a la vez es permanentemente desafiada, interpelada por personas que todos los días atraviesan esas trochas. Mujeres que "se disfrazan" de hombres para no ser violadas; mujeres que esconden los pocos dólares que ganaron de la venta en el mercado, porque el cambio de pesos a dólares es cada día más bajo y el trabajo rinde menos; mujeres que se arrodillan ante un policía para que no bote al río sus naranjas o aguacates, para que no les quiten el tanque de gas que cargaron en su espalda por horas; la mujer que se aferra a una docena de zapatos porque con eso alimentará a sus hijos o pagará la matrícula de su escuela. Todos los pasos en cada trocha que une Ecuador con Colombia cargan esta fuerza vital a la vez que también cargan dolor y miedo.

Carmen recibe en su casa a migrantes que sobreviven estas políticas de muerte, les envuelve en su abrigo y en el sentimiento que comparten. Ella también atraviesa esa frontera y es así que se sostiene este tejido: con trabajos y afectos invisibilizados, criminalizados, pero que construyen comunidad a pesar de todo. Esto nos exige honrar a mujeres como Carmen, pues su historia nos interpela. Espero que las personas que están leyendo este texto puedan reconsiderar sus opiniones de desprecio sobre el llamado "contrabando" y sobre la migración, desafiados por las mismas historias de personas en la frontera, por impulsos vitales y complejidades que muchas veces preferimos no ver, y que por eso no comprendemos.

ALIANZA CONTRA LAS PRISIONES*

Alianza contra las prisiones es una articulación autoconvocada e independiente, actúa contra la normalización del castigo penitenciario como manera de practicar la justicia. La conforman Mujeres de Frente, Corredores Migratorios, CDH-Guayaquil, Kaleidos, Fundación Dignidad, Inredh y sigue creciendo.

Alejandro y Liliana: prisión, migración y "justicia de ganado"

Alejandro, hijo de Liliana, lleva preso casi cuatro años por un delito que no cometió. Suena a un lugar común, pero es lo que muestran las múltiples inconsistencias de los relatos que han construido su caso en Ecuador. Carga con nueve años de sentencia y la única prueba durante todo el juicio fue la acusación de una sola persona.

Alejandro es de Venezuela, vino al Ecuador en el 2018. Aquí, se dedicaba a la barbería, aunque estudió leyes. Vivía con su novia en el sur de Quito y tenía 21 años de edad. El 21 de noviembre del 2018, mientras iba a encontrarse con su novia para regresar a casa cruzó por un pasaje y presencié un altercado. Minutos después unas personas lo atraparon, lo tiraron al suelo y lo empezaron a golpear. Llegó la policía y detuvo el linchamiento, pero acto seguido la misma policía lo detuvo y lo llevó a flagrancia, donde se le acusó de asaltar a mano armada a una pareja en complicidad con una persona más.

Alejandro fue a prisión preventiva, donde la fiscal Yolanda Piedad Ch. le dijo que aceptara un proceso abreviado de tres años. Él se rehusó, pues se declaraba inocente. A los 30 días de instrucción fiscal, se solicitó para la defensa del caso que se realizara la prueba de cámara de Gesell, dado que todo ocurrió en la noche, en un pasaje no iluminado y porque la víctima de robo no pudo identificar a Alejandro cuando la policía le solicitó que describiera al agresor. Sin embargo, la prueba no fue posible. Le pedían a Liliana, su madre, que llevara allí a diez personas parecidas a su hijo, pero ella acababa de llegar al país

y no conocía a nadie. Cabe enfatizar esto: Liliana vivía en Venezuela y tuvo que desplazarse a Ecuador para ayudar a su hijo a defenderse desde prisión, para lo cual tuvo que vender todo lo que tenía.

En la audiencia, la señora María G., quien presentó los cargos, aseguró que Alejandro había sido quien, en complicidad con alguien más, le había robado su cartera. Según su relato, dos personas salieron de los matorrales del pasaje oscuro por donde pasaba para asaltarlos a ella y a su esposo. En el relato, la mujer sostuvo que uno tenía un cuchillo y el otro, un arma. Acusó a Alejandro de haber sostenido el arma y afirmó que había sido su cómplice quien huyó con su cartera, y que portaba un cuchillo. Supuestamente, una persona en motocicleta detuvo a Alejandro de escapar, y los moradores del barrio enseguida salieron a colaborar en su detención, linchándolo.

En su versión de los hechos, la mujer que puso los cargos corrigió tres veces el monto que dijo llevar en su cartera. Primero, dijo que fueron 15 dólares, luego 200 más, y finalmente volvió a corregir la cifra diciendo que habían sido 800 dólares en total los que habían sido sustraídos. Tres correcciones, tres cifras distintas, un linchamiento contra una persona cuyo rostro no se pudo identificar, y el estereotipo que pesa sobre hombres venezolanos jóvenes. Todo esto se confabuló para poner a Alejandro en un lugar extremadamente vulnerable. Aún si se sospechaba de él, desde el linchamiento se ve despojado de cualquier debido proceso para investigarlo, sin redes, sin conocimiento de leyes. La policía, el Estado, ven con tolerancia estos linchamientos, los permiten para guardar un "orden" que se sostiene en la xenofobia y en la violencia social, donde todos somos vigilantes de los otros.

Los partes policiales señalan que al momento de la aprehensión, Alejandro no tenía en su posesión armas, cuchillos ni dinero. Ese fue el mismo testimonio que la policía brindó en la audiencia. Según la gente implicada en la aprehensión de Alejandro, es decir, los moradores del barrio, encontraron un juguete semejante a una pistola al otro lado de la avenida (muchos metros más allá del lugar donde detuvieron a Alejandro), que se recogió como evidencia del caso. Sin embargo, nunca se tomaron huellas dactilares, ni se verificó de alguna forma que le perteneciera a él. Si no se puede probar que tuviera ese juguete

en sus manos y no tenía dinero consigo cuando fue detenido, ni armas, ¿por qué fue él quien terminó en prisión, con una sentencia de 9 años por robo?

En su primera audiencia, Alejandro fue representado por un abogado llamado Patricio U. Durante la defensa, Patricio señaló que no había pruebas materiales que inculparan a Alejandro, y que se trataba de un acto de xenofobia. El único testimonio para acusar a Alejandro fue el de la señora María G., la parte acusadora. A la audiencia fue llamada también Ana, novia de Alejandro. El día del juicio, tuvo un ataque de epilepsia y fue hospitalizada. La audiencia continuó pese a que no pudo rendir testimonio. Los jueces determinaron que la pericia policial, el testimonio de la señora G. y el documento que tenía (refiriéndose a un recibo que su cuñado presentaba como prueba de que él había recibido dinero, que se lo había encargado a ella, y que por eso ella tenía 800 dólares) eran pruebas suficientes.

En el documento de la sentencia, según el testimonio siempre cambiante de la señora María G., el joven cargaba la pistola y agredió a su esposo. Pero en el análisis probatorio de la sección décima, se dice que fue el cómplice quien agredió a ese hombre. El hombre mencionado de la moto, que ayudó supuestamente a apresar a Alejandro, no vio el altercado anterior, ya que se encontró con él recién cuando la gente salió corriendo hacia la avenida. Sin embargo, y sin haber presenciado dicho altercado, ayudó al esposo de María G. a atrapar al joven, lincharlo y golpearlo.

Ella y su esposo aseguran que nunca perdieron de vista a Alejandro, sin embargo, se menciona que el pasaje era oscuro, que el esposo recibió una patada y cayó al piso, momento en que debió volverse a incorporar para correr tras el hombre que supuestamente llevaba el cuchillo. La supuesta arma, que era de juguete, fue encontrada entre 30 y 40 metros al otro lado de la avenida según la versión de los policías, pero en el relato nadie llega a cruzar la avenida. Pese a todas estas inconsistencias, los jueces dicen que el relato es coherente y declaran culpable a Alejandro ¿Por qué no se escuchó mejor los testimonios, por qué no se trató este caso con detenimiento? Tenemos razones para pensar que los casos de personas vulnerables, como son las personas migrantes, comerciantes informales, trabajadoras

sexuales, personas sin techo, son tratados sin cuidado en el sistema de justicia. Son descartados demasiado pronto y convierten estas vidas en descartables, hechas para llenar las prisiones, desde los estrados de jueces que despachan casos sin consideraciones. Estamos frente a lo que se conoce como "justicia de ganado": audiencias sin cuidado, sin evidencias ni procesos suficientes, donde muchos son condenados con demasiado poco.

El único testimonio que los jueces toman para establecer la verdad es el de María G. y su esposo. **La sentencia otorga nueve años y cuatro meses de privación de libertad a Alejandro, así como el pago de veinte salarios unificados al estado, más los 800 dólares a la mujer que lo denunció sin haberle visto nunca el rostro con suficiente claridad para ubicar sus rasgos específicos.** Esta sentencia se emite a pesar de todas las inconsistencias hasta aquí narradas.

Tras escuchar que su hijo fue aprehendido, Liliana viajó inmediatamente de Venezuela a Ecuador, dejando su vida allá de un día para otro. Ella relata que cuando la policía le solicitó a María G. que describiera al acusado, ella no describió a su hijo pese a su notorio cabello blanco, un tatuaje en el brazo y una chiva. María G. simplemente dijo que se trataba de un muchacho de mediana estatura, nada más.

Liliana intentó tomar contacto con la fiscal Yolanda Piedad Ch., sin embargo, ella se negó a recibir a Liliana y la agredió verbalmente, según nos ha relatado. "Me dijo que éramos unos viles delincuentes, que nos fuéramos a nuestro país, que ella odiaba a los venezolanos, esto me lo dijo la fiscal Yolanda Piedad Ch., de la Mena 2".

Pese a esto, a la discriminación y a las agresiones xenófobas que debió recibir apenas llegada a Ecuador, Liliana insistió en conversar, pero la Fiscal nunca la recibió. **Por otro lado, cuando Yolanda Piedad Ch. ofreció el proceso abreviado a Alejandro en calidad de fiscal, lo amenazó, relata Liliana. Le dijo: "¿Qué prefieres, 3 años o 7 años? Porque yo lo que voy es a hundirte, maldito venezolano".**

Fernando H., abogado y cuñado de María G., se contactó con Liliana a los pocos días de la aprehensión de su hijo para extorsionarla. Liliana cuenta que él le pidió mil quinientos dólares para retirar la denuncia, y que admitió que Alejandro no había sido culpable del

robo. Como Liliana no tenía el dinero para pagar inmediatamente esa cantidad, el abogado y su cuñada continuaron con la denuncia. Una persona migrante, recién llegada y sin recursos debe enfrentar extorsión y permanente intimidación, y no se conocen rutas claras para denunciar a los abogados que estafan a personas en esta situación, que cada vez conforman redes más grandes de estafa y abuso.

Un año después de las sentencia, los jueces la subieron finalmente al sistema, acción que era urgente para pedir la apelación. Después de cinco meses más, sostuvieron justamente la audiencia de apelación. El abogado que acompañó el caso en esta ocasión fue Diego C., quien lo hizo gratuitamente. El objetivo era anular la sentencia por falta de evidencia, o por lo menos quitar el agravante, dado por la supuesta participación de una segunda persona en el robo que nunca apareció. Sin embargo, en la apelación, la sentencia fue ratificada.

El 18 de febrero del 2021, el abogado particular Santiago C., contratado por Liliana, presentó un recurso de casación. Liliana, sin embargo, le había pedido que pidiera más bien un recurso de revisión, ya que Ana, la novia de Alejandro, se encuentra mejor de salud y podría finalmente presentar su testimonio. En todo caso, el abogado pidió la casación y le cobró a Liliana la suma de dos mil dólares por eso, sin entrega de recibo a cambio, según relata.

El abogado Santiago C. le comunicó que si ella no le entregaba tres mil dólares más, no seguiría con su trabajo, y cortó toda comunicación con ella. Esta no es la primera vez que extorsionan a Liliana por encontrarse en una situación vulnerable y de desesperación. Un hombre llamado Fernando V. se presentó como abogado, y convenció a Liliana de darle tres mil dólares para entregárselos en la audiencia de juicio al juez ponente, porque según él, el juez le había pedido tres mil dólares para dejar libre ese día a su hijo. Como denuncian mujeres pobres, trabajadorxs, personas sin acceso a la justicia, hay mafias de abogados en donde se busque, y lucran de la desgracia de personas indefensas.

Durante estos tres años de una constante lucha en extrema desigualdad contra el sistema judicial y penitenciario, Liliana y su hijo han estado expuestos a múltiples vulneraciones de derechos,

agresiones verbales y abusos de autoridad. Uno de los muchos ejemplos es que Liliana ha intentado entrar varias veces a su embajada en Ecuador, y los porteros no le han permitido el ingreso. Las agresiones xenófobas de los mismos funcionarios de justicia, la desigualdad con que viven en este país, su desgaste emocional extremo, los ponen al borde de la desesperación. Liliana tuvo que vender su patrimonio en Venezuela para pagar los abogados y la supervivencia de su hijo en la prisión. Actualmente no tiene trabajo, ni recursos, pero continúa buscando los medios para defenderlo. Todo esto, por obvias razones, ha deteriorado la salud física y mental de Liliana y la de Alejandro, a quien dice ya apenas reconocer, por el deterioro que ha sufrido su vida en prisión. Los problemas de salud de Alejandro, graves, apenas son tratados, y conseguir exámenes médicos es tan lejano que, como miles de familiares, teme permanentemente lo peor.

Ahora, Liliana aceptó el patrocinio de su caso por parte de la Defensoría Pública de Ecuador, en donde se está realizando una revisión de todo este proceso. Es difícil introducir en el sistema de justicia la condición en que las personas migrantes tienen su primer acceso a él: en condiciones de desigualdad por xenofobia, pobreza, tratamiento apresurado y exposición permanente a la corrupción. Lo que sucede con este caso es un problema social, que debe dejar de repetirse. Alejandro merecía un proceso justo de investigación, como lo merecen todas las personas que tienen derecho de probar su inocencia, sin importar cuál sea su origen nacional.



El Estado, el sistema de justicia, el sistema penitenciario y los abogados particulares funcionan en un engranaje de indolencia. Exacerbadas las desigualdades y cercan a cientos de personas que jamás debieron entrar siquiera en prisión. La historia de Alejandro y Liliana, multiplicada por miles, es lo que viven personas migrantes, trabajadoras, racializadas, en el sistema de prisiones en Ecuador. Hemos recogido este relato lo más minuciosamente posible a fin de sensibilizar y de hallar justicia para Alejandro y Liliana. Llamamos a la justicia, a la sensibilidad y al fin de la prisión. #ElEstadoProduceViolencia

*Texto escrito en colaboración: Liliana Caguao, Mayra Flores, Cristina Burneo Salazar

Liliana Caguao. Lo dejó todo en Venezuela para venir a apoyar a su hijo en Ecuador. En un par de días, debió vender todo lo que tenía y atravesar tres países para convertirse en una madre luchadora para sacar a su hijo de prisión. Actualmente, Liliana hace lo imposible para navegar en el duro sistema de justicia de Ecuador, que demora en escuchar el caso de su hijo.

Mayra Flores. Le gusta nadar, viajar y jugar fútbol, pero no le pagan por nada de eso, así que estudió Antropología. Parte de Surco Común e investigadora de Kaleidos. Investiga la militarización de las ecologías y la escasez del agua. Le importan el trabajo agrícola, la organización campesina y la naturaleza.

SARA TILLERÍA

Migrante y feminista ecuatoriana. Investigadora en socio-antropología y fotógrafa. Estudia un doctorado en Sociología: su investigación se enfoca en el trabajo sexual en contextos migratorios y en políticas públicas ligadas a la migración y el trabajo sexual en Francia. Vive y trabaja en París.

Ecuatoriana en París

Quito, París. Diciembre del 2019-enero del 2020. "A feminist is any woman who tells the truth about her life" (Virginia Wolf).

"¿Por qué soy feminista?" Este texto nace como una lección sobre el postulado "Lo personal es político" como un principio básico e histórico dentro del movimiento feminista. Lo que pasa en la intimidad es político. Me pregunto así: ¿Cómo hablar de cuestiones políticas más allá de experiencias puntuales e individuales? ¿Cómo conciliar lo que sucede en el espacio privado, y profundamente íntimo, y sacar la voz para decir algo más? ¿Se puede partir de lo íntimo para pensar en cómo esto podría afectar a una colectividad? ¿Cómo esto podría decir algo más a más gente?

Decidí involucrarme activamente en diversas colectivas, acciones feministas, porque me di cuenta cuánta ira venía acumulando dentro mía por las experiencias que guardan mis múltiples identidades sociales y experiencias de una ciudad del norte global. Soy de Quito y vivo en París. Me di cuenta de lo mucho que necesitaba del feminismo por primera vez cuando tuve riesgo de embarazo y mi pareja de aquel entonces, entiéndase por ello un hombre francés-blanco, se desentendió totalmente del asunto diciéndome que no podía atender el problema ya que estaba trabajando. Incluso me dijo que me calmara y no me volvía a contactar hasta días después. Como yo sí tenía que atender el problema, como si yo no estuviera trabajando a tiempo completo en un espacio de ocho metros cuadrados y ganando el salario mínimo, enfrenté esta situación sola. Ésa es la precariedad,

ése fue uno de los principales *déclanchhour*, detonadores, que me llevaron al feminismo cuando me di cuenta de la totalidad disparidad en la que me encontraba con esta persona. Por ser mujer de color, es decir, no-blanca, no-europea, ecuatoriana en la sociedad y por ser migrante. El entender mi ser migrante no fue fortuito, menos después de experiencias dolorosas de aislamiento afectivo, que la toma de conciencia de la reducción o la falta de relaciones sociales perennes, de vivir la afectividad y el amor a distancias, después de vivir de modo cotidiano la desigualdad de derechos que tengo en Francia frente a las ciudadanas europeas y francesas, y muchas otras cosas más.

La precariedad se me acumuló de tantas formas ese año, sin embargo, ese fue el año de la luz. Tengo tantas cosas que decir que no sé por dónde comenzar. Tengo tanta ira, tanto dolor, tanta indignación acumulada. Sólo sé que regreso a: cruciales de mi identidad: mi género como mujer cis y mi clase social como migrante en un país del norte global. Estos dos rasgos identitarios han sido los más trascendentales de toda mi experiencia aquí. Poco a poco múltiples vivencias se han ido tejiendo y engranando desde entonces y decidí ser feminista el día que pase adolorida, absolutamente sola en un cuarto subarrendado en París, tomándome esa pastilla, inyectándome voluntariamente una bomba hormonal en mi cuerpo. Y fue más doloroso aun cuando una persona a quien yo consideraba mi amigo me revictimizó diciéndome que estaba actuando como una loca por querer reclamarle corresponsabilidad a mi pareja.

Porque pareciera ser que tomamos conciencia el momento que nos violentan, que nos agreden. Yo soy responsable y sólo yo decido lo que quiero que suceda o no con mi cuerpo. Me dije también que no tendría nunca más intimidad con otra persona que no fuera empática, respetuosa, corresponsable, consensual, que no cuidara mi cuerpo y que no me diera placer. Mi cuerpo migrante, mi cuerpo moreno, mi cuerpo estrellado, mi cuerpo de mujer.

Sí, el feminismo me salvó, como muchas otras lo han dicho tantas veces en el pasado, me salvó del heteropatriarcado violento, misógino y sexista, me sigue ayudando a encontrar mi propia voz y mi propio lenguaje, mi propio espacio, a ver mi existencia.

Me salvó de querer una casa con un esposo y un auto, de desear una vida absolutamente heteronormativa como las que sueñan muchas mujeres de clase media alta en Quito. El curuchupismo me da ansiedad. Rechazo así la cultura heterosexual, los juegos misóginos que quieren de mí una mujer de bien, una mujer casada, una mujer respetable, los rechaza y los vomita. Lo que es válido para mí es lo que yo quiero de mí misma, no lo que la sociedad patriarcal proyecta en mí o lo que quiere ver de mi cuerpo o no.

Entonces, regresando un poco, después de cuatro años de vivir en París descubrí que tengo una carga mental particular específica de las mujeres que migramos: es la carga mental de la migrante. Podemos comenzar por toda la violencia administrativa que he experimentado desde el día uno en Francia, cuando me obligaron a poner mis senos desnudos en una placa de metal fría o el examen obligatorio de tuberculosis en mi primera cita de validación de la visa con una doctora que jamás había conocido antes, ante quien me obligaron a desvestirme rápidamente cerca de una puerta medio abierta. Me dirán que soy yo la que elegí vivir aquí y es totalmente acertado, siempre quise mudarme a París, fue mi sueño y mi deseo, y así lo vi cumplir. Después de dos años de estudiar en La Sorbonne con una excelente beca para la maestría, me enfrenté a la vida real y cruda: el mundo salarial y capitalista, trabajar para existir.

Debo decir que lo experimenté muy tardíamente porque soy consciente de mis privilegios como quiteña de clase media alta. Es decir, nunca tuve que trabajar al mismo tiempo que estudiaba en Ecuador. Mis padres cubrieron todos los costos de educación en una universidad privada. Es decir, que nunca tuve que pagar por una renta, ni por mi alimentación. Mi posición social en el Ecuador permite que la vivienda, salud, educación, alimentación y las afectividades están dadas y esto no ocupa un lugar en mi mente. Esta clase social está íntimamente vinculada al mestizaje ya que este en el Ecuador es la norma. Ser mestiza es pertenecer al grupo étnico-social que tiene el poder cultural, económico y simbólico. No somos minoritarias ni somos monorizadas ni somos racializadas negativamente. Y lo más problemático del mestizaje es que en el fondo es un proceso de enblanqueamiento constante de fundir, de borrar cualquier facción

o característica que aún cuestione esta blanquitud deseada. Y si lo hubiera, no es motivo de orgullo alguno. Migrar es efectivamente un desclasamiento social. Es darme cuenta después de años de toma de conciencia que soy una mujer sujeta a la racionalización en los nortes globales. Fue aquí donde descubrí que me llaman "latina", que soy "chipe", en donde me preguntan frecuentemente de dónde vengo, de dónde viene mi acento. Soy constantemente recordada que no pertenezco aquí.

Continuando con la historia, hace dos años y por culpa de la administración, ya que no había citas para la renovación de la visa y aún pidiendo una con meses de antelación, me quedé sin papeles por casi dos meses, *sans papier*. ¿Qué significaba esto? Hasta que llegue el día de mi renovación, con vocación esperé sólo con un papel arrugado y sucio que decía que tenía cita a finales de enero. Era época de Navidad y trabajaba en *Galleries Lafayette*. Fue una de las épocas más depresivas de mi vida, poco antes había regresado por la primera vez de Ecuador después de haber estado dos años *non stop* afuera. La añoranza de mi familia, de mi tierra, era tal en esa época que recuerdo haber leído un grafiti que decía: "mon rêve est d'aller voir maman", mi sueño es ir a ver a mamá, y lloré. Caí en depresión en esta primera instancia de la madre tierra, me atravesaron tantas cosas interna y afectivamente que quedé revolucionada por dentro. La segunda vez que regresé al Ecuador fue un poco más dulce. Aprendí que cuando una sale de su nido, nada, nunca más, se ve igual a su regreso. Tus abuelas están más desgastadas que el año pasado, a tus padres les comienzan a salir canas, Ganala mi perra está menos activa y ya no come.

Y después una a una nos van dejando. El miedo a la muerte de los seres queridos a la distancia comienza a pesarme cada vez más. Todos estos pequeños detalles siempre me punzan cuando regreso a Quito y cuando me voy. Así, vivo constantemente con un pie adentro y un pie afuera, sin identificarme totalmente con la ecuatorianidad ni la francesidad, que en realidad nunca he sabido qué son. Todo siempre me ha parecido extraño y ajeno. Mi psicóloga dice que vivo en un mundo de ambivalencias, entre querer estar aquí y estar allá. Es una ambivalencia que me hace extrañar lo más profundamente

Quito y no poder dejar nunca París. Es la ambivalencia de que a pesar de que amo esta ciudad, escribo esto desde París, aquí es donde me reaffirmé como feminista, aquí es donde he recibido muchos golpes, muchos sustos, es aquí donde pude tomar un espejo y verme a mí misma. Por eso amo profundamente a esta ciudad porque es y sigue siendo mi elección, es mi madurez y a la vez me da y me sigue dando los golpes más duros. Aquí también comprendí que ser migrante es ser de otra clase social, a menos que puedas blanquearte lo suficiente para que seas considerada como una migrante de bien. La integración y la asimilación a la República Francesa es un objetivo y un lenguaje generalizado cuando se trata de migración. Las suficientemente integradas o asimiladas a la cultura francesa son aquellas que se funden en un republicanismo universalista que no reconoce la diversidad de sus orígenes, religiones, etnicidades y más. Este integracionismo para mí es olvidar lo que eres, de dónde vienes, emblanquearte para ser percibida como una buena migrante, es olvidar y esconder cualquier rasgo que delate tu diferencia, que es percibido además como un peligro para el universalismo republicano y es objeto de mucha tensión. Ser una buena migrante es convertirte en una y renunciar pero una buena migrante es convertirte en una Petit Homttet y renunciar a todo lo que pudiera darte un poco de color. "Lo blanco odia el color", me dijo un amigo una vez y es cierto.

Después de asimilar mi estatus como sin papeles, nunca más me vi a mí misma como una estudiante en París. Ahora soy una migrante en París porque la movilidad/inmovilidad, las definiciones de Estado-nacionales y las políticas públicas que me silban, me atraviesan, transforman y estructuran absolutamente mi experiencia, mi percepción de la realidad y la forma de organizarme. Con seis meses de anticipación, incluso más para poder hacer todos los papeles necesarios en la prefectura y que pueda proyectarme en el Avenue. El tiempo era Porveniouur de gizza se traduce en vivir en el limbo hasta tener respuesta. Es no poder organizarse para salir de Francia, si esto está en la lista de cosas que quisiéramos hacer. Es esperar para firmar un contrato de trabajo a tiempo completo mientras esperamos por la visa Salarie Sai. Es quedarse simple y llanamente en el limbo hasta que tu situación sea regularizada.

Y eso se traduce en no poder proyectarse muy lejos a futuro porque la administración valida o bloquea tus proyectos. Es comenzar a alistar los papeles desde meses antes que tengas una cita, si es que finalmente logras tener una. Alistar los papeles es demostrar que tienes una vivienda, que tienes un contrato a tu nombre o tener una "attestation d'hébergement" reciente, es demostrar que tiene cierta cantidad de dinero en el banco, que tienes un trabajo o los recursos necesarios para mantenerte, que no dependes de ayuda del Estado, que ya estás inscrita en la universidad, es decir, que hayas pagado o estás por pagar, es tener un pasaporte válido. Es alistar todo esto y después de la cita cuando entregas los papeles, esperar la respuesta a veces varios meses. Alistar los papeles consiste básicamente en mostrar el acceso a lo que muchos que migramos no lo tenemos dado, sobre todo la vivienda que cada vez es más difícil acceder en París y además es extraordinariamente caro. Este modus operandi que he desarrollado inconscientemente comienza a dejarme Tjas en mi psicología y mi manera de adelantarme siempre en los problemas y a las posibles degradaciones.

Poco nos importa o poco sabemos sobre las emociones con los sentimientos de las personas que migramos. Poco sabemos hasta qué punto toda la experiencia podría afectarnos o no en nuestra psicología y en nuestra vida material. Las cargas materiales y la falta de afectividad de las personas que migramos son subestimadas. Nuestras percepciones de la realidad, nuestras emociones, nuestras cargas mentales y materiales son poco a nada consideradas. Necesitamos más empatía y necesitamos políticas públicas adaptadas a las formas complejas de nuestras migraciones.

Regresando a la historia, quería decir que estaba atrapada en Francia sin poder salir hasta obtener el famoso Regtipité, que me da de nuevo la existencia administrativa en el territorio. Quería decir que me quedaba en París para pasar una de las navidades más tristes, 1000 horas desoladoras? Que he tenido que pasar en toda mi existencia. Además, simbólicamente etre sans papier fue un estigma para mí, me afronté a la arista amarga de la administración. Pocos meses después tuve mi Title de séjour. Después de eso las cosas tampoco fueron fáciles. Comencé a trabajar en una organización francesa para

las refugiadas, fue una de las experiencias más conmovedoras que he tenido en mi vida. Mi trabajo quedaba no muy lejos de mi casa y por primera vez toqué esta realidad tan cruda y violenta de las pedidoras de asilo, sus proyectos y sus vidas ahora en Francia. Sentada en el sillón de mi oficina me decía: "¿Cómo una quiteña migrante está sentada aquí trabajando para refugiadas que vienen de diversos países del mundo en París?". Siempre he sido muy reflexiva respecto a mis actividades en el trabajo y en la universidad hasta tal punto que me parece un poco surrealista. Fue la época en que estudié un segundo máster el cual sólo me faltaba entregar mi *Mémoire* o tesis para graduarme. Logré hacerlo mientras trabajaba tiempo completo en una tierra que no era mía, en una lengua que no era mía, en donde las redes sociales y los vínculos solidarios se volvieron en esta época cada vez más frágiles y reducidos. Como en todo centro capitalista lo que busca es exacerbar la individualidad.

Dudaba en si contar lo que pasó después de que se acabó mi contrato. Me siento avergonzada aún, pero es parte de mi historia. A la semana de comenzar mi doctorado, sin financiamiento, tuve un episodio de estrés intenso que me llevó directamente al hospital. Tuve vértigo. Es evidente, no tener financiamiento para tus estudios cuando decides migrar y cuando vives en una sociedad donde el capitalismo salvaje es el modo de vida. Así, mi experiencia me dice que no somos iguales a las personas europeas o francesas con las que nos relacionamos todos los días. Este evento me afectó de una forma tan poderosa que me costó meses en recuperarme de lo que fue para mí un evento traumático. Una vez en el metro de la línea siete leí: "La manifestation du capitalisme dans nos vies est la tristesse", La manifestación del capitalismo en nuestras vidas es la tristeza, y es totalmente cierto. Después, tantas cosas de tantos valores han sucedido desde ese momento con muchísima acumulación de culpabilidad por el hecho de mi nacionalidad, la discriminación administrativa en el trabajo por no ser francesa o europea, no gozar del chômage o desempleo, aún cuando he trabajado declaradamente desde hace años y he aportado al Polanplue en la seguridad social. Y así los ejemplos continúan.

Hasta que no nos sucede, no nos damos cuenta del rol tan grande que juegan estas experiencias en el autoestima, en la imagen de una misma, y cómo esto es una bola de nieve que nos puede arrastrar moralmente en casi todos los aspectos de la vida. Pero nos dicen que sonriamos, que no estamos trabajando lo suficiente para mejorar nuestra situación. Nos dicen que el autoestima depende de nosotras mismas, nos dicen que nos amemos, que nos inscribamos a una clase de yoga, que paguemos un coach personal, que cambiemos de actitud y dejemos de quejarnos porque atraemos toda esta negatividad.

Entonces, apenas había comenzado el doctorado, tuve que dejarlo durante más de dos meses hasta que se estabilizara mi situación económica, mi salud física y psicológica. No es fácil para mí describir la humillación y la culpabilidad que sentí en los siguientes meses tras el evento en el hospital. Siento que sólo estoy contando las cosas malas que me han pasado, pero quisiera decir que en vez de malas, con los eventos que han marcado mi vida, mi forma feminista-decolonial de habitar. Lo que sé es que mi cuerpo ha vivido demasiados traumatismos psicológicos por la carga mental de la migrante, por la constatación de la misma, por deber explicar a mis jefas, a mis amigas europeas, la violencia y la carga que es cada vez que paso por la prefectura. A niveles macroestructurales la construcción del Estado-nación y sus fronteras me parecen extremadamente violentas, sobre todo para aquellas que deseamos la movilidad y cuando hay que probar constantemente tu existencia y tus proyectos en un territorio que no es el tuyo. La violencia es estructurante y sólo me queda resignarme Siegadeki. Todo esto es parte del año que yo llamo "Luz". El año siguiente es el año "Emancipación", una palabra que tanto usamos, con la que tengo una relación amor-odio por su exacerbado uso oenegista neoliberal de la liberación de las mujeres. En fin, ese será otro tema. Estoy en el año de la emancipación, es increíble como veo todo retrospectivamente, tanta experiencia marcada en mi cuerpo que recién ahora estoy nombrando y descifrando. En este año he afianzado todas mis convicciones feministas, es el año del encuentro, de coloquios, de congresos, de viajes, de libertad, además marcados profundamente por dos eventos que radicalizaron aún más mi posición como feminista; y como dice bell hooks: "No hay que

tenerle miedo a la palabra radical, es simplemente atacar la raíz del problema: el capitalismo y el patriarcado". No queremos un pedazo del pastel, queremos cambiar la receta.

El primer evento sucedió el 9 de febrero del 2019 a las 12:00 am, un tipo me siguió desde la plaza hasta la puerta de mi casa y quiso entrar conmigo. Esto aún no tiene nombre, pero es algo que sucede con frecuencia en París, el sentimiento es el de la devoración, el de no saber cuál es el siguiente paso, el sentimiento de que pude ser violada. Ahora sólo oigo en mi cabeza: "Y la culpa no era mía ni como estaba ni como vestía". Cuando el día que fui a poner una denuncia, la policía de la comisaría de mi barrio el 18, me preguntó cómo estaba vestida el día de la agresión. El segundo evento es el feminicidio de nuestra antigua directora del trabajo, la fundadora de nuestra organización.

Todo lo que destruye el patriarcado lo hace tan desgarradoramente, no deja nada en su camino y una tiene el sentimiento de que hay que salvarse de algo, de algo que te puede matar. Lo siguiente fue la desolación, la falta de control, las iras, la incertidumbre, la soledad. Creo que este evento fue el detonador que necesitaba para despertar de mi comodidad, para poder activarme y conocer más de las colectivas feministas existentes en París, para organizarnos, para contactar con compañeras feministas que sienten el mismo espíritu, con las que me siento segura. Más allá del trabajo que hago para poder tener una vida digna, es el feminismo lo que tiene mucho sentido para mí. Así, hemos llegado a este año, que aún no tiene nombre, pero que está lleno de esperanza. En el que quiero deshacerme de todo sexismo y racismo que aún puede quedar en mí y reflexiono sobre mi clase social y todos sus privilegios. Me quiero encontrar con mujeres, personas trans, personas no-binarias, trabajadoras sexuales, queer of color, personas de otras clases sociales y de estatus administrativos diversos con las que dialogar y ser-hacer comunidad, ser-hacer asamblea. Creo en un feminismo horizontal y sin fronteras, creo que debemos reconstruir el movimiento feminista desde la solidaridad política y con consciencia de nuestros privilegios estado-nacionales, nuestro sexismo, racismo, clasismo. Necesitamos cuestionar la posible existencia de pensamientos y prácticas neocoloniales dentro del movimiento. Tenemos que

descolonizarnos de manera urgente. Es lo que busco y me da sentido, quiero reunirme con otras feministas, quiero discutir, conocer, leer, crear lazos de sororité, adeufité, reconstruir el movimiento feminista y pensar en formas de horizontalizarlo de la forma más basta, cómo desacademizarlo, desblanquizarlo y desuniversalizarlo. Hacerlo un feminismo migrante.

Poesía del exilio en tres voces: desnuda. Sólo busco un poco de tierra, un suelo mío donde poder pisar, una tierra mía donde poder llorar, Azoe Duhmoin, inter di plici mater mamemuoi madami. Quiero sentirme un poco más en tierra. Tuag de curroghouso son manmuans tolme ito un nudo into gargante. When I'm here all alone with my body only in a far away place on my home. Lejos de casa, cuando mi lugar seguro se transforma in a plura nademua do France, cuando mi lugar familiar se transforma, in a plura nademua do France. Otra tierra, otra familia. La raíz sigue siendo la raíz, Getuan bu delepeour, le poun cardinal, in ploum dua de jaten mater, sólo hay personas a las que llamo "mi tierra". No tengo un lugar donde pueda velar por mis muertas. There isn't a place where I can weep. Where can I ride cuando estoy tan lejos de la ceniza. Hay floor in a place that exist only in my memory. Break and come back every time and invent them eternally, again and again, and again, and again. Porque recordar es seleccionar, es reinventar, es visitar. Reinventar es imaginar, fantasear en la memoria, unir piezas y generalizar.

*Publicado originalmente como podcast en Corredores Migratorios: <http://corredoresmigratorios.com/la-historia-de-sara-tilleria-ecuatoriana-en-paris/>

CRISTINA BURNEO SALAZAR

Escritora, traductora, docente y cofundadora de Corredores Migratorios.

Me llamo Julieta y busco a mi esposo

Además de la resistencia permanente contra la pobreza y el desempleo, mujeres como Julieta no renuncian a olvidar a sus esposos, hijos, hermanos desaparecidos en la frontera de Estados Unidos. Este es el relato de Julieta, que elaboramos con ella desde Alausí, Chimborazo.

“Me llamo Julieta Ortiz y busco a mi esposo.” El testimonio de Julieta Ortiz, mujer trabajadora de Chimborazo, apareció en varios medios de comunicación en 2021. Cada vez, ha narrado la búsqueda de su esposo, Gonzalo Sarmiento. No ha renunciado a relatar como forma de luchar contra el olvido, el abandono estatal de quienes migran y la inoperancia de quienes deben buscarles. A pesar del desgaste que supone narrar y narrar, Julieta espera que mantener viva la memoria de Gonzalo abra un camino de justicia.

Gonzalo Sarmiento, esposo de Julieta, es una de las más de cien mil personas que han salido en un año a México-Estados Unidos, sobre todo desde las provincias del Sur de Ecuador. Gonzalo salió dos veces: su primer intento fue a inicios de 2020. Logró llegar desde Achupallas, donde vivía con su familia, hasta Texas. Allí se deshidrató y no pudo continuar, así que fue devuelto a Ecuador como otros miles de personas: con una deuda para la familia con la cual habían pagado a coyotes, con la sensación de fracaso que se endilga a los hombres deportados “por no haberlo hecho bien”, con la misma falta de oportunidad laboral con la que se había ido.

Achupallas es una de las parroquias del cantón Alausí, en la provincia de Chimborazo. Fue un punto estratégico del Tahuantinsuyo por su altura de 3.600 metros y por ser zona cerealera donde se podía almacenar alimento. En las batallas de Tiocajas del siglo 15

fue un sitio relevante en enfrentamientos militares entre las fuerzas del Imperio incaico y las tribus quitus, caras y puruháes, igual que en batallas sucesivas, también contra la invasión colonial española. La posición de Achupallas fue siempre estratégica y hoy es un sitio histórico relevante por ello. Es difícil mirar la parroquia y pensar que su importancia histórica se haya convertido en abandono del Estado, y que su población guerrera ahora deba migrar por pobreza.

Gonzalo y Julieta, que tuvieron tres hijos, hoy aún dependientes de ellos, y formaron un negocio de comida que fue cada vez menos lucrativo. Gonzalo vio en la migración a Estados Unidos una forma de mejorar las condiciones de su familia y de planear la educación de sus hijos, que en Chimborazo no tienen futuro. Su hijo mayor, Gonzalo, tiene un talento particular para la informática. En este país, por la educación que recibe en su parroquia, no alcanzaría el puntaje para ingresar a la universidad. Si ingresara, no podría permanecer allí por cuatro años sin trabajar. Por eso, su papá siguió los caminos de los saberes migrantes y planeó, como muchos, su viaje contrayendo deuda. Del primer viaje quedó un endeudamiento ya grande. El segundo lo hizo casi enseguida, por la desesperación de no poder cubrir ni mínimos gastos ni partes de las deudas que ya tenía con su familia.

El préstamo para el segundo viaje está a nombre de Julieta y se hizo con uno de los grandes bancos del país. "Si usted viera lo fácil que fue endeudarnos, era fácil enviar los papeles por WhatsApp, tramitar, y quedé endeudada. Aunque mi esposo haya desaparecido, yo debo seguir pagando por un largo tiempo." La población empobrecida del país está endeudada con coyotes, bancos, cooperativas y usureros. ¿Por qué? Porque contraer deuda para negocios o empresas pequeñas no rinde, la ganancia es mínima y el crecimiento es lento o no se da. Porque contraer deuda para migrar supone que, de hallarse empleo en Estados Unidos, se puede pagar a los coyotes o a los acreedores hasta en dos años, en uno cuando se tiene mucha suerte, trabajando de sol a sol en construcción o servicios. Porque miles de personas que no son sujeto de crédito sí pueden participar de la economía coyotera e irse. El cálculo es endeudarse, migrar, llegar con vida y empezar a pagar la deuda. Parte del cálculo también es ser deportado o morir. Pero para

millones de personas en Ecuador no hay opciones ni futuro. El banco con el que Julieta mantiene la deuda no fue más allá de refinanciar el monto, aun conociendo que su esposo podía haber fallecido. Como la deuda está a nombre de ella, ninguna gestión personal ni colectiva logró mucho. El endeudamiento permanente en medio del desempleo y la migración está hundiendo a comunidades enteras.

Quienes migran no son sujetos pasivos ni ignorantes de la economía coyotera. Por el contrario, sus familias y comunidades llevan 70 años migrando a Estados Unidos por falta de oportunidad laboral, racismo, pobreza y abandono. Chimborazo es la segunda provincia en Ecuador con mayor desnutrición crónica infantil, es de 52%. Ecuador, a la vez, es el segundo país en las Américas con mayor desnutrición infantil, solamente tras Guatemala. El pronunciamiento público Ecuador en emergencia por desnutrición crónica infantil, emitido en julio de 2021 (firmado por el Pacto por la Niñez y la Adolescencia, World Vision, Cedis, PUCE, entre otras organizaciones), demuestra que la desnutrición crónica infantil no se erradica fácilmente: depende de la dotación de agua potable a largo plazo, de políticas estables que tengan décadas de continuidad (los efectos de la desnutrición crónica infantil se miden en 20 años) y que no se limiten a entregar comida de vez en cuando, como hizo el gobierno ecuatoriano en junio de 2021: dentro del plan "Ecuador sin hambre", donaron, junto con la Asociación de Ganaderos, un millón de vasos de leche a 12 mil niñas y niños de todo el país. Risible como parece, un millón de vasos de leche se ofreció como "solución" a una provincia sumida hace décadas en la pobreza por abandono, despojo y racismo. ¿Por qué es risible?

El pronunciamiento mencionado, sostenido a partir de la investigación "Determinantes de la desnutrición en menores de 5 años de la población indígena en cinco cantones de la provincia de Chimborazo- Wawapk Kawsay", desarrollado por el Instituto de Salud Pública de PUCE-Ecuador, lo explica también con criterios de Unicef: hay causas inmediatas, subyacentes y básicas para la desnutrición: alimentación insuficiente o inadecuada, sumada a enfermedades preexistentes; falta de acceso a alimentos, atención sanitaria y agua potable; pobreza, desigualdad, racismo y falta de educación, respectivamente. Chimborazo suma todas estas causas y sume a

la niñez en un pronóstico de vida sin futuro. El pronunciamiento cita también la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (ENSANUT, 2012): "la población indígena tiene una prevalencia de desnutrición crónica infantil que, prácticamente, duplica el indicador nacional: 25,2% y 42,3%, respectivamente. Hecho que se agudiza al analizar la información desagregada por cantones y provincias, donde encontramos que las provincias de la sierra centro del país son las más afectadas. Chimborazo y Bolívar presentan más del 40% de su población, de 0 a 60 meses, con retardo en talla."

Una niña que se ve afectada por desnutrición crónica infantil en sus primeros mil días de vida difícilmente podrá recuperarse. Como señalan el estudio de PUCE, la encuesta ENSANUT y el pronunciamiento público, la desnutrición infantil tiene consecuencias irreversibles. Esa niña tendrá problemas de peso, talla y desarrollo que van a repercutir en su capacidad de integrarse socialmente en sus estudios y trabajo: simplemente no tendrá el desarrollo físico ni intelectual necesarios. En Alausí, cantón cercano a Achupallas, la desnutrición crónica infantil es nada menos que del 57,6%. Es decir, más de la mitad de las niñas y los niños presentan retardo en talla y sufren las consecuencias irreversibles de la desnutrición crónica.

Si se toman como causas de la migración la desnutrición infantil y el diagnóstico de "no futuro" que hacen las organizaciones firmantes del pronunciamiento que declara a Chimborazo en emergencia por hambre, esta es una migración forzada por riesgo de muerte lenta. Es un riesgo en el que está sumida no solamente la niñez, sino toda la población, pero que se expresa de forma particularmente cruel en las niñas y los niños que ven cancelada su posibilidad de tener vidas dignas ya antes de cumplir dos años de vida. Es una provincia condenada a la muerte por no poder comer. Por eso, miles de padres y madres han migrado a Estados Unidos aun a riesgo de morir ellos mismos. Como Gonzalo, cuyo cuerpo no ha aparecido.

El proceso de denuncia

Los compañeros de viaje de Gonzalo le dijeron a Julieta por WhatsApp que él había recibido golpes de piedras en la cabeza en un derrumbe

mientras formaban una pirámide humana para avanzar. Lo dejaron en el suelo, cubierto con una manta, herido. Pero su cuerpo no ha sido identificado, ni ella ha recibido nunca un video de esa caída. "¿Por qué si mi esposo murió no hay ningún video? Mientras no me muestren su cuerpo, para mí no está muerto."

Julieta realizó una denuncia formal en Fiscalía, su caso se lleva en Alausí. Ya le han solicitado pruebas de ADN y huellas dactilares para la búsqueda, pero no hay avances. "Me temo que la carpeta de mi esposo esté en un cajón, sin moverse, apilada. No se trata solo de conocer los casos para tomarse fotos, tienen que decirme algo."

El laberinto burocrático en que entra una mujer que busca a familiares desaparecidos es, literalmente, infernal. El costo económico y el costo emocional de cada diligencia, la burocratización de la vida misma, los silencios, retrasos y olvidos en el engranaje de justicia, son más que aplastantes. "El laberinto burocrático no es un ente abstracto. Es una maquinaria compuesta por personas con nombres y apellidos reglada por normas y costumbres que imponen personas con nombres y apellidos. El laberinto burocrático puede incumplir sus propios plazos –y de hecho así sucede–, pero es implacable con los plazos ajenos. El laberinto burocrático no considera la precariedad de la vida de decenas de miles de personas", ha escrito Sara Mesa.

Buscar a un familiar desaparecido a miles de kilómetros de distancia, sin poder llegar al lugar en que desapareció, hacerlo todo por medio de terceros, recibir noticias en el corazón sobresaltado solo por correo electrónico, no poder ni siquiera tocar su cuerpo ni imaginar el lugar donde se esfumó, imaginar, no dormir, preguntarse sin fin. Y, además, ingresar en esos laberintos de indolencia.

Las mujeres que se quedan

En las migraciones, las mujeres son juzgadas por quedarse, por irse, por apoyar a sus parejas a migrar o por retenerlas. Si se va, son juzgadas como madres abandonadoras. Si se quedan y se van sus parejas, son tachadas de malas mujeres si tienen una vida o tratan de rehacer la suya cuando sus esposos deciden que "deben seguir con sus vidas". Muchas mujeres son desprestigiadas por sus familias propias

y políticas por irse: sus hijos reciben una narrativa distorsionada, falseada o que pretende separarlos de su madre y su memoria.

Julieta fue investigada por presunta complicidad con los coyotes que organizaron el viaje de su esposo. Fue su cuñado quien la denunció. "Yo soy inocente, ya se probó mi inocencia en el sistema de justicia, y no tengo nada que ocultar." Sin embargo, tuvo que pasar por el miedo, la intimidación y las acusaciones de haber colaborado con los coyotes y hasta de haber tenido relaciones de amantazgo con uno de ellos. También ha sido acusada de apoyar a su esposo: "Me castigan porque dicen que le obligué a irse, cuando esas decisiones se toman en la pareja, y mi esposo es un hombre adulto, muy querido, buen padre, respetado en su comunidad, no tenía razones para irse que no fueran económicas." Ser denunciada por la familia política en una pequeña comunidad es un infierno. "Pueblo chico, infierno grande: me acusan de todo las personas más cercanas, que además han abandonado también a mis hijos."

Gonzalo hizo su casa. "Cuando pegaba las baldosas en el baño, dejaba las juntas perfectas, recorría una por una con las uñas, quedaba lindo. Cuando veo las uniones entre baldosas en el baño me acuerdo de él usando las uñas, limpiando la masilla. Ahí veo todavía sus dedos, sus manos haciendo nuestra casa." La ausencia de Gonzalo es infinita, el shock de su desaparición ha afectado a Julieta y a sus hijos profunda, irreversiblemente, aunque lleguen a sanar con el tiempo. "Todavía no puedo aceptar que no esté. Cuando llego a mi casa, todavía pienso que va a abrirme la puerta como hacía siempre. Él era mi vejez."

El duelo inconcluso por la búsqueda, el endeudamiento, la soledad, el juzgamiento permanente de miembros cercanos a su familia, no han impedido que Julieta siga buscando, relatando, denunciando.

Las mujeres que se quedan son juzgadas por quedarse. Las mujeres que se van son juzgadas por irse. Las mujeres que apoyan a sus esposos en la decisión de migrar y de iniciar el durísimo camino de la separación familiar son puestas bajo sospecha: "por algo le habrá dicho que se vaya"; "es culpa de ella que él haya desaparecido"; "ella es cómplice de los coyotes". El desprecio a las mujeres que

funda nuestras sociedades no deja de expresarse en la realidad de la migración. Ese mismo prejuicio hace que queden despojadas de posibilidades de empleo pues son desprestigiadas de antemano por tener un esposo migrante. Al quedar "solas", harán seguro mal uso de su libertad sexual. La degradación de las mujeres que se quedan golpea su bienestar emocional, económico, social. Mientras busca trabajo, sustento para sus hijos y formas de pagar la deuda, Julieta busca a su esposo. Todas esas búsquedas se mezclan, se indistinguen y a la vez se dan en esferas distintas. Las mujeres que se quedan velan por el duelo de sus hijos, sufren cotidianamente la suspicacia social y a la vez intentan sobrevivir mientras lidian con el dolor profundo de la incertidumbre. La migración son también las mujeres que se quedan.

Julieta está en busca de trabajo. Incluimos aquí sus datos, por si surge una oportunidad laboral para ella en Chimborazo. Muchas gracias por considerarlo. Nuestra amiga busca oportunidad laboral en Alausí o Riobamba.

Julieta ha sido maestra, tuvo un restaurante y ahora busca trabajo limpiando casas o en cocina. Es una de los miles de mujeres jefas de hogar por la migración de sus esposos. Admiramos su integridad y sus destrezas y podemos dar las mejores referencias de su trabajo. Su celular directo: 0958709406. Corredores Migratorios.

*En colaboración con María José Gutiérrez y Josep Vecino, a partir del acercamiento que María José inició con Julieta en 2021 para hacer visibles las luchas de las mujeres que buscan a sus familiares migrantes.

SVETLANA POZO KOVALCHUK

Ucraniana residente en Ecuador. Mujer.
Madre. Feminista. Lectora compulsiva.
Profesora y eterna aprendiz.



Pequeñas golondrinas

Моя маленька ластівка, "mi pequeña golondrina". Así solía llamarme la abuela Svetlana cuando nos encontrábamos con conocidos en las calles de Mykolaiv y se asombraban por mis grandes ojos color café, muy distintos a sus pequeños ojos verdes. Lo decía en ruso, porque la ciudad de Mykolaiv, al igual que muchas ciudades del sur de Ucrania, eran rusoparlantes en la época de la Unión Soviética. Hoy, mi madre me llama ластівка (en ucraniano), como forma de resistencia y honor a su país en llamas.

La abuela me llamaba su golondrina no sólo por cariño, sino porque sabía que, como ellas, estábamos de paso. Llegaría el momento en que migraríamos al sur.

"Un año, máximo", nos dijo mamá cuando llegamos a casa de los abuelos. "Un año con los abuelos y volvemos a Ecuador". Un año se hicieron dos, luego cuatro y luego, sin darme cuenta, yo estaba acabando la escuela primaria en Ucrania.

No era la primera vez que vivía con los abuelos. La abuela Sveta me había llevado con ella a Mykolaiv recién nacida, luego de que mi madre le dijo que le era imposible rendir sus exámenes de grado y ocuparse de una bebé al mismo tiempo, y que por eso pensaba dejar la universidad. La respuesta de la abuela fue un categórico NO. "Tú ocúpate de terminar tu carrera y yo me ocupo de la niña". Y así, con sólo semanas de nacida, salí de la residencia estudiantil en Kyiv rumbo a Mykolaiv.

Así eran los abuelos ucranianos, siempre dispuestos a ayudar en lo que fuese necesario. Siempre presentes a pesar de las distancias, que fueron muchas y largas. Nunca imaginaron que la primera separación de su hija, mi madre, para que fuera a estudiar a la Universidad en Kyiv iba a ser la primera de muchas.

Mis padres se conocieron en la Universidad de Kyiv. Mi padre fue parte de los grupos de estudiantes ecuatorianos que viajaron a la entonces URSS con becas para estudiar carreras técnicas en la década de 1970. En esa época no se sabía mucho de las condiciones ni de la situación de la URSS, sin embargo, la naturaleza de las carreras y los beneficios que incluían las becas llamaron la atención de miles de jóvenes ecuatorianos de familias de bajos y medianos recursos. En el caso de mi padre, la posibilidad de viajar a la URSS para poder estudiar cualquier otra cosa que no fuera Leyes, como quería su padre, fue decisivo. A escondidas, hizo los trámites necesarios, aplicó al programa y logró sacar una de las becas para estudiar ingeniería aeronáutica en la Universidad de Kyiv. Meses después, junto con otros latinoamericanos, estaba desempacando su maleta en una de las tantas residencias estudiantiles de varones de la universidad.

Los primeros meses fueron de estudio intensivo del idioma y materias iniciales del programa de ingeniería. "Los maestros eran despiadados", nos contaba siempre mi papá riéndose, pero agradecido, porque fue allí donde adquirió verdaderos hábitos de estudio y administración del tiempo. Es algo que yo también puedo corroborar: mis primeros años escolares en la URSS también me dejaron habilidades organizacionales y de autogestión que fueron determinantes para el resto de mi vida académica y profesional. Volviendo a mis padres, no todo era estudio, como ellos mismos cuentan. Las reuniones sociales y los viajes durante los recesos académicos les dieron la oportunidad de encontrarse, crear memorias y vínculos con estudiantes de diversos países. Ambos mantienen estrechas y fraternas relaciones con sus ex compañeros ucranianos, costarricenses, panameños, colombianos, ecuatorianos y peruanos, es una de las cosas que hace la migración estudiantil.

Fue en una de esas reuniones sociales donde se conocieron: una ucraniana y un ecuatoriano. Flechazo inmediato, siempre

nos contaban ambos. Aunque ese inicio parecía el preámbulo de una historia idílica, la realidad fue mucho más compleja, ya que los estudiantes extranjeros eran bienvenidos y aceptados como tal, únicamente: estudiantes extranjeros que en algún momento volverían a sus países de origen. Los noviazgos serios o matrimonios con extranjeros no eran bien vistos. Tanto fue así, que mis abuelos ucranianos se enteraron del noviazgo de su hija ni más ni menos que por una visita de agentes de la KGB a su casa con la pregunta: "¿Estaban ustedes enterados de que su hija está saliendo con un extranjero?". Fue la primera de muchas visitas de "rutina" que recibieron, cosa que no impidió a mis padres mantener su relación y formalizarla en su penúltimo año de universidad, cuando decidieron casarse.

Nací un 6 de septiembre de 1980 en un hospital de Mykolaiiv. Semanas después, mis padres regresaban a terminar su último semestre de universidad en Kyiv y yo me quedaba con los abuelos. Meses después, estábamos embarcados los tres en un avión rumbo a Quito, Ecuador. Mi madre, en su infinito amor hacia mi padre, decidí dejar a su familia, su ciudad y su país para viajar a otro continente y enfrentarse a una cultura muy distinta a la suya.

En Quito, vivimos en una propiedad de mi abuelo paterno en el sur, cerca de Chillogallo. Como para todo recién graduado de la universidad, ingresar al mercado laboral es difícil, no se diga para un chico de una universidad soviética con una carrera técnica aeronáutica. Las plazas en la industria de la aviación eran limitadas y se requería experiencia previa en campo. De mi madre, ni hablar: mujer, extranjera, con una bebé de meses y un limitado conocimiento del español. Durante los años siguientes, esa joven familia que éramos intentó mantenerse a flote en trabajos temporales: mi papá como mecánico y mi madre como profesora de ruso y deportes.

Fueron años sumamente complicados para ambos, pero más para mi madre. Extranjera y sola con dos niños (mi hermano menor nació en 1985), sin apoyo de su familia política, en un país completamente distinto al suyo, lejos de su familia y con un esposo que, en su desilusión por no haber logrado triunfar aún en su campo profesional, se volcó a la bebida.

El despido intempestivo de mi padre de su último trabajo agravó la crisis económica y matrimonial por la que estaban pasando y empujó a mi madre a retornar a Ucrania con sus hijos. Esto, de alguna forma, sacudió a mi padre, haciéndolo reaccionar ante la posibilidad de perder a su familia. Luego de muchas discusiones, ambos llegaron al acuerdo de dejarnos con mis abuelos en Ucrania por un año, hasta poder estabilizarse laboral, económica y emocionalmente. Fue ese año el que se extendió a varios, ya que mi abuela Sveta consideró pertinente que al menos uno de nosotros terminase la primaria.

Ni mi hermano ni yo les reprochamos nunca esa decisión, ya que fueron los años más felices y estables de nuestras vidas. Mis abuelos y bisabuelos ucranianos fueron modelos de amor y entrega desinteresada, nos formaron cultivando en mi hermano y en mí el amor y el respeto a todo tipo de diferencias. Recuerdo a la abuela Svetlana, química nuclear, siempre con un libro en la mano, siempre autodidacta, siempre aprendiendo. El abuelo Sascha, ingeniero mecánico, trabajando en una fábrica y en su taller para hacer dinero extra. La bisabuela Shura con sus historias de Holodomor, guerra y resiliencia, con sus manos mágicas cocinando manjares exquisitos.

Fueron esos recuerdos los que nos ayudaron a sobrellevar a mi hermano y a mí las peleas del divorcio de nuestros padres, las burlas y la discriminación en el colegio por no hablar bien el español y por la discapacidad de mi hermano (Asperger y epilepsia). Y siempre ahí el dolor de sabernos lejos de quienes más queríamos: los abuelos.

Ni mi madre ni su sangre ucraniana, luchadora, imparable, jamás se dejaron vencer. Ni por el abandono del que fue su esposo, ni por las crisis, ni por las dificultades. Se adaptó a este país tan distinto al suyo y lo lleva en el corazón, a pesar de haber migrado de nuevo a Europa hace algunos años. Nos crio muy ucranianos, comiendo solyanka y varenikis, luchadores y determinados. Pero también somos muy ecuatorianos: alegres y trabajadores, si esa división tan exacta es posible. Sobre todo, somos muy respetuosos del otro. Mi mamá siempre creyó que la humanidad debería ser más fuerte que las fronteras. Que la solidaridad une lo que la política divide. Y que todos hemos sido, somos o seremos alguna vez "pequeñas golondrinas".

Світлана Посо Ковальчук

Українка, яка проживає в Еквадорі.
Жінка. Мати. Феміністка. Пристрасна
читачка. Вчителька і вічна учениця.



Моя маленька ластівка Versión en ucraniano



Моя маленька ластівка «Моя маленька ластівка». Так мене називала бабуся Світлана, коли ми зустрічали знайомих на вулицях Миколаєва і вони були вражені моїми великими карими очима, які дуже не схожий на її маленькі зелені очі. Вона сказав це російською мовою, тому що місто Миколаїв, як і багато міст на півдні України, за часів СРСР було російськомовним. Сьогодні моя мама називає мене ластівкою (українською мовою), як форму опору та шани її країни, яка горить.

Бабуся називала мене своєю ластівкою не тільки з прихильності, а й тому, що знала, що, як і вони, ми проходимо. Прийде час, коли ми емігрувати мемо на південь.

«Рік максимум», — сказала нам мама, коли ми прийшли до дідуся і бабусі. «Рік з бабусяю та дідусем, і ми повертаємося до Еквадору». Один рік було два, потім чотири, а потім, сам того не підозрюючи, я закінчив початкову школу в Україні.

Він не вперше жив у бабусі й дідуся. Бабуся Света взяла мене з собою до Миколаєва, коли я була новонародженою, після того, як мама сказала їй, що вона не може одночасно здавати випускні іспити і доглядати за дитиною, і тому планувала кинути університет. Відповідь бабусі була категоричне Ні. — Ти подбаєш про те, щоб закінчити диплом, а я — про дівчину. І ось, лише через кілька тижнів,

я виїхала зі студентської резиденції в Києві до Миколаєва.

Такими були мої українські бабуся та дідусь, які завжди готові допомогти у тому, що потрібно. Завжди присутні, незважаючи на відстані. Вони ніколи не уявляли, що перша розлука з дочкою, щоб вона пішла вчитися в Київський університет, стане першою з багатьох.

Мої батьки познайомилися в Київському університеті. Мій батько входив до груп еквадорських студентів, які їздили до тодішнього СРСР зі стипендією для вивчення технічної кар'єри в 1970-х рр. У той час про умови чи ситуацію в СРСР було відомо мало, однак природа курси та пільги, включені в стипендії, привернули увагу тисяч молодих еквадорців із сімей з низьким і середнім рівнем доходу. У випадку з моїм батьком вирішальною була можливість поїхати до СРСР, щоб мати можливість вивчати щось інше, ніж правознавство, як того бажав його батько. Таємно оформив необхідні документи, подав заявку на програму та встиг отримати одну зі стипендій для навчання на авіаційній інженерії в Київському університеті. Через кілька місяців разом з іншими латиноамериканцями він розпаковував свою валізу в одній із численних чоловічих резиденцій університету.

Перші місяці були інтенсивним вивченням мови та початкових предметів інженерної програми. «Вчителі були безжалні», — завжди казав нам тато, сміючись, але вдячний, тому що саме там він придбав справжнє навчання та звички розпоряджатися часом. Це те, що я також можу підтвердити: мої перші шкільні роки в СРСР також дали мені організаторські та самоуправлінські здібності, які були вирішальними для решти мого навчального та професійного життя.

Повертаючись до батьків, не все було навчанням, як вони самі кажуть. Світські зустрічі та поїздки під час академічних канікул дали їм можливість зустрітися, створити спогади та зв'язатися зі студентами з різних країн. Обидва підтримують тісні та братські стосунки зі своїми колишніми українськими, коста-ріканськими, панамськими, колумбійськими, еквадорськими та перуанськими колегами, це одна з речей, якими займається студентська міграція.

Саме на одній із тих світських зустрічей вони познайомилися: українська жінка та еквадорець. Кохання з першого погляду. Хоча

цей початок здавалося преамбулою до ідилічної історії, реальність була набагато складнішою, оскільки іноземних студентів вітали та приймали лише як таких: іноземних студентів, які в якийсь момент повернуться до своєї країни походження. Залицання або шлюби з іноземцями не були добре помітні. Настільки, що мої українські дідусь і бабуся дізналися про залицання дочки не більше і не менше, як тоді, коли до них додому завітали співробітники КДБ із запитанням: «А ви знали, що ваша дочка зустрічається з іноземцем?». Це було перше з багатьох «звичайних» побачень, які вони отримали, що не завадило моїм батькам зберегти стосунки та оформити їх на передостанньому курсі університету, коли вони вирішили одружитися.

Я народилася на 6 вересня 1980 року в лікарні м. Миколаєва. Через кілька тижнів мої батьки повернулися, щоб закінчити останній семестр університету в Києві, і я залишився з бабусею та дідусем. Через кілька місяців ми втрьох летіли до Кіто, Еквадор. Моя мати, у своїй безмежній любові до мого батька, вирішила залишити свою сім'ю, своє місто та свою країну, щоб подорожувати на інший континент і зустрітися з культурою, дуже відмінною від її власної.

У Кіто ми переїхали до власності мого дідуся по батьковій лінії на півдні, в районі Чіллогалло. Що стосується будь-якого нещодавнього випускника університету, то вийти на ринок праці складно, не кажучи вже про хлопця з радянського університету з авіатехнічною освітою. Посади в авіаційній промисловості були обмежені, і потрібен був попередній досвід роботи. Не кажучи вже про мою маму: жінка, іноземка, з місячною дитиною та обмеженим знанням іспанської. Протягом наступних років та молода сім'я, в якій ми намагалися втриматися на тимчасовій роботі: мій тато механіком, а мама – вчителем російської мови та спорту.

Це були надзвичайно складні роки для них обох, але ще більше для моєї матері. Іноземка і одна з двома дітьми (мій молодший брат народився в 1985 році), без підтримки сватів, у країні, абсолютно відмінній від неї, далеко від її сім'ї та з чоловіком, який у своєму розчаруванні ще не досягнувши успіху на професійній ниві, звернувся до випивки.

Несвоєчасне звільнення батька з останньої роботи посилило економічну та сімейну кризу, яку вони переживали, і підштовхнуло

мою маму до повернення в Україну з дітьми. Це якось сколихнуло мого батька, змусивши його відреагувати на можливість втрати сім'ї. Після багатьох дискусій вони обоє домовилися залишити нас з бабусею та дідусем на рік в Україні. Саме того року його розширили до кількох, оскільки моя бабуся Света вважала за потрібне, щоб хоча б один із нас закінчив початкову школу.

Ні брат, ні я ніколи не дорікали їм за таке рішення, адже це були найщасливіші та найстабільніші роки нашого життя. Мої українські бабуся і дідусь й прабабуся були взірцями любові та безкорисливої самовідданості, вони виховували нас, виховуючи в мені і моєму браті любов та повагу до всіляких відмінностей. Пам'ятаю бабуся Світлану, хіміка-атомника, завжди з книжкою в руках, завжди самоучка, завжди вчиться.

Дідусь Саша, інженер-механік, працює на заводі та у своїй майстерні, щоб підзаробити. Прабабуся Шура з її розповідями про Голодомор, війну та стійкість, своїми чарівними руками готує вишукані смаколики.

Саме ці спогади допомогли мені і моєму брату впоратися з розлученнями наших батьків, знущаннями та дискримінацією в еквадорській школі за те, що погано розмовляють іспанською, а також через інвалідність мого брата (Аспергера та епілепсію). І завжди відчувається біль усвідомлення того, що ми далекі від тих, кого любили найбільше: бабусь і дідусів.

Ні мама, ні її українська кров, бойова, нестримна, ніколи не давали себе перемогти. Вона не дозволяла себе перемогти ні залишенням чоловіка, ні кризами, ні труднощами. Вона пристосувалася до цієї країни, настільки відмінної від її, і несе це в серці, незважаючи на те, що кілька років тому повернулася до Європи. Моя українська мати виховувала нас дуже по-українськи, їдять Солянку та Вареники, бійців і рішучих. Але ми водночас дуже еквадорці: щасливі та працьовиті, якщо такий точний поділ можливий. І, перш за все, дуже поважає інших. Моя мама завжди вважала, що людство має бути сильнішим за кордони. Ця солідарність поєднує те, що розділяє політика. І що всі ми були, є або колись будемо «маленькими ластівками».

MARÍA JOSÉ GUTIÉRREZ

María José es candidata a doctorado en el Depto. de Español y Portugués de la Univ. de California, Davis. Colabora en el proyecto de narrativas digitales Humanizando la Deportación, donde ha facilitado la producción de relatos con personas migrantes sobre su deportación desde EE.UU a México y Ecuador.

Bajar el mundo para encontrarlo

La historia de Romelia comienza como la de muchas mujeres. Escapando de un agresor. Después de un matrimonio violento de muchos años con un agente policial, Romelia decide migrar a los EE. UU. Con su hijo mayor. A pesar de todo lo que ya había vivido, fue acusada por familiares y vecinos de "mala madre" e "irresponsable" por tomar una decisión de riesgo a pesar de que era la única opción que tenía para mantenerse viva. Ya son dieciséis años de eso y Romelia no ha regresado al Ecuador. La única razón de su retorno en el 2021 es la búsqueda de su hijo, Hugo, desaparecido en la frontera México-EE. UU. En el año 2012.

Luego de dos años de vivir con su madre en EE. UU., Hugo decide regresar al Ecuador por el fallecimiento de su padre y porque su hermana menor estaba pasando por la misma situación que su madre años atrás. En un esfuerzo por sacarla de un círculo de violencia perpetrado por el segundo matrimonio de su padre, Hugo opta por retornar a Ecuador con la esperanza de regresar a los EE. UU. "conociendo ya la ruta". "La ruta", es el trayecto que miles de migrantes continúan haciendo desde el Ecuador a los EE. UU. Desde agosto de 2021, que México adoptó la medida de restringir el acceso de ecuatorianxs a aquellxs con visa de turismo, "esta ruta" vuelve a ser la única opción viable. Ésta comienza en la frontera sur en Huaquillas pasando por Lima y luego hacia Guatemala, Honduras o México, desde donde miles de ecuatorianxs se camuflan con migrantes de todas partes del mundo para cruzar por los distintos puntos fronterizos a

los EE. UU. Hugo pensaba cruzar por Arizona. Una vez pagados los 14000 dólares del viaje por su madre, inicia su trayectoria en el 2012 desde la ciudad de Cuenca confiado en que su experiencia previa podría ayudarlo a manejar el riesgo.

Romelia se mantuvo comunicada con su hijo a través del teléfono celular durante toda la ruta con mensajes de texto e imágenes que él le enviaba. Recorrer México le tomó a Hugo tres semanas. Una vez en la ciudad de Sonora, Romelia recibe una llamada de su hijo diciendo que necesita que haga un último pago al coyote en Ecuador para poder continuar con el viaje. Eso no había estado en el acuerdo y Romelia decide contactarse con el coyote para preguntar por qué le estaban pidiendo más dinero. "Eso pudo haber ocasionado la desaparición de mi hijo y no me lo perdono", explica. Luego de eso, ya no recibió más llamadas. Después de nueve días los coyotes con los que había viajado Hugo le informaron que su hijo había desaparecido. "Yo había soñado que algo así pasaba. El sueño de una madre no se Equivoca y me había avisado que mi hijo iba a desaparecer, pero también me decía que lo iba a encontrar. Por eso no pierdo las esperanzas". Ya son diez años de la desaparición de Hugo y Romelia continúa con su búsqueda.



Buscar a una persona desaparecida es una tarea ardua, y solitaria. Las circunstancias de la desaparición en frontera, le agregan un componente de incertidumbre, y desorientación que dejan a la persona que busca en completa soledad. La responsabilidad estatal en la desaparición de migrantes se evapora a través de las fronteras y recae en los familiares que se quedan y que buscan. A Romelia la han culpabilizado por "correr el riesgo, sabiendo a lo que se enfrentaba". La culpa asociada a la migración es una experiencia vivida por muchos migrantes que son responsabilizados tanto por familiares como por el propio Estado por decidir migrar en condiciones inseguras, ignorando que las cada vez más restrictivas medidas de control fronterizo han sido las principales causantes del riesgo y de la proliferación de redes de coyoterismo que precarizan la migración. La culpa, además, es asignada con mayor fuerza a las mujeres migrantes quienes son responsabilizadas por el bienestar de sus hijos y por decidir migrar, como es el caso de Romelia.

Romelia ha contactado con organizaciones de búsqueda y rescate en EE. UU., ha enviado muestras de ADN y ha contactado al consulado de Ecuador en varias partes de los Estados Unidos, donde ha recibido la misma respuesta: No hay nada que hacer a menos que tengamos un punto exacto en donde comenzar a buscar. Esta es una información imposible de recuperar ya que Romelia solo ha podido atar cabos a partir de rumores. Son los rumores los que guían a las personas que buscan a sus seres queridos en contextos de migración. Los rumores viajan y se esconden en las redes de clandestinidad que determinan el viaje migrante. Son los propios migrantes, albergues, organizaciones en ruta entre otros quienes pueden proveer cierto tipo de información que no siempre es fiable ni certera, pero es la única fuente de información a partir de la cual se puede comenzar a trazar una ruta. Desde la desaparición de su hijo, Romelia ha recibido hasta tres versiones distintas, todas incompletas e incoherentes: Primero le dijeron que Hugo se escapó en un momento del viaje, y que debe "estar por ahí". El riesgo de una desaparición no era posible, porque Hugo era hombre y "no corría el riesgo de ser violado", así que lo más probable es que "se fugase" del grupo con el que viajaba una vez que llegaron a México. Luego una mujer que había viajado

con Hugo le dijo que no podía darle más información, pero lo único que podía decirle es que Hugo se quedó en una ciudad llamada San Luis. Ninguna de las versiones ha sido comprobada ni investigada. "Nadie ha querido ayudarme a investigar a las personas que me han dado esta información. Le pedí al consulado que me ayudara con estas personas, pero dijeron que no era trabajo de ellos."

A pesar de las negativas, Romelia continúa con la búsqueda siguiendo las pistas que recibe a través de comentarios, rumores, llamadas. Algunas personas se han puesto en contacto con ella y le han dicho que han visto a Hugo en las calles de Tijuana, en un albergue de inmigrantes, en la calle. "Me ha llamado mucha gente por mis anuncios en redes sociales, pero siempre me piden dinero para hacer volantes. Y aunque uno como madre quisiera bajar el mundo para encontrarlo, yo no tengo ya de dónde sacar más dinero". La deuda de la migración se interpone a los esfuerzos de búsqueda y Romelia ya ha sido sujeta a estafas donde ha perdido dinero y tiempo. Mientras más pasa el tiempo, dice ella, "más fácil es que se olviden de Hugo, pero yo como madre sé que lo voy a encontrar algún día".

MARÍA JOSÉ GUTIÉRREZ

María José es candidata a doctorado en el Depto. de Español y Portugués de la Univ. de California, Davis. Colabora en el proyecto de narrativas digitales Humanizando la Deportación, donde ha facilitado la producción de relatos con personas migrantes sobre su deportación desde EE.UU a México y Ecuador.

Por mi hija camino al Sur

Esta es una crónica en dos actos sobre Cúcuta, ciudad colombiana en frontera con Venezuela, al Norte de Santander, y lugar donde inicia el trayecto de lxs caminantes venezolanxs.

I

Julio de 2019. En el puente Simón Bolívar, en lo que se conoce como "La Parada", se vende, entre otras cosas, cabello. En medio del calor agotador y la multitud que se mueve apresuradamente, unas peluquerías improvisadas en medio de la calle compran cabello a precios similares al costo del jabón en barra, que muchxs se llevan clandestinamente de regreso a Venezuela. Esta es la parada de algunas mujeres venezolanas que necesitan los 13 dólares que cuesta el pasaje de bus a Bogotá.

Desde San Antonio del Táchira, en Venezuela, todos los días miles de personas cruzan el puente Simón Bolívar por unas horas, por unos días o para no volver más. Esta no es una frontera infranqueable. Es uno de los ochos cruces "oficiales" que existen entre Colombia y Venezuela de apenas 300 metros de longitud y donde la sensación de "emergencia" se diluye con el calor y el ritmo del día a día.

Mario H. viaja todos los lunes desde Venezuela para recoger "mercancía": un par de jabones y cuchillas de afeitarse. Decide quedarse en la frontera unos días y regresa a San Antonio del Táchira por el resto de la semana. Su hijas son venezolanas y su esposa es colombiana, o lo era, hasta que en los años 90 decidió cruzar el puente para no volver

más. Ella es una de esas personas colombo-venezolanas que también cruzan el puente para regresar a un país que les confunde con un "caminante" más. Mario es uno de los tantos hombres venezolanos que prefieren quedarse "pegaditos" a la frontera haciendo del migrar una actividad del día a día.

Llegué a La Parada con el periodista venezolano Alans Peralta, quien me dijo que la frontera "no podía imaginarse", había que verla y sentirla para saber lo que estaba pasando. Pero lo cierto es que en ese puente solamente se ha incrementado un proceso que ha estado ocurriendo por mucho tiempo. En el imaginario cucuteño, por esta frontera se mueve la economía informal "desde siempre". "Esto mueve mucho dinero", me dice Alans. "A nadie le conviene que se cierre". –Si es tan fácil cruzar por el puente–, le pregunto a Alans, ¿por qué las trochas? "Porque ahora no todo el mundo puede comprar ni vender", me responde.

A veces, Mario no puede cruzar el puente y prefiere pasar por una de las más de 250 "trochas", pasos irregulares que se distribuyen a lo largo de la frontera. Debe contar con al menos 18.000 pesos (unos seis dólares) cada día para pagar el derecho al cruce fronterizo. A veces, cuando el río Táchira lo permite, el cruce se puede hacer caminando. Otras veces, hay hombres "cargadores" que te llevan en la espalda, o un par de puentes improvisados.

Desde que Colombia entró en cuarentena en marzo de 2020, se ha intentado derribar las trochas por ser riesgosas para el control de salubridad. Sin embargo, el cruce "oficial" es ahora un lugar de riesgo para lxs cerca de 71.000 venezolanxs que, según cifras oficiales, han intentado regresar a Venezuela. Ambos países han hecho de este puente una trampa donde es imposible avanzar o retroceder.

II

Tres vecinxs se detienen agotadx en la "Garita de Marta", una tienda/albergue/comedor que se encuentra en la carretera que conecta Cúcuta con Pamplona. Marta es una mujer de 58 años que ha dedicado los últimos dos años de su vida a sostener a lxs más de 300 migrantes venezolanxs que transitan cada día por ese lugar. Por unas horas les proporciona comida, medicinas y palabras de aliento para el trayecto

que les espera de camino al Páramo de Berlín. En el trayecto de Cúcuta hacia Pamplona hay "dos Martas" haciendo el trabajo "informal" de cuidados. Marta Duque, quien se encuentra en Pamplona a dos horas de la Garita de Marta, recibe en la cochera de su casa a docenas de mujeres y niñxs venezolanxs por un par de noches. Sus vecinxs la han amenazado con denunciarla por insalubridad.

Estos albergues son "extra-oficiales", no reconocidos y amenazados con ser clausurados. Son también los que más migrantes atienden. No son refugios, pero tienen que funcionar como tal frente a la falta de atención adecuada para quienes transitan por esta ruta. Son limitados, carentes, pero son los únicos espacios que proporcionan cuidado.

Douglas, un zapatero de Pamplona, también ha adecuado un espacio limitado en su casa para recibir a aquellos que "no aplican" para la atención humanitaria. "[A lxs caminantes] les dan una bolsita de víveres solo si pasan con niñxs", me dice Marta hablando de las dos carpas de atención humanitaria que se encuentran a la entrada a Pamplona. A la Garita de Marta los organismos de atención humanitaria en Cúcuta le han negado ayuda económica, por tener un "negocio" que le brinda "suficientes ingresos". A pesar de esto, Marta ha podido sostener este espacio a través de donaciones individuales y su propio trabajo.

Este lugar es, además, un museo. Las paredes de plástico de la carpa están cubiertas por trozos de cartón con mensajes de agradecimiento escritos por lxs caminantes venezolanxs. Del techo cuelgan cientos de billetes de bolívares, la moneda venezolana, atados a un cordel con mensajes escritos a mano. "Gracias a Marta estamos vivos". "De camino a Perú con el deseo de salir adelante" "Por mi hija camino al Sur", son algunas de las frases que pueden leerse en tinta borrosa. Los bolívares dejan de tener valor al cruzar la frontera y se convierten en papel que es intercambiable únicamente cuando se convierte en una flor de origami. Estas flores ocupan el tiempo de la espera de lxs caminantes.

En agosto de 2019, estuve con Marta cuando Suani y sus dos vecinos, Angelita y Humberto, llegaron a la Garita. Suani venía con

el tobillo hinchado por un intento de robo quince minutos atrás. Su vecina Angelita tenía cerca de cincuenta años y ambas estaban a cargo de su otro vecino, Humberto de setenta años de edad, quien sonreía con el rostro quemado por el sol. Salieron desde Valencia, Estado de Carabobo al Norte de Venezuela hace un par de días, rumbo a Ecuador. Suani quiere llegar a Quito porque en Colombia hay "demasiados venezolanos y ya no nos quieren". Primero deben recorrer cerca de 550 kilómetros hasta Bogotá, y antes de eso, la parte más difícil del trayecto: El páramo de Berlín. Son 195 kilómetros de un gélido territorio que hace parte de un sistema de parques naturales entre Cúcuta y Bucaramanga y del que todxs esperan salir con vida.

Escucho que hay rumores de muerte a 3.000 metros de altura por el frío del páramo. Que unos campesinos colombianos habían encontrado a personas muertas allí un par de días antes. Que los buses y camiones tienen prohibido por ley llevar migrantes por miedo a ser considerados traficantes de personas. Que no hay refugio en Bucaramanga y que los albergues de Marta Duque y Douglas en Pamplona ya no dan abasto. El rumor pasa de boca en boca y es la única información a la que acceden lxs caminantes. El rumor de morir de frío debe ser algo aterrador.

Desde septiembre de 2020, La Garita de Marta sigue recibiendo caminantes pese a la pandemia. Algunxs quieren regresar a Venezuela, otrxs siguen camino al Sur. En un mensaje de audio, Marta me cuenta que necesitan mascarillas, leche y un par de cobijas. La atención humanitaria ha dejado de llegar al lugar y en los medios, las fronteras permanecen cerradas, lxs caminantes han dejado de caminar y todxs estamos guardando cuarentena.

Testimonios en ruta

En los bordes de la carretera "Perimetral Norte", que conecta Ibarra, el Valle del Chota y la frontera de Rumichaca, nuestras miradas encuentran grupos de migrantes, pequeños núcleos familiares compuestos por personas que caminan por los filos de la autopista. Entre los meses de julio y octubre, recorrimos las rutas por donde se desplazan cientos de migrantes de Venezuela; los flujos de cuerpos en movimiento son múltiples, hay quienes viajan porque deben realizar trámites burocráticos, existen quienes viajan para encontrarse con familia o amistades esperando en Colombia, Perú, Chile y aquí, en Ecuador. La mayoría busca empleo para poder ofrecerse una vida más digna. En esta narración, regreso a testimonios de caminantes de Venezuela que con sus cuerpos en movimiento dibujan desplazamientos por espacios hostiles, que desbordan los discursos y las prácticas de las instituciones estatales y las organizaciones humanitarias.

Durante los primeros meses de la emergencia sanitaria causada por la pandemia por covid-19, aumentaron considerablemente los grupos de migrantes que decidieron volver a sus ciudades en Venezuela a causa del desempleo en Ecuador y la discriminación. Hacia mediados del año era más común mirar grupos entrando por la frontera de Rumichaca. Si bien la mayoría de personas que se desplazan son familia entre sí que viaja en grupos, existen otras que hacen familia en el camino. Lo cierto es que la ausencia estatal y una protección internacional insuficiente y burocratizada fuerzan a las rutas a muchxs caminantes quienes, en palabras de Dainiris, que vive en El Juncal y colabora con el trabajo doméstico en la casa de acogida de Carmen Carcelén, están en un vaivén.

Ella ha vivido alrededor de un año en Ecuador, donde entabló una relación de solidaridad con Carmen, y actualmente apoya con tareas de cuidado en la casa de acogida, donde se construye desde 2017 un espacio que brinda asistencia y soporte humanitario a

caminantes venezolanxs. Carmen, además de suplir las acciones y procesos que deberían cumplir las instituciones públicas del estado y las organizaciones internacionales que operan en Ecuador, también representa un pilar emocional y social para la comunidad de venezolanxs en El Juncal. En muchos relatos se nombra a instituciones migratorias y organismos de apoyo internacional, sin embargo su presencia solamente ha cubierto lo mínimo básico para que lxs caminantes puedan extremar sus fuerzas físicas y seguir andando. No han desarrollado acciones y procesos de apoyo ni garantía de derechos para la población venezolana en movilidad.

Sin que este haya sido un objetivo, Carmen y todas las personas que son recibidas en su casa han establecido un proceso pedagógico, porque aprenden de modos recíprocos cuáles son las realidades que enfrentan quienes caminan para vivir dignamente. Carmen encarna una memoria viva de relatos en movimiento, conoce historias de extrema violencia contra las mujeres y las personas vulnerables que abandonan Venezuela. Ella también sostiene los afectos quebrados de quienes pasan por su casa, y hace mediación entre instituciones, organizaciones de ayuda humanitaria, fundaciones y la población migrante. En fin, se hace presente en las negligentes ausencias del estado y los silencios de la cooperación internacional.

“Les digo que migrar no es malo y mucho menos se van vacíos, ya aprendieron, ya saben, ya conocieron muchas cosas...” (Carmen, julio 2020)

En el contexto de la pandemia, esta comunidad fluctuante ha tenido que enfrentar los riesgos que representa un contagio adentro de la casa. Muchxs migrantes que pasan por donde Carmen han sido acusados de traer el virus a El Juncal; frente a esto, las organizaciones han mirado hacia otro lado cuando las poblaciones con las que cooperan exigen el cumplimiento real de sus derechos durante una pandemia mundial. Carmen hace una crítica profunda al modo cómo funciona la ayuda internacional, ella ha vivido de cerca los laberintos burocráticos donde se estancan lxs caminantes cuando solicitan apoyo.

Las instituciones que se ocupan de la protección humanitaria y la garantía de derechos se sostienen en muchas de las labores de mediación comunitaria, en los trabajos de cuidado y de servicio público que realiza Carmen, algo por lo que no siempre ha recibido un reconocimiento concreto. Finalmente, Carmen se enuncia como una migrante, todavía rememora el día en que tuvo que viajar a la ciudad de Ibarra, caminando también, y teniendo que dormir en un parque. Su identificación como migrante ha sido clave en la construcción de relaciones de confianza con los grupos de caminantes que transitan su casa.

En la ruta también existen jerarquías. Un grupo de viajeros jóvenes, de entre 14 y 23 años, habían decidido viajar juntos desde Venezuela; se encontraron en Cúcuta, donde uno de ellos había sido trochero, y por eso conocía las realidades de estos pasos que desbordan los caminos. Por ser jóvenes viajando solos, han sido criminalizados. Sus relatos se mezclan en una polifonía de gestos y experiencias marcadas por la estigmatización de su condición de migrantes. Ellos han sufrido discriminación por su nacionalidad, pero también por ser jóvenes que viajan solos. Dicen que a pesar de lo que digan de su país, ellos lo reconocen como su territorio propio, de donde tuvieron que salir por la imposibilidad de hacer frente a la crisis económica, y no "por gusto".

En el camino se viven experiencias de amenaza contra la vida, la presencia de grupos vinculados a la guerra que vive Colombia es uno de los riesgos más temidos. Eso, y la discriminación que deben soportar por migrar a pie: "Parecemos indigentes porque estamos así caminando, pero somos seres humanos y tenemos derechos." Recuerdan haber sido asistidos solamente una vez durante los 25 días que iban caminando. La posibilidad del retorno solamente aparece frente a la imaginación de que en "Venezuela se arregle algo", de que su país "se acomode". Este grupo decidió unirse porque sabían que juntos se sentirían menos vulnerables en su recorrido desde Mérida y Maracay, hasta llegar, si el camino sigue bien, a Perú. Durante estas trayectorias, recuerdan que el páramo de Berlín, "La Nevera", fue un punto crítico. Al final, describen una imagen que recuerdan

del camino: una mujer embarazada corría con sus otrxs hijxs para alcanzar una mula (camioneta) y que les dieran la cola (aventón). ¿Cómo viven los desplazamientos forzados las mujeres atravesadas por tantas opresiones?

Las que experimentan mayor vulnerabilidad son las que viven condiciones graves de salud, como Neidi, quien salió de Venezuela para buscar atención médica y poder enfrentar una leucemia que la ha debilitado. Ella viajó con su papá, Manuel, quien sufrió un decaimiento en el camino. La emergencia sanitaria ha puesto en crisis la salud pública y sus instituciones: ella necesita conseguir la transferencia desde un hospital público para ser atendida en Solca; sin embargo, en los centros de salud le niegan la atención porque solo están recibiendo casos de covid-19. Neidi sabe que su cuerpo es demasiado frágil como para resistir un posible retorno, su papá está convencido de quedarse hasta que su hija reciba tratamiento. Neidi y Manuel estuvieron en el proceso de la Embajada de Venezuela entre abril y mayo de este año, cuando un grupo de migrantes armó un campamento en la puerta para exigir respeto a sus derechos y respuestas concretas frente a su necesidad de que se abra un corredor humanitario terrestre entre Ecuador, Colombia y Venezuela que pudiera aliviar su situación de indefensión frente a la necesidad de volver a su país por la crisis sanitaria.

En una casa en el barrio de Miraflores en el sector centro-norte de Quito, se alojó un grupo de 48 migrantes que durante más de un mes estuvieron exigiendo en la Embajada de Venezuela que se establezca este corredor humanitario terrestre para todas las personas que decidieron volver a su país cuando la emergencia sanitaria causó la precarización de sus vidas y la pérdida de sus empleos. Esta casa fue inicialmente arrendada por el esposo de Sorelys, ella llegó hace dos años y trabajaba en un restaurante que cerró al iniciar la pandemia; su esposo fue despedido sin recibir una indemnización. Las habitaciones de la casa estaban todas ocupadas; la mayoría del grupo vivió el desalojo violento de la Embajada, donde muchas personas asistían también para recibir una ración de comida en medio de su protesta, porque su situación cambió radicalmente con la emergencia sanitaria. Sorelys piensa que el retorno es riesgoso,

porque no existen las mínimas garantías para que esa experiencia sea segura, al contrario, puede ser un camino hecho de amenazas para la vida, de experiencias que hacen nudos en la garganta al ser narradas.

Recuerda a Alicia, una mujer que no logró mantenerse con el grupo de personas con quienes decidió salir caminando desde Quito luego del desalojo de la Embajada. Ella subió en una mula, la violaron y le robaron las maletas. Logró saltar del camión, fue rescatada por la policía y luego atendida en un hospital. Su hija le ayudó a viajar hasta Colombia, donde tienen conocidos. Pareciera que los caminos que dibujan con sus cuerpos quienes migran caminando hacen borraduras en sus vidas y sus historias mientras avanzan por las rutas. La mujer de este relato fue despojada de sus maletas, donde llevaba su memoria y lo necesario para continuar. Fue desterrada de la dignidad de su cuerpo al caminar por trayectorias fragmentadas para sobrevivir. Mientras dibujan caminos fuera del territorio que sienten propio y desgarrado de sus vidas, al mismo tiempo se van borrando sus relaciones, sus memorias pasadas, lo que hacían y quiénes eran antes de salir caminando desde Venezuela. Pero no todo se borra, la memoria persiste, y ayuda a hacer comunidad a donde se va, aunque sea precaria.

Al igual que Carmen en El Juncal, Sorelys hace labores de mediación institucional entre organizaciones, fundaciones, oficinas públicas y la comunidad migrante de la casa, que es móvil y cambia rápidamente. Ella ha asesorado a muchas personas en su trámite de regularización, aunque reconoce que conseguir la visa humanitaria tampoco implica mejores condiciones de trabajo. Realizar este trámite -que puede costar hasta 250 dólares- golpea las economías de subsistencia de muchxs migrantes que trabajan por día y reciben salarios injustos por jornadas extendidas; este fue el caso de Sorelys, quien al llegar empezó a trabajar en un hostel donde atendía la recepción, hacía el trabajo doméstico, cargaba mercadería y vigilaba el parqueadero, todo por diez dólares diarios. Un día, por usar mucha fuerza física, perdió un embarazo. Fue una emergencia por la que debió viajar hasta un centro de salud en Machachi para ser atendida, porque no la recibieron ni en la maternidad ni en el Hospital Eugenio Espejo. Esto significa que las instituciones de salud pública tampoco

aseguran el cumplimiento de los derechos de la población migrante, una condición que ha empeorado con la emergencia sanitaria.

Muchas mujeres que migran caminando son privadas de lo más básico para sostener su vida. Los trajines que deben realizar para mantenerse en pie en los lugares de llegada están llenos de momentos en que sus vidas y sus cuerpos se ubican en los márgenes, se mueven por bordes para poder tener sustento. Arismar es una mujer de Lara, que llegó hace alrededor de un año después de un viaje que fue gestionado por "un asesor" que le consiguió las conexiones de transporte hasta la frontera con Colombia; pero para entrar a Ecuador debió pasar por una trocha y pagar 30 dólares al trochero. En total, conseguir un viaje puede costar hasta 100 dólares, una cantidad absurda si se piensa que semanalmente el salario no llega a 10 dólares.

Las "agencias de viaje" que hacen las conexiones para migrar funcionan como redes subterráneas que en el relato de muchxs migrantes involucran a un conjunto de actores como trocheros, conductores, y personas cercanas que narran sus experiencias de viaje y comparten los contactos de lxs agentes. El costo de migrar de esta manera es elevado para muchas personas que no pueden cubrirlo; Meibi, alojada también en la casa del barrio Miraflores, pudo viajar gracias a una agencia que arregló su recorrido, sin embargo siempre ocurren imprevistos y las burocracias migratorias exigen "gastos extras". A pesar de que ella tiene visa humanitaria, considera que esto no le beneficia y no hace una diferencia al momento de conseguir un empleo fijo o un ingreso estable: "...podemos estar aquí, pero no podemos trabajar...".

Cuando le preguntamos sobre su deseo de retornar a Venezuela, nos dice que piensa organizar su vuelta, que siente que su "tierra le llama" y tiene la esperanza de recuperar su plaza de trabajo como doctora. El relato sobre el deseo de volver a Venezuela contradice los discursos discriminatorios que producen representaciones de lxs migrantes como personas que migran por todo menos por necesidades vitales. Al contrario, este modo de movilidad de lxs caminantes conlleva trastocar el tiempo de sus vidas, sus memorias, sus relaciones, y todo lo que construye sus identidades. El encuentro de esta comunidad de migrantes en la Embajada formó microrredes

de solidaridad que se han sostenido entre ellxs y les ofrecen un espacio donde estar a salvo de tantas derivas.

Lxs caminantes dibujan sus tránsitos en espacios que se recrean con sus cuerpos en movimiento en la ruta. En un albergue del centro de Ibarra conversamos con Verónica, una mujer trans que hizo su recorrido a pie desde Valencia con la esperanza de terminar su proceso de transición, algo que ella considera su sueño. En Ibarra ha conseguido empleo como ayudante de peluquería y ha vendido dulces en la calle, pero la precarización laboral es algo que la afecta de manera diferente durante la pandemia. Se señala a sí misma y habla de su "condición" para contarnos que en Tulcán la recibieron en un hostel y le ofrecieron asistencia, sin embargo, no tenía celular para volver a contactarse. Esto muestra que los procedimientos para recibir apoyo humanitario no consideran las ondas carencias de lxs caminantes, y no tienen en cuenta las condiciones reales y concretas de sus modos de movilidad. El sueño de Verónica es reinventarse y hacer un tránsito diferente, su transición hacia encarnar completamente a Verónica es el proceso que más le interesa, pero es un deseo que se opone a su necesidad de seguir desplazándose.

Durante sus trayectos, lxs caminantes viven situaciones de peligro que amenazan sus vidas; atravesar trochas es transitar márgenes y grietas en territorios desconocidos, de los que se recuerda casi siempre la sensación de frío y la dureza del cerro. Deben asumir los riesgos de migrar caminando, son vulnerables a que grupos violentos que operan en la frontera se aprovechen de sus fragilidades. Se exponen a la pérdida de sus derechos, a la borradura de sus historias, al despojo de sus identidades anteriores y los sentidos de sus vidas pasadas. Una de las experiencias que marca a muchxs migrantes es el encuentro con grupos de "paracos", que han llegado incluso a ofrecer dinero a cambio de niñxs que caminan con sus familias.

Yusleidi, a quien también conocimos en el albergue de Ibarra, nos contó que, durante su recorrido, le preguntaron "¿cuánto me das por ese niño?", refiriéndose a uno de sus hijos. Muchas mujeres en la ruta están más expuestas a sufrir violaciones y abuso sexual en su tránsito desde Venezuela; pareciera que las vidas de quienes migran caminando pierden valor a cada paso, por eso se asume que

intercambiarán todo por subsistir y continuar. En el caso de las mujeres que viajan solas o con sus hijxs, la exposición es mayor porque deben negociar con los trocheros y muchas veces estos cometen estafas y las amenazan con entregarlas a grupos violentos si no pagan la cantidad que ellos decidan.

A pesar de esto, las experiencias de las mujeres caminantes se narran desde los cuidados, desde la búsqueda de mantener lo básico para seguir; en muchas ocasiones los relatos de las mujeres se detienen en momentos en que debieron hacer pausas para conseguir lo necesario para caminar. Así recuerdo a Siudis y su familia, con quienes conversamos en un parterre de una calle en Ibarra, donde se habían detenido para descansar; ella traía a su memoria los lugares donde habían parado para tratar de conseguir zapatos para su esposo y su yerno. Su hija está embarazada, y cuando hablamos sobre el trato que han recibido de parte de la policía u otros funcionarios del orden público durante su recorrido, dijeron que nunca han tenido conflictos.

Sin embargo, cuando se extendió el relato, ella recordó que al llegar a Tulcán, la policía les pidió que abrieran sus maletas en una plaza, y luego revisaron el cuerpo de su hija, una adolescente de 15 años. Lxs caminantes deben tolerar y asimilar por fuerza muchas situaciones de maltrato que se han normalizado en la sociedad, y que se justifican porque la migración se entiende como una amenaza. Sobre ellxs pesan estigmas, prejuicios, estereotipos y representaciones que reproducen la discriminación sistemática que afecta sus vidas y aumenta su indefensión frente a muchos tipos de abusos, sobre todo frente a la xenofobia que atraviesa los entornos y territorios que deben recorrer en sus viajes.

De regreso en El Juncal, conversamos con Rosa, quien vino hace tres años con uno de sus hijos y decidió quedarse cuando Carmen la recibió en su casa y su hijo logró conseguir empleo. Ahora casi toda su familia vive ahí; Rosa ha atravesado por momentos de desesperanza a causa de la falta de empleo, y recuerda la experiencia del viaje como una vivencia dura y desafiante para ella. Reconoce que ha recibido una mirada excluyente, como si fuese una intrusa, ¿Qué construye la mirada que se dirige a lxs caminantes? Es una mirada que ilegaliza su movilidad y su condición de "extranjerxs". Rosa, en su relato, justifica

los motivos de su proceso de migración, como viéndose obligada a explicar que salieron de su país para enfrentar la precarización de la vida, dice que entiende que las personas de los lugares a donde llegan sientan una invasión en sus espacios. Cargan la sensación de perder, junto con la vida pasada, memorias e identidades que les construyen, de sentir el despojo de sus territorios propios, miedo de tener que volver, y de no poder pertenecer a un lugar.

En la ruta vemos grupos de caminantes que se mueven en el espacio de los bordes de las carreteras, bajo el sol, han caminado distancias muy largas, y a muchos les queda bastante recorrido todavía. Sus cuerpos transforman el paisaje sensible, encarnan memorias de desplazamiento, anhelos de que un día sea posible regresar, fantasías de encontrar en el futuro la Venezuela de un pasado que se borra de sus memorias. Las historias de sus vidas, los relatos con los que se narran a sí mismxs, se han transformado radicalmente. Antes eran vendedoras, oficinistas, servidoras públicas, doctoras, amigas, madres, hermanas, familia de alguien. Ahora son caminantes y buscan conseguir condiciones de vida más dignas, entornos menos violentos para asentarse con sus familias y construir otras raíces, en territorios todavía ajenos.

Al finalizar nuestros recorridos por las rutas del desplazamiento de cientos de migrantes de Venezuela, en el último trayecto, encontramos en la vía a Otavalo a una pareja con sus dos hijxs. Freddy había ido a recoger a su esposa y sus hijxs hasta Cúcuta, ella debió caminar desde el centro de Venezuela para encontrarlo a medio camino e intentar llegar a Puyo, donde él trabaja en construcción y ya está establecido. Anhelan conseguir algo estable para su familia. En un momento de la conversación, Freddy dice que ahora necesita estar en la ruta para conseguir los medios de seguir su viaje, pero que al llegar a Puyo va a "ser otra persona". Las trayectorias migrantes provocan cambios en las identidades de quienes caminan; con sus cuerpos en movimiento se mueven sus memorias, se mueven los relatos de sus vidas, se proyectan horizontes no imaginados antes. Se imagina la llegada como un espacio-tiempo posible de alcanzar para ser otras personas después de encarnar los trayectos que deben hacer como caminantes.

Este regreso de mi memoria a los testimonios de migrantes fue el intento de construir una mirada que enfoca las condiciones concretas de sus vidas, las rupturas de sus identidades pasadas, y también los modos de construir redes en el camino y en los espacios temporales donde la vida se aliviana y su historia se reconstruye durante las trayectorias fronterizas. Las redes de cuerpos caminantes que se forman en las rutas tejen nuevas memorias y encarnan la reconstrucción de la historia de su territorio, que miran con deseo en el horizonte más cercano. Lxs caminantes en la ruta van construyendo la esperanza como un gesto político de resistencia a regímenes de poder que les oprimen, la escritura de sus desplazamientos a pie en el espacio relatando la experiencia de su camino produce una memoria al borde, como sus cuerpos.

*Escrito dentro de la investigación colectiva *Memoria Caminante de Venezuela. Archivos del Retorno* (Corredores Migratorios, 2020).

ISABEL GONZÁLEZ RAMÍREZ

Preguntona con título de periodista, cocinera sin recetas y magíster en antropología visual y documental etnográfico. Crea contenidos y hace gestión cultural para promover los derechos sexuales, los derechos reproductivos y la justicia migratoria. Integrante de Corredores Migratorios y de la comunidad Chicas Poderosas.

Des/andar Latinoamérica, trayectorias de ida y vuelta

Acumular kilómetros no siempre ha significado avanzar para lxs andantes venezolanxs que se arrojan a caminar por Latinoamérica. Si la crisis económica y política de su país les arrojó a la huida durante los últimos cinco años, hoy los efectos de la pandemia y la crisis económica en los países del sur de la región les devuelven a las rutas a desandar sus pasos para retornar a Venezuela.

En el mapa de estos caminos, los movimientos de lxs caminantes no son las líneas que dibuja el viajero con un solo destino final. Las líneas son discontinuas, repetidas, algunas aparecen suspendidas. Se ven como movimientos multidireccionales, aparentemente erráticos, por todo el continente.

Los cuerpos caminantes guardan la memoria de la inclemencia del frío en los páramos, del sol que deshidrata y arde, de los largos trayectos por geografías serpenteantes y con hambre, con los zapatos gastados. En medias. Descalzxs. Sus cuerpos se doblan con el peso de las mochilas, empujan cochecitos infantiles o carritos de mercado con las pertenencias que conservan. Hay cuerpos que se arriesgan a que el viaje termine en una de las trochas ilegales dominadas por grupos armados. Son cuerpos que viven la extorsión, los robos, ataques con armas, violaciones. También hay cuerpos que se detienen por la enfermedad. Quienes salen de Venezuela a pie viven la angustia de quien no llega nunca.

Dicen las cifras que por las troncales que conectan Venezuela con Colombia, Ecuador, Perú, Chile y Argentina han caminado miles de personas, hasta 500 diarias en el 2019. Ecuador es un paso obligado por el que transitan familias completas, incluidos los perros que van ganando simpatía en el camino.

Caminan también grupos de jóvenes, mujeres con sus hijxs, hombres solos. Vienen de Falcón, Barinas, Bolívar, Mérida, lugares en los que migrar estaba más asociado con recibir a personas de Colombia y Ecuador en la década de los noventa, que con la necesidad de salir hoy.

Al llegar a Cúcuta, la frontera con Colombia, lxs caminantes llevan sobre sí todo el kilometraje recorrido dentro de su país. Pero para llegar a Quito todavía les faltan 1.649 kilómetros ó 349 horas de viaje a pie según Google Maps, una información probablemente irrelevante antes de este éxodo, pero que se siente en cada paso que dan: en las rodillas, en la espalda, en los pies. Transitar de Cúcuta a Bucaramanga implica cruzar el páramo de Berlín, una cuesta empinada y hostil que les sorprende sin abrigo. Entre quienes sobreviven la hipotermia, unxs deciden ir hacia el norte de Colombia, otrxs hacia el sur. Así, pasan por Ibagué, Popayán, Pasto e Ipiales sorteando los peligros, el desgaste físico provocado por el recorrido y el agotamiento emocional generado por la xenofobia y la discriminación.

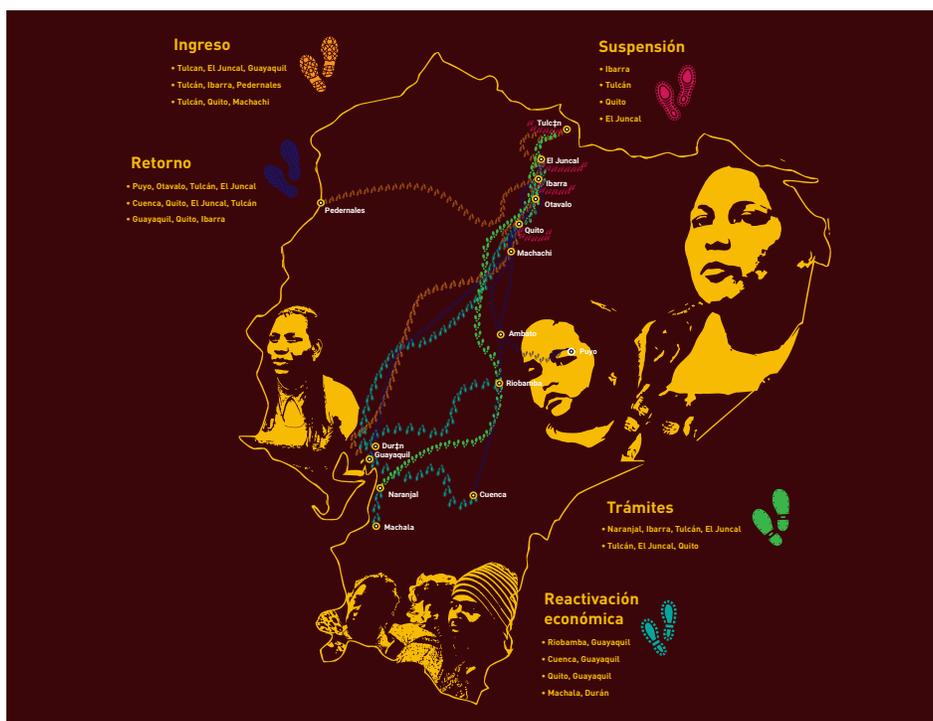
Al cansancio del camino se suma la burocratización de los procesos migratorios, las exigencias que desconocen la realidad de la que han escapado. Entre fronteras, la distancia puede ser insondable si se mide en permisos, papeles y firmas imposibles. Por eso, muchxs optan por las trochas ilegales como única opción para cruzar.

Tanto para quienes caminan buscando llegar a Perú o Chile como para quienes están intentando retornar, la casa de Carmen Carcelén en El Juncal es de los pocos lugares en los pueden hacer una pausa para reponer el aliento. "Después de la pandemia, la gente ya no pasa en la misma cantidad, ha disminuido, pero su inseguridad es mayor. No saben a dónde ir, no quieren continuar por la situación en Colombia y Venezuela. Antes llegaban con fuerza y confianza de ir a Perú a trabajar, pero ahora tienen temor por sus vidas y van también

más cargados, llevan unas maletísimas a cuestras”, dice Carmen, quien ha abierto las puertas de su casa a miles de caminantes durante los últimos dos años.

Los relatos ubicados en el mapa dan cuenta de la incertidumbre, las múltiples violencias y barreras pero también de las solidaridades y la persistencia que les sostiene para caminar un kilómetro más.

Nuestra idea para graficar las trayectorias caminantes fue usar el paso de un caminante como unidad de medida de la migración. Luego, esos pasos conectarían puntos en el mapa mirando en Google Maps las horas que le toma a una persona caminar de un punto a otro. De Quito a Caracas, por ejemplo, son 520 horas a pie. Quisimos usar esa unidad de medida para explicar lo que vive el cuerpo de una persona que camina por varios países, algo que no alcanzamos a comprender desde nuestras propias rodillas, pies, columna.



Mapa elaborado por Isabel González Ramírez, para la investigación colectiva *Memoria caminante de Venezuela. Archivos del Retorno*.

FREDDY GUANIPA

Freddy Guanipa es un físico, traductor y autodidacta de Venezuela. Decidió traducir “el libro más difícil del mundo”, *Finnegan’s Wake*, de James Joyce, para demostrar que podía vivir de la traducción una vez que tuvo que irse de su país. Freddy y su madre, Judith Márquez, migraron desde Venezuela hasta Argentina en buses. Allí, Freddy recibió en donación una computadora para seguir traduciendo.

Traducir, migrar y reciclar para vivir y sobrevivir

Soy Freddy Guanipa. He aprendido de manera autodidacta inglés, alemán, francés, italiano y portugués y soy traductor de textos literarios. Desde Caracas, empecé la traducción del *Finnegans Wake*, de James Joyce, el 28 de enero del 2021, una vez hallé estrategias de trabajo para el primer capítulo.

No tengo acreditación de haber cursado licenciatura en idiomas ni de traducción, tampoco tengo estudios en la academia. *Finnegans Wake* es conocido por ser excepcionalmente complicado de leer, y más aún de traducir, considerándose una labor casi imposible. Habiendo terminado el texto, mi intención es demostrar que puedo traducir cualquier texto, y así poder emplearme como traductor fuera de Venezuela. Desarrollé mi trabajo de traducción bajo condiciones muy precarias y mientras migraba, pero logré terminar el borrador final el 9 de octubre de 2021. Traduje en cibercafés, en terminales terrestres, en todos lados.

Salí con mi madre de Venezuela el 12 de octubre de ese mismo año hacia Cúcuta, Colombia, con los únicos 75 dólares de los que disponíamos. Allí, recibimos una ayuda económica de ACNUR y traslado a Bogotá. Llegamos el 29 de octubre. El 12 de noviembre, fui asistido por dos miembros de la Asociación Colombiana de Traductores por medio del traductor colombiano Mateo Cardona.

Conocimos a Joe Broderick, quien tuvo la generosidad de recibirnos en su apartamento y revisar el primer capítulo. Ya ambos sabían del avance de mi trabajo antes de salir de Venezuela. Mi traducción ha ido viajando conmigo a lo largo de este duro trayecto y, en medio de la adversidad, ha sido leída, comentada y algunas partes se han publicado ya.

Dada la precariedad de nuestra situación, decidimos continuar viaje hacia Ecuador, a donde llegamos el 14 de noviembre, con apenas 27 dólares. Entramos por Tulcán, atravesamos el páramo y llegamos a Ibarra el 18 de noviembre. Durante los primeros días de nuestro arribo, contamos con la ayuda de personas solidarias que nos consiguieron una estadía, tras haber estado varios días a la intemperie. Tomamos contacto con la traductora ecuatoriana Cristina Burneo Salazar y con Corredores Migratorios. Estuvimos en Ibarra por un mes. Al ver que había pocas oportunidades de empleo y muy mal pagadas para lo costosa que es la vida en Ecuador, y que no había oportunidades viables de emplearme como traductor, decidimos salir del país el 22 de diciembre con el objetivo de llegar a Argentina, pero el dinero nos alcanzó hasta Lima, a donde llegamos el 24 de diciembre.

Desde diciembre hasta el 14 de febrero de 2022 estuvimos en el Albergue Sin Fronteras. Pese a mis condiciones de salud, que me impiden realizar demasiado esfuerzo físico, trabajé como reciclador por 12 horas al día, recorriendo una media de 10 kilómetros diarios en el municipio de San Juan del Lurigancho. Eso nos permitió subsistir acá y reunir algo de dinero para proseguir nuestro viaje, el de mi mamá y el mío, y cubrir nuestras necesidades. Desde nuestra estancia en Ibarra y luego en Perú, logré terminar la revisión del borrador final del libro, pese a las vicisitudes de nuestro recorrido.

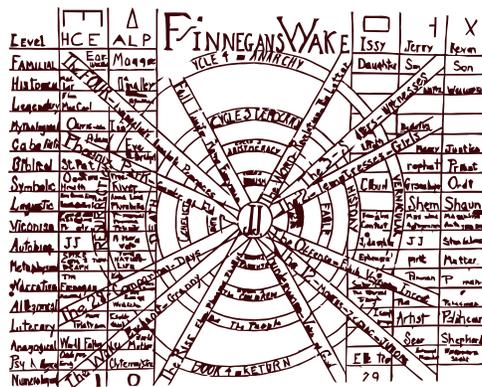
A pesar de todo, he logrado publicar algunos fragmentos en Letralia, una revista literaria, y en Iberjoyce, un sitio de especialistas joyceanos de la Universidad de Sevilla. Aquí están:

<https://letralia.com/transletralia-traduccion/transnarrativa/2021/06/16/finnegans-wake-james-joyce-espanol/>

<http://www.siff.us.es/iberjoyce/sitemap/>

Quisiera que alguna editorial se interesara en la publicación de mi traducción y poder seguir trabajando en mis propios libros en el futuro. Asimismo, he iniciado un proyecto musical que involucra traducción de canciones al español. Incluyo en esta entrada un ejemplo de una canción que logré adaptar, que invito a escuchar a quien vea esta versión. Han sido el libro de Joyce y la música mis compañeros incondicionales de camino.

En el mes de abril, nos encontramos ya en Argentina, luego de meses de viaje en buses, a pie, reciclando, buscando albergues. Y durante todos esos días, periplos, traduje, traduje y traduje.



Fragmento de Circle,

de Siouxsie and the Banshees

Pretty girl of 16 -has fun and runs crazy
 Ruined girl of 16 -now a mother grows lazy
 Next a 16-year old baby -like mother grows lazy
 And her stomach is churning
 Whilst her eyes keep on turning
 Round and around
 Getting no higher from the ground
 Round and around, round and around
 The circle has an empty sound...

GIRAR

Una madre de quince, negligente en sus trece
Y así, otra nena a la calle se va y enloquece
Igual que su madre, lo hace a los trece
Para vivir un mal día
Seguirá por la vía de
Girar y girar, girar y girar
Cayendo de nuevo por no mirar
Girar y girar, girar y girar
El círculo suena vacío.

Actualización de nuestro viaje

Julio de 2022, desde Argentina

Una vez reunido lo justo para llegar hasta Buenos Aires, partimos de Lima el 23 de marzo para arribar a destino el día 31, ¡toda una travesía no exenta de imprevistos! La partida de Lima fue precipitada, en parte, para no atravesar Bolivia ni llegar a Argentina en medio del invierno, ya que no disponíamos de abrigos ni mantas.

Entre Puno y Desaguadero, en Perú, por no tener documentos de viaje nos molestó la policía en un punto de control, pero nos dejaron ir al pagarles 100 soles (25 dólares). El día 24, en Desaguadero, había una huelga que nos impidió seguir, así que fue necesario tomar un desvío para cruzar irregularmente por la frontera de Yunguyo, Perú, con Copacabana, Bolivia, al día siguiente. El día 25, luego de recuperar nuestro equipaje, que la empresa de transporte había extraviado camino a La Paz, partimos hacia Villazón. Desde allí, cruzamos hacia La Quiaca, por fin Argentina, el día 26.

Solo nos quedaban 8300 pesos argentinos (40 dólares en ese entonces). Después de tres días de viaje, pudimos descansar un día en una habitación cómoda. Sería la última noche de tres semanas enteras durante las que permanecemos en situación de calle.

El día 27 viajamos hacia Salta, y llegamos al día siguiente. Allí nos

presentamos ante Migración para reportar nuestra situación a las autoridades argentinas, que nos expidieron a la brevedad un documento de Residencia Precaria, papel de identidad transitorio necesario para iniciar trámites de radicación y residencia permanente.

Casi sin dinero, desde un peaje a la salida de Salta, pidiendo aventón, viajamos hasta Córdoba; al día siguiente, hicimos lo mismo para llegar a Buenos Aires, más exactamente hasta Morón. Ya que estábamos en situación de calle, solicitamos ayuda a los trabajadores sociales de la municipalidad, y a las iglesias para alimentación y vestimenta. En cuanto a estadía en algún albergue, finalmente logramos una el día 16 de abril.

Como nuestro ingreso a Argentina fue irregular, antes de cumplirse tres meses, el día 28 de junio, tuvimos que salir del país para luego ingresar de nuevo de forma regular. Así, fue necesario volver a reciclar para reunir el dinero que nos permitió viajar a Uruguay por ferry el día 8 de junio. Desde entonces, continúo trabajando para estabilizar nuestra situación para luego enfocarme en cómo introducirme en el gremio editorial, sea como traductor o corrector.

Judith Márquez lleva un blog donde actualiza el viaje con su hijo, igual que los enormes esfuerzos que han hecho para sobrevivir del reciclaje y buscando un mundo para el talento traductor de Freddy. Se puede leer aquí: <https://jfbblueplanet.blogspot.com>



Profesora e investigadora de FLACSO Ecuador. Doctora en Sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París (EHESS). Trabaja en el área de migraciones, globalización y desigualdades sociales. Ha trabajado extensamente sobre la organización de los saharauis en España.

Una vez, otra vez: la reconstrucción incesante

En el contexto covid-19, la lucha por la vida de la población venezolana

Aparecieron de pronto por un flanco de la avenida arrastrando dos maletas desvencijadas y llenas de polvo, cada uno con un niño de la mano. Tras pasar por un proceso de "desinfección" con pulverizadores con detergente e intercambiar algunas frases con compañeros que llevaban días en el lugar, preguntaron dónde podían instalarse. Varias personas les señalaron distintos puntos, y finalmente decidieron irse al otro lado de la calle, en un lugar que les permitía tener una visión de conjunto sobre el campamento y la gente, pero también descansar algo alejados de la zona en donde había más bullicio.

Mientras hablaba con otras personas y recogía datos sobre lugares recorridos y composición del grupo, los vi construir su pequeño espacio contra una pared y bajo un escaparate vacío que reflejaba sus cuerpos rotos por el cansancio con unos movimientos extrañamente metódicos; eso me hizo pensar que los mismos gestos se habían repetido demasiadas veces a lo largo de los últimos días, quizás desde hacía meses. Como si las maletas pudieran emular el perímetro de un hogar, como si la manta infantil que acababan de sacar de uno de los bultos y que estiraban pulcramente sobre el piso pudiera sostenerles varios metros por encima del suelo, los cuatro se sentaron y empezaron a recibir, agradecidos, agua y comida que les llegaba desde el otro lado de la calle.

Venían de Guayaquil, a pie, y esa no era la primera vez en su vida que se veían forzados a atravesar varios países de la región, de norte a sur y de sur a norte, junto a sus hijos de 5 y 12 años.

Hace cuatro años, varios millones de personas procedentes de Venezuela se mueven permanentemente por ese corredor del sur que han devenido los países andinos y que se expande hacia Chile, Argentina y Uruguay. Desde hace años el tránsito migratorio venezolano es motivo de noticias de todo tipo que se reproducen en cualquier país del mundo, de millones de dólares vertidos en ayudas de emergencia por organizaciones internacionales, de medidas gubernamentales para frenarlos y contenerlos, de rechazos sociales y controversias políticas que han ido creando a su paso innumerables crisis humanitarias. Todo ese proceso esquizofrénico ha generado una multiplicidad de formas de violencia física y simbólica que se han aplicado con sistematicidad sobre una población que, como diría Zygmunt Bauman, ha venido a engrosar las filas de tantos otros desechables.

Curiosamente, nada de todo eso ha impedido que la migración siga su curso y se vaya adaptando a las coyunturas, los cierres abruptos, los trayectos inseguros, los lucros más insensibles o las violencias más atroces. Desde hace décadas los corredores migratorios que ligan los países de América del Sur y Central con México y Estados Unidos nos han enseñado que el tránsito se mueve bajo unas reglas de funcionamiento propias, que se cimentan sobre pilares tan robustos e imparables como el hambre y la supervivencia.

El tránsito, por lo tanto, no puede pensarse, como usualmente hacemos, como ese momento intermedio entre dos puntos distantes en el que simplemente se produce un desplazamiento. El tránsito es, en sí mismo, una forma concreta de migrar ligada de forma determinante a una pertenencia de clase, y desde ahí, a la generación espontánea de canales informales, de apertura de ventanas de oportunidad, de formas de solidaridad y de redes que se entretejen y se construyen desde abajo y desde la experiencia de aquellos otros que caminaron antes. Ese tránsito se ha transformado, además, en un escenario concreto de securitización migratoria y de explotación laboral salvaje, en una suerte de nomadismo permanente para cientos de miles de individuos y familias, incapaces de sostenerse durante largo tiempo en la precariedad que les imponen los lugares en los que ensayan, una y otra vez, la reconstrucción de sus vidas.

Hoy, frente a la embajada de Venezuela en Quito, y en medio del campamento improvisado que desde hace unos 15 días se levanta ante sus puertas, oyendo algunos relatos verdaderamente desgarradores, se percibía con claridad todo ese complejo entramado de movi­lidades superpuestas a golpe de proyectos truncados que ha caracterizado al último periodo de la migración venezolana en América del Sur, desde 2015 hasta hoy. La salida y llegada constante de personas en ese nuevo espacio de espera temporal en el que se han transformado las puertas de la embajada, es también el reflejo de un Estado que los invisibilizó durante los primeros años de migración masiva, y que desde hace un par de semanas ha anunciado a bombo y platillo –aprovechando la situación extrema generada por la emergencia sanitaria del covid-19– el flete de unos vuelos de repatriación a Venezuela que, por el momento, suenan más a acto publicitario que a una realidad constatable que pueda beneficiar a todos aquellos que desean volver.

Frente a esto, resalta en los discursos el convencimiento de que dichos vuelos no se van a dar o que, si se están dando, van a estar mediados por procesos de pago bajo cuerda. No hay resentimiento o sorpresa, solo cansancio y sentido de la practicidad; muchos de ellos vienen a pie desde Lima, algunos desde ciudades ecuatorianas como Guayaquil y Cuenca, es decir, tienen cientos de kilómetros a las espaldas, y por el camino han vivido situaciones de auténtica pesadilla.

En el grupo hay al menos 25 niños, niñas y adolescentes, siete personas de edad avanzada, seis mujeres embarazadas, y otras seis personas con distintos problemas de salud. El tránsito a pie hacia la frontera norte Ecuador-Colombia y, de nuevo, el cruce invertido del puente de Rumichaca que tanto les costó cruzar a la ida, no es posible para muchos de ellos. De ahí que, en vez de aviones, pidan que pueda abrirse un corredor humanitario terrestre que implique la cooperación entre los tres Estados (Venezuela, Ecuador y Colombia), por medio de autobuses que los lleven de vuelta desde Quito a la ciudad fronteriza ecuatoriana de Tulcán, y desde allí, hacia la ciudad de Cúcuta, en la frontera colombo-venezolana.

Esa idea atraviesa al grupo sin resquicios, pocos quieren saber de la propuesta adelantada por las organizaciones internacionales, el

Estado ecuatoriano o la misma embajada venezolana de darles cobijo en albergues dentro de la ciudad, lo que supondría para ellos volver a una situación de dependencia pero, sobre todo, verse constreñidos a la inmovilidad. La desconfianza que sienten ante esta propuesta que sustituye de golpe la solución de los vuelos, junto a la situación de calle, la crisis económica descorazonadora por la que pasa Ecuador o el miedo al contagio sin acceso ninguno a sanidad, lleva a muchos de los que llegan a aguantar apenas un par de días frente a la embajada, descansar, comer, tomar fuerza gracias a las constantes muestras de solidaridad y ayuda que reciben de ecuatorianos y venezolanos arraigados en la ciudad, y retomar el camino a pie.

Antes de que se organizara el campamento en la Avenida Amazonas, antes del anuncio de los vuelos humanitarios por parte del gobierno venezolano, ya se observaba esa nueva vuelta de tuerca que está suponiendo la migración de retorno por vía terrestre hacia una Venezuela que ya les había expulsado meses o años antes¹. Un camino improvisado, lleno de incertidumbre y escollos, apoyado exclusivamente en la fuerza de sus cuerpos, en el que muchos están perdiendo la vida en atropellos en la vía por coches y camiones². En ese error perpetuo fuimos testigos también hace pocas semanas de cómo la concentración de algunos cientos de personas que habían llegado a Rumichaca desde distintos países andinos acabó siendo repelida por la fuerza policial colombiana en el mismo puente, sin importar la gran cantidad de niños y niñas que se encontraban en ese momento intentando cruzar el paso fronterizo³.

Si las fronteras continúan cerradas por la pandemia, esta llegada incesante de personas puede suponer fácilmente una nueva crisis humanitaria; pero también, y como viene siendo moneda de uso corriente, la conformación de corredores informales extremadamente inseguros en los que participan actores estatales y no estatales,

¹Las organizaciones no gubernamentales estiman que al menos 30.000 venezolanos/as habrían podido iniciar el tortuoso proceso de vuelta a pie desde Perú hacia Venezuela en las últimas semanas (sugiero agregar el mes y año). Este mismo fenómeno está ocurriendo de forma paralela en Ecuador y en Colombia.

²Noticia de BBC Mundo aquí: <https://tinyurl.com/y7vwxm5v>

³Noticia de EFE: <https://www.efe.com/efe/america/sociedad/la-policia-colombiana-reprime-a-decenas-de-venezolanos-que-querian-cruzar-frontera-desde-ecuador/20000013-4235810>

facilitando la vuelta a través de las famosas trochas o pasos informales. Curiosamente, estos pasos fronterizos parecen ser mucho más permeables en las salidas de los países que en las entradas. Los testimonios son claros en ese sentido con respecto a aquellos que llegan de Perú, y la actuación de las fuerzas de seguridad de dicho país, permitiendo las salidas bajo cobro. Más preocupantes resultan, sin embargo, los relatos con respecto al ingreso en Colombia, pues aquellos que llegaron antes, reportan a sus compañeros o familiares varados en la embajada, que varios grupos armados –incluyendo disidencias de FARC– habrían entrado en competencia en esa zona porosa colombo-ecuatoriana por controlar el paso de migrantes.

Ya es mediodía. Mientras salimos del campamento, no puedo evitar que me venga a la cabeza la imagen de un pinball, ese conocido juego juvenil de salón en el que una bola metalizada impulsada por dos resortes recorre una y otra vez un tablero, chocando de forma estridente contra diversos elementos que le proporcionan puntos al jugador. El juego termina cuando la bola acaba deslizándose por varios canales que conducen a lugares que no se pueden ver (dos laterales y uno central) a los cuales los dos resortes son incapaces de llegar. En este juego que construyo mentalmente, el jugador no son los migrantes, son esas bolas metalizadas que chocan permanentemente contra postes y barreras saliendo disparados permanentemente por el accionar de los resortes, que bien pudieran representar a los Estados. También, a diferencia del juego, cuando la bola se escapa por alguno de los tres corredores invisibles, el juego no termina, es parte del mecanismo, que abre recorridos impredecibles.

ENSAYO

EL AQUÍ AL CUAL VINIMOS - EL ALLÍ AL QUE FUIMOS



Rafael Sánchez-Mateos es de Madrid, docente, investigador y artista. Doctor en Filosofía con una tesis sobre el significado estético-político de la infancia en la modernidad. Formó parte de diversos colectivos y ha mostrado su trabajo en Documenta XII, Tabacalera de Lavapiés y la Bienal de São Paulo, entre otros.

mafe moscoso. Nacida en un país bananero, trabaja e investiga entre/a través/para/con/desde los cruces entre etnografía, escritura y arte desde una perspectiva antirracista y feminista.

RAFAEL SÁNCHEZ-MATEOS Y MAFE MOSCOSO

Palabra por palabra

Proponemos llevar a cabo una migración a través de la memoria de un grupo de niñxs que pasaron por ella y les pasó, ella también. Una migración por la memoria de la historia de los que no hacen historia. ¿La hacen? Este multiverso narrativo se construyó casi en su totalidad en 2014 a partir de un conjunto de verbatims que forman parte del libro de María Fernanda Moscoso R., *Biografía para uso de los pájaros. Memoria, infancia y migración*. Estaba destinado a la revista *Josefina la Cantante*, que jamás lo publicó. En esos días de junio en 2018 hemos oído a lxs niñxs¹ gritar en las jaulas aeroportuarias yankees, y desde la torre de la capital del capital, de la ciudad de las ciudades volvemos a gritar. Habría que inventar un lenguaje que vuelva a nombrar el mundo para escuchar los llantos. Quizás la incomodidad de la escucha, es decir, la dificultad para hacer algo, es movilizadora. Podemos vivir sin escuchar, también podemos vivir escuchando. El caso es cómo vamos a vivir después de esto.



¹ Llanto de niñxs, <https://www.youtube.com/watch?v=GS6rsfOUWuE>

Se van
abandonan,
se despiden
del paraíso
de los niños
que migran
en lo imposible del espacio para el tiempo.

Miden
por el pasado.
Miden por su ausencia
de tiempo intermedio
que busca
algo perdido,
que retorne,
pero que es ilusorio
y sin embargo es evocado
porque nos fuimos.
Se van.
Se han ido
con una renuncia
para siempre.



Pero volverán
en el viaje
que la infancia es para sí.
Para todas las personas.
Siempre migrantes
de una patria
para la cual sólo son origen extraviado
del país blanco
sin documentos.

Se llaman Wilson, Jessica, Rosita, José, Jaime, María Eugenia, Valentina

hicieron el viaje
y son extranjeros
de una ciudad que no los espera
a veces quieren volver.
Juegan al fútbol en Kreuzberg,
compran kebaps en Lavapiés,
se esconden de la polizei en Bonn.
Abuelita, te extraño.
Kein mensch ist illegal.
Kein mensch ist illegal.
Kein mensch ist illegal.
Océano de avión
que lo atraviesa
en tercera clase,
sin postre.
Hicieron cola en migración
ciudadanos europeos a la izquierda
el resto a la derecha.
Juegan en las fronteras,
ensucian las alfombras en los aeropuertos,
dibujan sobre los pasaportes,
recuerdan el otro lado;

Isla Fernandina
Latacunga
Guayaquil
Babahoyo
Ibarra
Quito
Manabí
Esmeraldas
Tulcán
Tena.

Han llegado a europa
españa
alemania
ESTADOS UNIDOS
por fin
extranjeras
POR
FIN
EXTRANJERAS

A - ¿Qué es ser extranjero?
B – Ser de otro lugar
A - ¿Qué es ser migrante?
B – No lo sé.
c- Yo tampoco.
d- ¿Qué es eso?

QUEREMOS QUE SE CUMPLA LA VOLUNTAD DE LA TIERRA
QUE DA SUS FRUTOS PARA TODAS LAS PERSONAS.
NINGÚN SER HUMANO ES ILEGAL.

El allí del cual venimos

el aquí del que nos fuimos

[Era un pueblo chiquito. Todos nos llevábamos bien. Me gustaba bastante porque había muchos animales, muchas cosas. Era lindo. Al despertar cantan gallos, no llueve tanto, te puedes ir con tus primos a jugar por unos espacios de terreno sin que te digan nada... Yo era bien chiquito. Nos llevábamos todos con otras personas y no nos sentíamos diferentes a nadie. Es que allí hay los que tienen una casa grandota y tienen una mejor vida. En cambio, en el pueblo éramos todos iguales. Nadie se sentía diferente allí.] Alberto, 12 años, España

[Como mi abuelita y mi abuelito cuidaban una finca, ahí sabíamos ir a jugar yo y mi hermana. Me sabía llevar mi mami para allí abajo o donde la abuelita de mi mami. Les ayudábamos en la cosecha, sabíamos jugar. Luego donde la abuelita de mi papi como había mucho espacio, le acompañábamos a ver las vacas, sabíamos jugar fútbol y como había muchos huertos, ahí sabíamos ir a coger limones y a chupar. Igual había árboles de guabas, de moras. Ahí sabíamos ir a coger.] Manuel, 12 años, España.

[Pero mi papá no era tan bueno porque tomaba mucho alcohol y estaba borracho, y le atacó a mi mamá y llamaron a la policía y se fue a la cárcel.] Miguel, 8 años, Alemania

[Teníamos una casa y podíamos ver el mar. Se lo podía ver desde nuestra casa y abajo había muchas plantas y había un jardín y estábamos cerca de la ciudad. En Guayaquil se puede comprar todo. Me gustaba cómo se cocinaba allí y es bonito. Todo fresco, todo es bio. Es bonito, mucho sol.] Cristina, 12 años, Alemania

[Vivía justo a la entrada del pueblo, tranquilo. Aunque en las fiestas había peleas y muertos. Está cerca de Portoviejo y Manta, y esas dos ciudades son de matones. Siempre te traes el periódico y ves muertos. No me gustan los periódicos de Ecuador porque ahí te enseñan la muerte.] Marco, 12 años, España.

• se fue •**se vino •**

[Mi mamá me dijo: "ya no hay dinero, me tengo que ir para encontrar un mejor trabajo. Aquí no hay."] Paola, 13 años, España.

[Mi mami trabajaba y venía de noche. A veces nos fuimos a pasear. Una vez con mi tío y casi toda la familia nos fuimos a la playa, excepto mi mami porque se tuvo que quedar trabajando. Me acuerdo de que siempre iba a trabajar pero no tenía tanto dinero. Necesitaba tanto dinero que algunas veces trabajaba los domingos.] María, 12 años, España.

[Peleaban. Me acuerdo de que peleaban mucho con mi mamá. De esas cosas que peleaban y eso; entonces se decidió venirse acá a Berlín. Como su amiga también quería venirse acá, entonces, ella yo creo que el problema con mi papá, se enojaban, se peleaban y mi mamá quería salir de allí. Entonces, claro, yo creo que era lo mejor para ganar dinero y comprar una casa. Por eso fue que vino acá, no sabía dónde, pero la Hauptsache (lo principal) era salirse de Ecuador.] Paula, 13 años, Alemania.

[Y dije: "nos deja para siempre, no quiere saber nada de nosotros, mi mamá no nos quiere volver a ver, nos quiere dejar solos".] Tania, 13 años, Alemania.

[Papá dijo: "no, se va un tiempo, no nos deja solos..." Yo le decía: "no, ¿por qué tienes que irte?". Y ella me dijo que allí donde iba encontraría un mejor trabajo y viviríamos mejor. Yo le dije: "pero a mí me gusta aquí", y ella me dijo: "sí, pero ya no encuentro ningún trabajo".] Tania, 13 años, Alemania.

[Vino, uno, por venirse con el papá de mi hermana y otra, por huir de tanto problema que había con la familia de mi papá, por eso se vino. Entonces yo no le entendía, porque decía: "tenemos todo, hemos tenido todo". A mí no me hacía falta nada, iba a una buena escuela, ella tenía un puesto de trabajo que aquí no lo va a conseguir, vamos, aunque estudiase. Mi abuelita me decía: "no le juzgues, no le juzgues que lo mismo que tú le estás juzgando a tu mamá, va a llegar un día tu hija y te va a juzgar a ti".] Juana, 14 años, España.

[Cuando nos levantamos al día siguiente, mi mami nos dejó una muñeca. Nos levantamos, vimos las muñecas y ponía nuestro

nombre. Dijo que para no hacernos llorar, dijo que se fue con unos amigos, que ya iba a venir. Entonces nosotros seguíamos esperando a mi mami hasta que unas tías nos contaron que se fue a España a trabajar para poder tener dinero y ropa y eso.] Marta, 12 años, España.

• **En medio**

[Los primeros seis años los pasé con mis abuelos, súper hermoso. Fue una de las mejores partes de mi vida porque era un método sencillo de vida. Yo tenía lo que yo quería, no era demasiado, pero tenía lo que yo quería. Eran mis abuelos, pero había mucho cariño entre los tres.] Édison, 14 años, Alemania.

[Entonces, fue otro cambio. Entonces, en general, yo hoy en día me pregunto y antes tenía más preguntas y no sabía: ¿por qué estoy aquí y no en mi casa?] Édison, 14 años, Alemania.

[Era triste porque no tenía a mi mamá, pero en cambio tenía a toda mi familia allí.] Camila, 13 años, Alemania.

[Sin mi mamá yo sentía que algo pasaba. Mi mamá faltaba, pero con mi papá era muy chistoso, hacíamos con él lo que hacíamos con mi mamá: él cocinaba, nos hacía el desayuno, escuchábamos música juntos. Cuando era aburrido, bailábamos y hacíamos lo mismo... Las cosas cambiaron porque no había mamá y ya no la veía, sólo veía a mi papá en la cama escondido. Siempre que nos pasaba algo, corríamos donde ella y le decíamos "esto y esto no es así", y luego sólo íbamos donde mi papá, confiamos en él. Sí cambio todo.] Tania, 13 años, Alemania.

[Las cosas cambiaron mucho. A mí me tocó coger la responsabilidad de la casa, o sea, lo que es hacer en la casa. Entonces, tenía que dejar cocinado, ir al colegio, lavarle a mi papá, plancharle, limpiar la casa. Yo tenía doce años. Más me cogió a mí que a ellos. Primero es muy difícil, demasiado fuerte, porque de repente ir al colegio, dejar cocinado, regresar del colegio y cocinar, los fines de semana lavar y planchar, entonces era un trabajo muy difícil. Entonces, después ya me tocaba plancharme los uniformes, a mi hermano ¡ay no! Bueno, por eso aprendí y ahora sé cocinar, lavar y planchar y él (su hermano) se volvió bien apegado a mí.] Lucía, 13 años, Alemania.

[No sentí nada y eso es algo de lo cual siempre me sorprende, porque cuando me pasa algo malo, algo pasa para que no me llegue a la cabeza. Porque no sé, fue algo así. Ella se vino, y me dijo que se iba de vacaciones y en parte creo que era así, y en esa época yo dije: "es tiempo de estar acá y ya está, hay que ver que viene". Y claro, la extrañé, no lo demostré quizás de una forma que me puse a llorar o que pensaba sólo en eso, pero mi cuerpo reaccionó distinto porque esas primeras tres noches yo no pude comer, porque todo lo que comía, lo vomitaba en el baño. Mi cuerpo reaccionó distinto, los nervios, yo qué sé.] Édison, 14 años, Alemania.

[Mi abuelita me mimó mucho. Sí me gustaba mi abuelito, pero a veces tomaba mucho alcohol, pero eso no vi tanto, sólo oí. Una vez oí, pero era chiquito, que estaba borracho, cantando.] Alfonso, 11 años, Alemania.

Prestación · obliga · prestación

[No me acuerdo de haber vivido con mi mamá. Sólo escuchaba que mi mami vivía en Alemania y que me mandaba cosas de Alemania, ropa.] Pablo, 9 años, Alemania.

[Mi mamá siempre nos mandaba plata para ropa, para la escuela. Entonces, nos compramos una bicicleta, nos comprábamos lo que antes no podíamos tener.] Camila, 13 años, Alemania.

[En la primera comunión hablábamos para hacer un vídeo. Les mandábamos saludos, así hablando y les sabía coger el sentimiento a mi mami y sabía ponerse a llorar.] Alberto, 12 años, España.

[Mi mamá me va a mandar "dolores".] Mamá de Jenny, España

[Cuando tenía internet, me conectaba con ella. Ella hacía giros, dinero, cada mes para mis cosas.] José, 11 años, España.

[Me encariñaba bastante y después ya no le daba tanta importancia. Me llamaban, conversaba. Es como si hubiera pasado algo, no les tenía tanto cariño porque no conviví tanto.] Alberto, 12 años, España.

[Era triste cuando no llamaba. Alguna vez no podía porque yo estaba en el colegio, allá son seis horas de retraso. Me dijo mi madre que vivía y trabajaba con unos niños de interna. Una niña le trató muy mal y cuando mi madre limpiaba y ordenaba para su madre,

al instante desordenaba y decía "recoge esto y ordena". Trabajó con otros niños, la trataron bien: tenía que ir a dejarles al colegio, limpiar la casa, ayudarles a los niños a hacer deberes, ayudar, pero le trataron bien.] Marco, 12 años, España.

[Mi mamá mandaba de vez en cuando juguetes, fotos, cartas. Me mandó fotos de la nieve y yo vine en pleno verano y decía: "¿y dónde está la nieve?" y ella "aquí es verano" y yo "quiero ver la nieve", "aún es verano, no puedes, falta mucho para el invierno".] Marco, 12 años, Alemania.

V · i · a · j · e

[Estábamos con mi tía. Ella estaba encargada de todos nuestros papeles. Fuimos a poner nuestras huellas en la embajada de España allá en Ecuador. Con ella estábamos haciendo los papeles, luego pusimos las huellas y dijeron que espere 15 días a ver si le han dado el visado o no. Luego estábamos esperando, luego fuimos a ver si nos había salido el visado. Luego, como tocaba hacer unos papeles sobre la niñez y la adolescencia para ver si nos dejaban salir, entonces estábamos haciendo todos esos papeles. Luego ese papel de la niñez ya salió y de una mandaron a pedir los boletos de viaje para venir acá².] Manuel, 12 años

[Después mi mamá ya regresó otra vez acá y comenzó a llamarme y a insistirme que viniera acá, a convencerme. Pero yo le decía que no porque no le quería dejar a mi papá solo, porque me daba mucha pena que él se quedara solo y me dolía mucho verle así. Me imaginaba yo acá y mi papá solito.] Paula, 13 años, Alemania.

[Yo me vine por la ilusión de..., una cuando está en Ecuador, lo que quiere es salir, conocer otros lugares... Yo me vine por la ilusión más que nada.] Juana, 14 años, España.

² Las fronteras, tanto las españolas como las alemanas, son cerradas para los ecuatorianos a partir del 2003, a través de la obligación de la obtención de un visado para la entrada a sus países miembros. En Alemania, este cambio de régimen significó, entre otras cosas, que a partir del primero de junio de 2003, los ecuatorianos necesitarían la visa para ingresar al país y que aquellos que ya estaban allí y que no habían regularizado su situación, pasarían a formar parte de los sin papeles. En España, el endurecimiento de las condiciones para la entrada y permanencia de la población migrante y la pérdida de privilegios para la población ecuatoriana alcanza su clímax con la exigencia de visado a partir del 3 de agosto de 2003. Sin embargo, hubo dos periodos de regularización extraordinaria dentro de los cuales se permitía presentar expedientes a los migrantes que se encontraran en territorio español desde el 23 de enero del 2001.

[Decía: "Alemania, aprenderme el himno nacional, las calles, el idioma, la cultura". Yo decía: "ha de ser difícil o ha de ser chévere". Alemania no queda aquí en la esquina o viajar. A mí me encantaba la geografía, viajar a otro continente.] Édison, 14 años, Alemania.

[Los últimos días antes de venir aquí estaba en casa y mi abuelita salía y decía que ya no voy a ir al colegio. Luego el busero ya no volvió a venir. Luego hicimos las maletas. Todo para venir aquí. Nos cortamos el pelo para venir aquí.] Elena, 11 años, España.

[Mi hermana y yo nos vinimos con mi abuelita y todos se quedaron llorando. Nos abrazan fuerte, diciendo que les demos un beso a todos, que le abracemos y eso. Mi abuelita también lloraba y nosotros le decíamos: "no llore, no llore, ya va a pasar, ya usted va a venir otro día."] María, 12 años, España.

[Mi mami se fue cuando yo tenía 3 años. No me acordaba de mi mami y con cinco años me vine a Berlín y vi a mi mami.] Ana, 12 años, Alemania.

[No me despedí de mi papá, él había dado firma, pero no sabía cuándo iba a venir. Después de dejar Ecuador, lo llamé por teléfono: le expliqué que no me despedí de él porque no quería que llorara.] Paula, 13 años, Alemania.

[Cuando le vi a mi papi me dio alegría porque...;cómo no me acordaba!] Mercedes, 9 años, España.

[Con la ilusión, ella estaba saltando de alegría porque nos vio. Creo que nos estaban grabando o tomando fotos. De allí vinieron todas a abrazarnos a mi abuelita y a mí, llorando, con los ojos rojos y, bueno, mi hermana no lloró ni yo tampoco. La que lloró fue mi abuelita. Mi hermana dijo que no quería llorar, pero no quería, no sé por qué. Entonces, le dio ganas de reír, como estaba chimuela, le daba ganas de reír.] Marta, 12 años, España.

El aquí al cual vinimos

[Muy extraño. Pensé que estaba en otro mundo, o sea, sentía que no era igual. Era una vida muy diferente, otro mundo, otra casa, la gente, todo era diferente.] Lucía, 13 años, Alemania.

[Yo me vine porque quería conocer, pero a las dos semanas me quería ir. No me enseñaba.] Alberto, 12 años, España

[Pensé que era bonito, más moderno... Y en el taxi yo pensaba que no iba a ser tan caro, y me quedé asombrado: no había vacas pastando en las calles jajajaja.] Marco, 12 años, España.

[Llegamos, estábamos aquí pero mi hermano y yo no sabíamos a dónde ir. Mi mami nos llevaba a Fantasilandia, a la piscina, a los balnearios públicos. Nos íbamos a pasear, nos mostraba todo. Todo me asombraba.] Lucía, 13 años, Alemania.

[Es bonito aquí pero las personas no son como nosotros. Allí son más alegres, aquí también, pero no sé, algo falta.] Alfonso, 11 años, Alemania.

[Llamo a una amiga cada semana. Me cuentan lo que han hecho los compañeros, una compañera y un compañero se odian a muerte.] Felipe, 12 años, España.

[Los dos primeros años fueron muy difíciles para nosotros, porque no nos acostumbrábamos. Aquí todo era muy silencioso y tranquilo y no podíamos jugar. En el otro lugar que vivíamos, cuando jugábamos, los vecinos protestaban porque hacíamos mucho ruido. Recibimos muchas quejas porque hablábamos muy alto.] Camila, 13 años, Alemania.

[Ahora está más cambiado: la familia más grande, más moderno.] Felipe, 12 años, España.

[Siempre cuando voy en Alemania, me acuerdo cómo es allá. A pesar de que pensaba que aquí era bien bonito, pero si estás aquí largo, ya te das cuenta de que allí es más bonito que aquí, pero yo sé que para mí es mejor estar aquí que en allí, porque las personas que están en allí no tienen este chance de estar en la escuela como yo.] Pablo, 9 años, Alemania.

[Me gustó vivir en esa casa porque nos levantábamos de la cama, como allí, se escucha las voces de los pájaros: a mi hermana le encantaba, a mí también.] María, 12 años, España.

[Aquí mal, peor porque no me centro en lo que tengo que hacer.] Paola, 13 años, España.

[Acá algunos son muy racistas, porque yo tengo una amiga que es colombiana y siempre nos dicen que somos morenas, que somos negras. Nos dicen que nos vayamos a nuestro país.] Paola, 13 años, España.

[Porque ellos hablaban entre ellos en alemán y no les entendía, y yo me quedaba chuta. Y le preguntaba a un niño: "oye, ¿qué dicen?" y él decía "ey, estoy hablando, no me molestes". Bueno, ahí aprendí el alemán. No entendía las matemáticas, no podía entenderme con los profesores y era un poco vergonzoso ¿sabes?] Alfonso, 11 años, Alemania.

[Yo no sabía la regla que no podías jugar en el patio al fútbol y me soltó un Tadel (amonestación), como una advertencia y como me quedé y ese día me puse a llorar. En la clase lloraba y me decían: "ya cálmate". Te pone: "esto hizo el niño a tal hora" y tienes que darles a tus papás que firmen, y si tienes tres o cuatro, tienes un Verweiss (reprimida). Yo tenía miedo, ya tenía advertencia, bueno, yo había jugado con una niña y le tiré algo y un profesor me soltó un Tadel. Yo: "¡por favor, quíteme el Tadel!"] Alfonso, 11 años, Alemania.

[Después cuando me pasé a otra escuela, me comencé a ser sumisa. Comencé a hacerme schüchtern, ¿cómo es? Tímida, entonces no sé, ya no era como en Ecuador: no me daba vergüenza de nada. En la clase yo me paraba y les decía todo a los profesores. En cambio, acá todo me daba vergüenza. Si hablaban alemán, me daba vergüenza hablar mal y que los otros se burlen. Si hablaba, hablaba un poquito, tenía miedo de que me remeden. Me siento súper mal.] Paula, 13 años, Alemania.

[No, es que es raro. No sé: "zapato"... no me adapto. Hay niños que son latinos y hablan con la z, pero yo no. No conocía a nadie primero y al principio todo era muy diferente. Decía "voy a botar" y me decían "¿a botar?", "a tirar" o "se me olvidó la funda, ¡uy! ¡la bolsa!"

Casi nadie me entendía, entonces casi nadie se llevaba conmigo o con mi hermana. Bueno, los latinos sí pero los españoles casi no.] Marta, 12 años, España.

[En Ecuador, si se es bueno, se tiene que seguir, hay que hacer cuarto, quinto, sexto y el colegio; aquí hay Hauptschule, Realschule, Gymnasium. Es un poco mejor porque en el Real uno tiene un título y se puede estudiar algo corto y se consiguen trabajos. Yo quiero ir al Gymnasium pero mi papá no quiere, porque dice que es muy difícil, él dice que no me va a ayudar porque él tampoco sabe. Él dice que vaya a Hauptschule y yo no sé. Si la profesora dice que estoy mejor, quiero ir a Gymnasium, porque después puedo ser doctora o veterinaria.] Maggi, 11 años, Alemania.

[No quiero volver. Ahí es pobre y los niños no pueden estudiar como aquí. El Estado te ayuda.] Alfonso, 12 años, Alemania.

País sin paisaje

[No me siento migrante, me siento como una más de todos.] Lucía, 13 años, España.

[Yo me siento una persona más. Los migrantes ecuatorianos... No se debería decir "migrante", la palabra se usa como si fuera mala porque, al escuchar la palabra migrante en la tele: "es que vienen muchos migrantes". La palabra migrante la utilizan para todo, para buen sentido y para malo.] Lucía, 13 años, España.

[Yo estoy orgullosa porque ser de un país no tiene nada de malo, no tiene por qué ser diferente. A veces son un poco racistas, a veces los trabajadores dicen que los ecuatorianos que vienen les van a quitar el trabajo. Que vienen un montón y que son una plaga, una epidemia.] Lucía, 13 años, España.

[Yo tengo en el instituto un amigo que se llama Bernardo y Paul, son mis mejores amigos. Los dos de España. Han venido acá a jugar, yo he ido a su casa, me han invitado a ir de caza. Yo pensaba que no iba a tener amigos, que me iban a discriminar por ser de otro país y no fue así. Todos querían que vaya a jugar, me invitaron a comer a su casa y a jugar, íbamos a jugar todos los días.] José, 12 años, España.

[A los raperos nos discriminan porque dicen que los latinoamericanos se emborrachan y van a beber, y hay peleas y hay matanzas. Entonces yo creo que nos discriminan a los raperos.]

Alfredo, 13 años, España.

[Si ellos fueran a otro país y vieran la situación, no nos juzgarían así.]

Lucía, 13 años, España.

[La gente encuentra bonito que hable español, que dicen que quieren aprender español. También les gusta mi pelo. Mis amigos dicen que les gusta mi pelo y mis ojos, y yo les digo que yo odio mis ojos, que yo quiero tener ojos azules. Dicen que tengo lindo color de piel, que soy muy morena y ellos son tan blancos.] Tania, 13 años, Alemania.

[“¡Oh, Ecuador!, Gute Bananen” dicen.] Lucía, 13 años, Alemania.

[Dicen que soy “caliente” jajaja, no, no. Dicen que soy bonita porque soy latina.] Tania, 13 años, Alemania.

[Por el color de la piel, si no nada más, en el acento, pero yo siempre los veo iguales.] Lucía, 13 años, España.

[Yo no quiero hacer el trabajo de mi mami. Todo el día la jefa gritando y ella trabajando y trabajando sin parar. Yo no quiero eso para mí.] Marta, 12 años, España.

Es profesora en sociología en la Universidad Metropolitana Cuajimalpa, Ciudad de México (UAM Cuajimalpa). Especialista en sociología del trabajo y de las organizaciones.

ÉLODIE SEGAL

Migración y protesta social

En México se analizan ciertas representaciones contemporáneas de las colectividades migrantes que convienen e interesan al poder y apuntan a neutralizar su fuerza vital y política, haciendo desaparecer su fuerza contestataria al reducir a las personas en situación de movilidad a la nostalgia, la desesperación o la desorientación. Estas trampas sirven a la dominación por medio de reducciones de lo que significa migrar; por eso es necesario elaborar constantemente narrativas y análisis sobre la migración que rebasen y cuestionen la condición de "víctima" de la persona migrante, para reconocer en ella dimensiones menos desmovilizadoras.

Al analizar las relaciones entre migración, pensamiento y poder se señalan las dificultades de la teoría crítica contemporánea para explicar los procesos sociales, dificultades que responden, en gran parte, al hecho de que su discurso crítico ha sido absorbido por el capitalismo. Tales señalamientos se sustentan en la voluntad de encontrar nuevas herramientas, nuevas maneras de hacer y de escribir las humanidades y las ciencias sociales para abordar, entre otras problemáticas, la realidad de la migración, como si tuviéramos la certidumbre de que los caminos escritos perdieron su fuerza crítica y su fuerza de comprensión, de que el capitalismo contemporáneo ha consolidado sus formas en las arremetidas del presente y, por lo tanto, que también nosotros, en tanto personas comprometidas con la tarea de pensar la transformación social, tenemos que cambiar nuestra forma de producir una lectura operativa del mundo social contemporáneo.

La prueba de ello está en la enorme cantidad de información de que disponemos para analizar el fenómeno migratorio, sus

desplazamientos, la frontera. Muchas opiniones se orientan en el sentido de afirmar que los migrantes son agitadores, una población vulnerable reflejo de la anomia social o del nihilismo. Incluso, existen análisis que cada vez más hablan del fascismo contemporáneo en relación con la movilidad humana —ya sea para criticarlo o aplaudirlo—. Del mismo modo, asistimos a un tratamiento similar de la información relativa al análisis de los márgenes y las protestas contemporáneas, sean de mujeres, movimientos indígenas, estudiantes o del pueblo mismo. Si bien es cierto que hoy las organizaciones sociales y políticas se enfrentan a nuevos retos, todo hace pensar que, frente a la ausencia de un pensamiento que las respalde, también en las actuales respuestas políticas y en la falta de claridad de las lecturas políticas que podemos hacer a partir de la vulnerabilidad existe la misma ausencia de pensamiento.

Nuestra propuesta implica realizar un análisis crítico de los paradigmas teóricos y metodológicos clásicos entendidos como totalidades. La teoría crítica, tal como se desarrolló en países, para retomar el término de Rita Laura Segato¹, de “segunda realidad” — como México —, y la literatura desempeñan, desde nuestra perspectiva, un papel de articulación en la transformación epistemológica.

Como hemos dicho, nos enfrentamos a la necesidad de renovar las metodologías y los discursos sobre la vida, y tenemos un gran interés en abrir una discusión al respecto. Abrir un debate más amplio supone, necesariamente, no caer en las tres trampas relacionadas con la migración, las cuales, a su vez, autorizan por lo menos tres lecturas actuales de lo político.

La primera trampa radica en construir a través de la población migrante y los estudios sobre ella la categoría de “dominado total”, actualmente muy presente en el mundo de la representación utilizada para hablar de los expulsados del capitalismo. En el ámbito del cine, ésta se refleja en el cinema social de Ken Loach, o en la película *Joker*, que los especialistas intentan hacer pasar por una película política.

¹ R. Segato, *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*, Pez en el Árbol-Tinta Limón, Oaxaca/Buenos Aires, 2014.

Asimismo, considero que la categoría de "dominación total" también se encuentra presente en la filosofía política y en la literatura. Comprendo y llamo "dominado total" a una categoría de la población que incluye todos los rasgos de la simplificación del determinismo social, entendido como la imposibilidad de superar el esquema social del cual venimos: dominación familiar, económica, social, afectiva, esto es, madre castradora, falta de trabajo, falta de estudios, deben irse y carecen de las características del macho alfa. Tras ello se identifica una preocupación ya presente en Jean-Paul Sartre², que sigue operando todavía y tiene que ver con cómo hablar de la dominación desde el espacio de la representación, es decir, desde un espacio que trae aparejada una serie de privilegios.

A la vez, en la representación se expresa un cambio vinculado a la necesidad de hablar del sufrimiento, de la violencia, de buscar el origen del mal, de entender qué es lo que produce la violencia, qué lo que produce la destrucción. Creo que son cuestionamientos nuevos y muy fuertes socialmente. Tales cuestionamientos no pueden pasar por la simplificación, porque corremos el riesgo de convertir al pueblo en masa. En este sentido, las lecturas que representan al sujeto migrante como un "dominado total" lo consideran no como parte del pueblo, sino como parte de la masa sin imaginación, en espera de algo que, contra el sistema, no tiene otra cosa que mostrar más que aquello que desea el sistema. Por esto, la categoría de "dominación total" no muestra otra cosa más que la opresión e impide visibilizar una respuesta política efectiva con la fuerza vital de quien no es por completo dominado.

Ello nos lleva a recordar la idea genial de Baudrillard³: para existir como sistema, el sistema necesita un contrasistema y lo justifica con el fin de proponer la misma cosa. Así, la lectura política de la migración, por ejemplo, se realiza desde el conformismo y la estandarización; en ella incluidos y excluidos son los mismos.

² J-P. Sartre, *L'existentialisme est un humanisme*, Édition Nagel, París, 1946.

³ J. Baudrillard, *La société de consommation*, Gallimard, París, 1970.

De acuerdo con esta lectura política, la respuesta contestataria no da miedo a nadie, bajo el entendido de que se trata de un reacomodo para obtener lo mismo; los mismos privilegios, e incluso más, llegan a las mismas manos.

La segunda trampa y la segunda lectura política del contexto actual, que molesta aún mucho más, exhibe a los migrantes como una masa neurótica o carente de toda racionalidad, recurriendo para ello a la psicología de masas. Así, se los muestra como una masa sin pies ni cabeza, dispuestos a sacrificarlo todo, incluidos su país y su familia. Dicha masa es tratada en términos de afectividades, de fragilidad, de nostalgia, destacando su necesidad de retornar, tema muy de moda en los estudios sobre migración. Ello se ve reflejado en la forma en que se presentan tanto el tema de la migración como el de las revueltas contemporáneas. Lo que se ve en la calle son sujetos desorientados, una masa descontrolada, que es exhibida y analizada como sin capacidad de iniciativa, carente de espíritu, incapaz de crear formas alternativas para el ejercicio del poder y para la producción económica, que destruye lo que parece celebrar. Es una masa que camina hacia el fascismo, que está en vías de fascitización.

La tercera trampa estriba en tratar el tema de la migración o de los marginales del capitalismo en términos únicamente subjetivos, considerándolos actores que no representan nada para el sistema, una mirada muy presente hoy en la manera de tratar lo social. Así, por ejemplo, al analizar los levantamientos de las mujeres se las piensa como actores históricos y, por ende, se invisibilizan sus demandas; o, regresando al ámbito de la industria del cine hollywoodense, cuando se representa al propio Joker, el gran soldado del caos, se lo hace aparecer como un loco. De modo que se trata de propuestas de locos y locas, lo que hace que todas conduzcan a ninguna parte o lleven a la locura. En la manera en que suele mostrarse hoy al migrante se lo neutraliza en su fuerza vital y política, eliminando la posibilidad de otra cosa, haciendo desaparecer su fuerza contestataria, su propuesta alternativa. Por ello, un migrante nunca será otra cosa más que un migrante; "la revuelta no sirve de nada", nos recuerdan los portavoces de los poderes dominantes. Y peor aún, rebelarse es incluso ir en contra de uno mismo, no tiene que ver con la liberación, pero sí con

la alienación, incluso la alienación mental. Rebelarse es clavarse un clavo en el cuerpo. La rebeldía equivale a no moverse. Aquí lo subjetivo supera lo político. Asistimos a la psicologización e individualización de los problemas sociales.

Por último, lo que inicialmente presenté como una ausencia de pensamiento da lugar al planteamiento de una hipótesis: la ausencia de pensamiento la hace el juego al capitalismo, lo mantiene. Permite que se muestre a un pueblo que ni siquiera es pueblo, sólo una masa sin cerebro, porque es preferible invisibilizar las nuevas demandas que se forjan en el capitalismo contemporáneo, ocultándolas tras el velo de la locura, de la histeria o diciendo que proviene de una masa anómica, invisibilizando con ello lo que se está construyendo como protesta y proyecto político alternativo a nivel internacional y que pasa, sin ninguna duda, como hemos mostrado en el presente texto, por la experiencia y la construcción de un ethos de la liberación.

Referencias:

Segato, R., *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*, Pez en el Árbol-Tinta Limón, Oaxaca/Buenos Aires, 2014.

Ségal, E., "Migración y protesta social", *Corredores Migratorios*, núm. 1, 2020.

Sartre, J-P., *L'existentialisme est un humanisme*, Édition Nagel, París, 1946.

Baudrillard, J. *La société de consommation*, Gallimard, París, 1970.

Caraqueña desde el 7 de marzo de 1975 y residente de Quito desde 2015. Mamá, esposa e hija. Docente e investigadora. Movida por el deseo y las ganas de hacer y cambiar las cosas, aun si no se puede...

CELINER ASCANIO

Carta a mis estudiantes desde mi segundo país

Estimados estudiantes:

Hoy en clase tuve una situación desagradable: uno de mis estudiantes, al conversar sobre el tema del debate, mencionó que "las venezolanas somos prostitutas".

Este tipo de frases, sea que la repitamos sin pensar, sea por odio al extranjero, o porque nos educaron así, constituye un acto de xenofobia; esto es un acto que atenta contra la dignidad y el derecho de una persona, solo porque nació en otro país.

Comentarios como este no me asombran porque los escucho día a día como venezolana que soy, y además sé que no tienen fundamento y que, por lo tanto, no constituyen una verdad. Lo que sí me asombra es que uno de ustedes, mis estudiantes, lo haya mencionado en clases, en donde siempre partimos del respeto hacia el otro, en donde pretendemos siempre ir más allá de los prejuicios y la discriminación, en donde debatimos las ideas; no solo para escribir un ensayo y tener buena nota, sino para ser mejores personas. Es eso lo que más me entristece, que esta situación se haya dado en un espacio de intercambio de conocimientos y afectos como lo es el aula de clase.

Al estudiante que hizo el comentario, y a cada uno de ustedes, los invito a desafiar todas esas creencias que tienen como generalizaciones y "verdades" absolutas, con preguntas. Pregúntense, lean, busque datos. Averigüen sobre la prostitución, no desde la religión y la moral, sino desde las leyes y desde la propia humanidad. Lean fuentes reales sobre la migración y sobre por qué migrar es un derecho (<http://corredoresmigratorios.com/>), infórmense sobre la

xenofobia. Si aun así no cambian sus ideas, en realidad no importa por mí, por la prostitución o por la migración; sería realmente triste solo para quien no puede ver más allá. Los venezolanos, las prostitutas y todos seguiremos estando en el mundo y aquí seguiremos conviviendo con nuestras diferencias.

En mi caso, me enorgullece sobremanera haber nacido en donde nací; otro lugar del mundo que ahora está en una situación terrible y que se llama Venezuela. Venezuela es el país en donde me formé y gracias al cual ahora transmito todos mis conocimientos a ustedes que nacieron en mi segundo país que es Ecuador, porque, sí, es mi segundo país y me encanta su comida, su habla, sus playas, sus pueblos, sus montañas y sus prostitutas, que también son personas y tienen derechos.

Por último, y como autoridad de la clase, les informo que nuestro espacio es un espacio de diálogo, no de ofensas, no de sexismo, no de xenofobia, no de clasismo, no de racismo, no de regionalismos, ni de ningún otro tipo de expresión de odio o de discriminación. Eso lo deben dejar en la calle. La universidad es otra cosa: es el lugar en donde las luces de la razón y del conocimiento dejan afuera las sombras de la ignorancia y las pasiones. Por lo tanto, les exijo respeto hacia todos, les gusten o no. Porque una cosa es una idea y otra es una ofensa hacia quien es diferente, y eso en mis clases no lo tolero.

Saludos

C.

Mi nombre es Ángel-Kosakura. Soy profesora de ciencias sociales del cole, me gusta escribir mi diario. Quisiera ser alquimista para sintetizar estrógenos y andrógenos de las plantas. Soy una marica contagiada de las poéticas de mi comunidad. Casi no me llevo con otras maricas porque tengo un carácter horrible.

ÁNGEL BURBANO/ KOSAKURA

Here I am, your sister

Hola Alexito, soy yo, Tito. Espero que llegues bien. Me rompe el corazón que me digas que te vas de un momento a otro, pero supongo que así se dieron las cosas. Ya estoy en Quito y ha llovido durante tres días seguidos, supongo que allá está cayendo nieve... Ahora mismo pienso que la memoria se raya, se distorsiona, pierde su longitud de onda, queda vacía. Pienso en los horribles nardos y en los apestosos claveles con moscas en el entierro de nuestro abuelo. Ahora que estás grande, espero que comprendas por qué tuve que irme de casa cuando el abuelo murió. Tienes la misma edad que yo cuando me fui, y comprendes lo hostil y violento que resultaba para mí quedarme aparentando no ser travesti ni maricón.

Estoy segura de que nos volveremos a ver dentro de diez o cinco años, cuando te salgan los documentos. Mientras tanto, me gustaría apretar por última vez tu pequeña mano de tres años ("como una empanadita", le decíamos) que me hacía sentir menos sola en aquella maldita casa, en aquel maldito cuartel, en aquel maldito pueblo...

Cuando tenías 5 años te dibujé dormido, con un monito como tu animal protector. Recuerdo que le pusiste un marco al dibujo y te lo llevaste para tu casa. Cuando fui, lo tenías en la entrada, para que todo el mundo lo viera. Tu mami me contó que te obsesionaste con el dibujo, en un sinnúmero de soportes; alcancé a ver algunos en cartón, hojas sueltas... de Michael Jackson, de Tico y otros superhéroes que parecían hechos de rocas...

Cuando me fui ya no supe si volviste a dibujar...

También me acuerdo de la primera vez que fuimos a la Quinta Macají, yo tenía 14. Fue la primera vez que miraste a lo lejos un muñeco inflable y una cerveza Pilsener, ambas cosas eran estructuras colosales para tu tamaño de mono inquieto. Recuerdo que no dejabas de señalarme la cerveza con tu pequeña mano, aquella cosa inmensa y grande que estaba frente a ti...necesitabas que la viera a través de tus ojos...

Cuando llegamos, volteas asustado. Es la primera vez que sientes una distancia inalcanzable, la primera vez que te enfrentas a un abismo sin puente. Hoy, diez años después, quienes te queremos mucho te seguimos animando a vencer la mirada, para siempre.

Tenía 16 y una siembra de cadáveres emocionales, contradicciones, odio, ira, los rasgos de este maldito paisaje perenne en mi raíz. A los 16, mi materia poco a poco ocupaba el borde, con una resonancia cada vez más tenue, cada vez menos movimiento, menos vibración. El colegio militar, el castigo eclesiástico, la vergüenza y un montón de agujas que me crecían desde adentro.

Llegué tarde a verte y te encontré en pijama, llorando en la esquina del sofá. Aún pienso cómo un cuerpo tan pequeño puede considerar a otro tan deshecho y raído, como su superhéroe hecho de rocas. Ahora todo se desgarró.

La casa de la abuela se podrirá, ella morirá. Las tablas con polillas, la pintura de caucho que erosiona al sol, cada una de las palabras, como una piedra que se trocea al aire, cada átomo... entre neblina, un resto, en el aire, se escapa... las palabras que alguna vez se sostuvieron fijas en la casa de la abuela...en el aire...

Muy a pesar de que caiga medio techo o se abra un boquete, lo único que queda es una parvada de tordos, lo oculto sale a relucir. (Dice Cristina Rivera Garza)

Asumiendo que el tiempo ha pasado y has vuelto, sabrás que todos morimos un poco cuando cruzamos. Yo lo hice, todes les tortas, maricas y travas también lo han hecho, y otrxs pensadorxs migrantes...

Edouard Glissant dice que el borde es un útero, una matriz que te expulsa, un bote embarazado, tanto con vidas como con muertes, viviendo bajo la esencia de esa muerte. Gloria Anzaldúa (1987) también cruzó la frontera, la llamó el estado de la Cuatlicue:

"Haciendo túneles a través del aire en una fotografía de doble imagen, un brazo fantasma, junto a mi carne, una dentro de su cabeza, que agrieta, que rebota, que traspasa, ella oye serpientes cascabeles, en jarras, siendo alimentadas con su carne, ella escucha la costura entre la niebla y la oscuridad, escucha sus golpes congelados, su alma encerrada, en obsidiana humeante, humeante (...). Separadas (sus cabezas), no podían visitar una a la otra y fue tan lejano de escuchar que ahora ese silencio, como un río, no puede ser retenido y todo lo inunda".

Ya sea abismo infinito, eternidad o matriz abismal... todo se vuelve conocimiento, y ahora está en tus huesos...

Existe una estantería de huesos en el patio de la casa, pero persiste la misma pregunta en cielo abierto, de forma similar a lo que se planteaba Arendt: "¿Cómo todo en nuestra historia puede ser interrumpido por la violencia? Si la historia es un proceso cronológico, un proceso inevitable ¿cómo todo el metabolismo de nuestros pueblos puede ser interrumpido una y otra vez?"

It is carnival: I'm in Riobamba right now, with our father and your mother... there is a celebration here and your mother sings... our father, drunk as always, begins to cry. We try to tell you jokes because we know you're alone on a strange land. Please don't cry, little brother, here we are, your father, your mother, and your sister.

Cristina Mancero cita a Barthes, menciona que toda dominación comienza con la prohibición del lenguaje... tácita, implícita, dominación del lenguaje. También escribe: "todo modo diferente interrumpe la normalidad, el capacitismo, la tendencia de ser hábil, idolatra la normalidad y combate la diferencia y la otredad".

Después de algunos meses hablamos por WhatsApp de forma atropellada por muchísimo tiempo. Escucho atenta cada una de las descripciones de la gran ciudad de concreto y luz, a veces se repiten, me cuentas todo rápidamente, tus proyectos, las peleas, las discotecas...

por horas, de forma atropellada, rápida, atorada, por horas.

Please don't cry little brother, here I am, your sister.

Es fácil encontrar una frecuencia de sonido similar para los dos cuando se habla desde los bordes, dentro está el orden visible, muchas metáforas de guerra que trocean el cuerpo de las hermanas trans, maricas, tortas que alguna vez cargamos a nuestros hermanitos en nuestros brazos... algunos nos odian, otros nos encontramos, como nos ha enseñado la madre negra, la madre india en medio de distintos tránsitos. Suspensos en un paisaje que odiamos, y sin embargo...

"Ese pedazo de tierra en las nubes, ese maldito paisaje, tiene piel de elefante". (Dice Mónica Ojeda).

Antes de que te fueras te regalé mi anillo de grado, que me gané en ese colegio de mierda. Supongo que como es de oro podrás venderlo si te pasa algo en esa tierra tan lejana. Quiero decirte que claro que nos volveremos a ver, hermanito, tal vez ya no en este tiempo lineal, pero nos volveremos a ver. No sé si es importante esta raíz, no sé si es más importante el movimiento. Pero, a pesar de que las moléculas de mi carne sean sustituidas por rocas,

"here I am, your sister..."

En diálogo con:

Gloria Anzaldúa, *Borderlands* (1987); Hannah Arendt, *Sobre la violencia* (2005); Cristina Rivera Garza, *Había mucha neblina o humo o no sé qué* (2016); Edouard Glissant, *Poetics of Relation* (1990); Cristina Mancero, *Aclarando mi garganta* (2016); Mónica Ojeda, *Mandíbula* (2018).

Popayán, 1990. Vive en Buenos Aires desde 2014. Sus escrituras se encuentran en fanzines, revistas y medios de comunicación como HermanxNinjax, Pájaro Azul, LATFEM, CULTURAqueLADRA y Corredores Migratorios.

NATALIA ANDREA MERA SANDOVAL

UNA MUJER LEE EL DIARIO DE SU VALIJA

(fragmentos)

De esa Colombia salí corriendo.

La fuga tranquila y apacible de viajar buscando un mejor futuro estaba untada del optimismo-mentira que se guarda en el sobre de los dólares ahorrados. Estaba demasiado segura del camino que creía merecer en otro país.

Este país me recibió un invierno.

La humedad de Buenos Aires era el cuerpo del vacío. Allí me encontré ingenua. El cuerpo abandonó la fortaleza y se encontró con una angustia que devino en rabia. Volví conscientes ambas vestimentas. Y me di cuenta de que están prohibidas para nosotras en el país del sagrado corazón.

No sabía qué era enojarse.

No sabía qué implicaba sentirse mal.

Esas ropas se fueron desmadejando y formando nuevos nudos que empezaron a tallar el pensamiento.

La migración me enseñó a sentipensar.

Por supuesto, los dolores de las violencias que viví se fueron encontrando conmigo para recordarme que podía ser responsable de aquello de lo que no me había hecho cargo por confiarme en la indiferencia política, aprendida en la familia y en la sociedad donde crecí.

Cuando llegué a Buenos Aires, no me había preguntado con seriedad sobre la *extranjería*, mucho menos acerca del destierro o del exilio.

Por esas definiciones fui caminando acompañada. Con el tiempo, ese desplazamiento me empujó hacia otras personas en transición y con cero condiciones para el autocuidado. El dolor de las otras reflejándose en mi propia herida se convirtió en amor despierto, predispuesto a conversar con quienes habían vivido desplazamientos. La migración se siente en soledad y en compañía, casi siempre como una piedra entre la plantilla del zapato y el pie.

Desplazarse será doloroso.

Desplazarse será estar dispuestas a perder.

El camino se siente como mirarse en un espejo sin poder ver lo que rodea tu cuerpo,

desplazarse será misterioso.

Oscuro.

Si me encontraba con otras personas, me preguntaban de dónde había llegado, y eso me incomodaba. Escuché la pregunta todos los días desde que llegué a Buenos Aires.

¿De dónde sos?

Una pregunta que me llevó de la mano a la estantería de las palabras que acompañaron mi movimiento. Miré el camino transitado e intenté ubicarme en cada objeto y circunstancia de lo que supuestamente soy, fui. De lo que supuestamente represento para quienes hacen la pregunta.

¿Qué llevo en la valija que me trajo hasta la incómoda *extranjería*?

Estaría bien hacer una lista de palabras que suscitan esa pregunta:

cumbia,

cartel de Cali,

cartel de Medellín,

desaparición de personas,

violencia contra las mujeres,
violencia contra las niñas,
aborto ilegal,
feminicidios,
xenofobia contra las venezolanas,
racismo contra las comunidades afrocolombianas
y las comunidades indígenas,
estratificación de las personas según su condición de pobreza,
régimen conservador desde la conformación de la República,
extractivismo de la tierra y del suelo urbano,
sequía indiscriminada de los ríos,
ríos como fosas comunes,
siembra de semillas alteradas genéticamente,
siembra de cultivos ilícitos.
Palabras, acciones,
tragedias, oscuridades,
sombras de pertenencia,
heridas que me trazan un camino
hacia la búsqueda
hacia el encuentro con las que están luchando desde antes.



VISIONES DEL REFUGIO

PARTIR ES MORIR UN POCO

Hoy, los procesos migratorios, en su mayoría, se han convertido en búsquedas de nuevas oportunidades y mejores condiciones de vida. Nunca sabemos qué nos espera cuando se trata de partir ¡Un lugar desconocido es siempre preocupante!, más aún cuando la partida es involuntaria, forzada, como ocurre en Buenaventura y la región del Pacífico. En las últimas décadas, salir de sus territorios para preservar la vida se ha convertido en la estrategia de supervivencia de miles de familias a causa del conflicto armado que allí se vive.

Miles de esas personas llegan a Ecuador, donde la población refugiada colombiana se ha contado en setenta mil personas. Llegar en busca de refugio a un lugar donde no conoces a nadie ni te conocen, hacer una nueva vida, huyendo de la muerte, la persecución, el hambre. Y encontrarte con el rechazo y el maltrato de las personas que habitan los lugares de acogida solo por tu origen, tu color de piel y condición social. El racismo y la exclusión sistemática hacen que el refugio sea mucho más duro que la misma partida del lugar de origen.

Es en ese sentido, la migración forzada y el refugio se asumen como una mera administración de individuos que se encuentran en un espacio desconocido, marcado por conflictos sociales que no les permiten moverse en la sociedad de acogida, ascender o vivir. Alguien así será considerado un "forastero" o "intrusa" sin capital cultural ni económico y que, por tanto, debe ser relegado de la sociedad.

Partir es morir un poco, en cada partida nos vuelven a marcar sentimientos de tristeza y sufrimiento, sin saber si podremos regresar al sitio que nos vio crecer y de donde no quisimos irnos.

Los testimonios que siguen y que he transcrito y editado para esta antología, los cuales forman parte de la investigación colectiva de Corredores Migratorios La vida en dónde dicen eso: si huir de Colombia para salvar la vida es inenarrable, llegar a Ecuador lo es más. No hay tregua.

Cristian Orobio,
desde Buenaventura, mayo de 2022



YURI

Por la raza de nosotros, por ser negros

Nosotros no hemos podido vivir en el llano porque desde corta edad hemos sufrido persecución por grupos armados. Cuando tenía yo 4 años aproximadamente, mi familia tomó la decisión de irse de los llanos ya que iba a haber... hubo atentados e intentos de secuestros.

En la familia de nosotros también, en esa época, a dos primos los secuestró la guerrilla... hasta ahora no sabemos nada de ellos, si viven o mueren. En esos momentos mi familia tomó la decisión de irse para Satinga, Nariño.

En Satinga, Nariño, tuvieron una vida también muy particular. Era muy duro vivir allá, montaron una tiendita, pero empezaron a pedirles "impuesto", a cobrarles...pues le cobraban vacuna, una y otra cosa. De ahí, le tocó a mi familia tomar la decisión de irse para Buenaventura, otra ciudad donde también hay mucho grupo al margen de la ley. Pues mientras estuvimos allá, poco a poco fuimos viendo lo que era una violencia. Entonces, en sí, nosotros como familia nunca hemos tenido un lugar digno para estar o vivir bien en Colombia.

Nosotros no hemos tenido una vida como de niños. Nosotros no tuvimos vida como niños, ya que Buenaventura es una ciudad donde prácticamente nunca hay paz, todo el tiempo hay violencia. Donde vivíamos escuchando gritos cuando desmembraban a la gente. Donde vivíamos con miedo. Donde la casa de nosotros, que es una casa esquinera, ahí en la casa de nosotros cayó mucha gente, mataron mucha gente en la puerta de la casa de nosotros.

Cuando tomé la decisión de venir para acá para Ecuador, es porque por medio de los grupos armados empiezan a pedirnos impuestos, ya que, como le digo, la familia de nosotros tenía una

tienda. Entonces empiezan también a querer meter a mi esposo a los grupos. Cuando yo miré que empezaron a llegar a la casa motos y motos y llegaba gente y gente, ahí me di cuenta de que estaba pasando algo.

A mi esposo lo estaban obligando a pasar en la lancha cosas que no debía de pasar. En una de esas, lo obligan a trasladar algo muy pesado y queda herniado mi esposo, en estos momentos él es herniado por uno de esos, de esas cosas que lo mandaron, que lo obligaron a pasar.

Entonces, nosotros tomamos la decisión de venirnos para Ecuador, ya cuando vemos que tanto problema había. Cuando vemos que nos amenazan y en una de esas encontramos que nos matan unos perros que teníamos...a un perro lo degollaron y a otro lo envenenaron. Entonces decidimos venirnos porque ya la amenaza no era cosa de juego, sino que iba más allá de una amenaza normal. La verdad, cuando vinimos aquí a Ecuador, vinimos huyendo de la violencia que había en Colombia, de los conflictos armados y más por proteger nuestras vidas, la vida de nosotros y de nuestros hijos.

Pero al llegar aquí a Ecuador, llegamos buscando una vida digna y lo que encontramos fue algo diferente. Los niños...yo tengo una niña, a la niña me la golpearon en el colegio, al niño la misma profesora del instituto me le botaba la "colación", como dicen acá. Aquí, la verdad, hasta para pedir una dirección hemos sido discriminados, más que todo por el color de nosotros, por la raza de nosotros, por ser negros, por ser afros aquí no nos colaboran casi en nada. Aquí lo miran a uno y creen que uno es un ladrón o es un delincuente o es... no sé qué piensan ellos, pero la verdad aquí hemos sufrido mucha discriminación, mucha xenofobia, mucho de todo, se puede decir.

También agradecidos con el Ecuador porque nos acogió, pero hemos sufrido discriminación. A ver, ¿ACNUR es la agencia de las Naciones Unidas que debe ayudar a los refugiados? La verdad, la ACNUR no nos ha colaborado en nada, nos ha dejado en la calle, porque la ACNUR no se ha compadecido ni de mujeres embarazadas, ni de personas discapacitadas, ni de los niños, sabiendo que también tenemos muchas madres que somos refugiadas, pero que también

tenemos hijos ecuatorianos. Ni por eso nos han colaborado ¡ni por eso! Ni mostrándoles pruebas ni nada. Antes, la ACNUR nos ha enviado grupos como son los antimotines a que nos echen gases, hubo un bebé que tiene en estos momentos 10 meses, ese bebé estuvo hospitalizado por causa de gases lacrimógenos que mandaban, que echaron los antimotines, que fueron enviados por la ACNUR a las afueras de la Whymper con Orellana cuando hicimos el campamento.

A ver, ACNUR piensa tal vez que nosotros estamos aquí es pidiendo reasentamiento porque queremos. Nosotros no nos queremos reintegrar al país, pero no porque no queramos, no nos integramos porque ya hemos tenido atentados, o sea somos perseguidos, como venimos hablando, por violencia de grupos armados desde Colombia, y Colombia es frontera con este país, que es Ecuador, donde estamos viviendo.

Entonces, es muy incómodo y es muy ilógico que nos digan que nos integremos a un país donde nosotros estamos en peligro de muerte, donde hemos tenido atentados, donde ya ha habido heridos, donde ya hubo un compañero de nosotros que fue muerto por pedir el mismo auxilio.

Nosotros no queremos quedarnos en el país, no porque nos miren feo, no es porque nos discriminan, ¡porque sabemos que todo país puede pasar eso! La vaina es que nosotros no queremos quedarnos aquí porque sentimos miedo y fuera de eso que sentimos miedo, ya hemos tenido atentados. Esa es la razón por la que nosotros no queremos quedarnos en este momento en este país. Somos perseguidos, y ya nos encontraron.



JOSÉ

Volvamos a Colombia, aunque me maten

Yo soy del departamento de Nariño. Vivía normal como cualquier persona, vivía en el pueblo de donde yo soy. En el 2012 nos tocó salir del pueblo, cuando existían las FARC, porque pues supuestamente dicen que ya no existen, pero pues hoy en día en el país es peor que cuando existían.

Un día normal, se me acerca una persona y me dice que tenía una orden de matarme, y me dice que él me conocía a mí hace mucho rato, pero que le habían dado la orden de matarme, que tenía media hora para irme. Si no me iba en media hora, él tenía que cumplir la orden que le habían dado. Entonces, con todo el dolor de mi alma, me tocó irme del pueblo, me fui para Buenaventura. Me fui allá exactamente en mayo, el 13 de mayo del 2012. Me fui para Buenaventura y llegué allá, es un puerto, una ciudad, digamos que bastante difícil para vivir. Bastante, bastante difícil, y más cuando uno no es de allá, es aún más complicado.

Entonces, me puse a trabajar, empecé a trabajar de mototaxista, empecé a trabajar en esa moto y pasaron los días, pasaron los días, los meses, los años...viví 6 años allá. Tenía, no vamos a decir que tenía como un rey, pero pues tenía, al menos en el pueblo cuando me fui a vivir allá tenía tranquilidad, sin problema, andaba normal y trabajaba como cualquier persona.

Un día me dicen dos personajes, se me arriman y me dicen que tengo que pagarles \$700.000 quincenal, y yo les digo, pero ¿pero cómo? Si yo apenas levanto pa' comer y pa' comprarle algo de ropa

a los niños y a mi mujer. Bueno, pa' uno medio sobrevivir ¿Cómo es posible que uno le puedan cobrar esa cantidad de dinero? ¡Cuando yo de pronto me la hago, pero eso es para sostener mi familia! Y bueno, pues ellos me dijeron que estaba advertido y que tenía que pagar eso.

Entonces la verdad, yo desde los 6 años había vivido allá, no había tenido problemas con ninguno porque yo sabía cómo desaparecían la gente, cómo mataban la gente, cómo picaban la gente, aparecían las cabezas por las partes así, pero pues uno al mirarse en una situación en que uno no se mete con nadie, es una persona tranquila que trata de trabajar, hacer lo correcto, ¿sí me entiende? Entonces pues yo prácticamente ignoré eso.

Seguí trabajando, pasaron como unos nueve días y entonces yo voy en la moto, cuando rrrran, van dos manes en una moto y me atraviesan la moto así ¿cómo es eso? Malas palabras, cosas así "¿Y es que vos crees que nosotros estamos jugando o qué?", me dicen, y entonces yo le digo, -"pero no 'mano, cómo me vas a cobrar plata no"... -"Te vamos a dar hasta hoy en la tarde para que pagues esa plata, o si no ya sabes cómo le va a los que no pagan la plata cuando nosotros les hablamos."

Así decidimos irnos pal Ecuador. Las dos moticos que teníamos nos la robaron, entonces no tenía plata, no tenía pues porque pues uno trabajando en moto no es mucho lo que se hace, es como pa' uno sobrevivir. Así que llegué aquí sin plata. Sin conocer a nadie no le dan trabajo a uno, es muy difícil, o sea no le dan trabajo y en sí tampoco hay trabajo, o sea, es muy duro, y más que todo uno negro y extranjero, es complicado, aquí la gente es muy racista, no vamos a decir que son todos. ¿Sí me entiende? Pero siempre la mayoría lo es. Es muy duro, le hacen trabajar y no le pagan, es algo difícil, 'mano.

Un día amanecí con mi esposa y los muchachos, amanecimos y no teníamos ni 10 centavos para comprar una caja de fósforos, no teníamos. Me dio tanta tristeza, tanta...O sea, es algo como mirarse uno, uno se vuelve atrás y mira el ahora y es algo muy duro, una cosa uno tratar de decir, de contarla, pero es algo muy difícil, es algo muy difícil.

Entonces dije yo: "mami vámonos, vámonos". Yo sé que al pueblo de donde soy, allí yo no puedo llegar, puedo llegar hoy en la mañana y en la tarde creo que ya me matan. A Buenaventura tampoco puedo llegar porque me vine a escondidas, porque no les pagué el impuesto que querían que les pagara, y no puedo llegar. Entonces yo le digo a mi esposa, vámonos, vámonos, aunque me maten.

Es que al mirar esa situación, esas cosas, es algo muy duro, y ella me dice "bueno, usted me dice que nos vamos, yo quiero irme, pero usted no se puede ir pa allá, no se puede hacer eso, tratemos de hacer, de salir adelante."

La gente piensa cosas porque de pronto hay mucha gente que habla mal, ¿me entiende? Porque hemos visto cosas por mensaje, la gente habla súper mal. Mucha gente piensa que nosotros estamos aquí porque queremos. "¡Ah, no pues! Me voy pal Ecuador y voy a relajarme, voy a estar allá y voy a hacerles estorbo a los ecuatorianos." ¡No! O sea, sinceramente, nosotros no estamos aquí porque queramos estar aquí en el Ecuador o porque en el Ecuador hay dólar y todas esas cosas. Ellos hablan de que nosotros venimos a llevarnos los dólares ¡no es así, no es así!

Nosotros venimos es sinceramente porque es para salvaguardar nuestra vida ¿sí me entiende? Venimos por nuestros niños, es muy duro estar uno con sus hijos pequeños y que lo maten a uno, 'mano, y ellos queden por ahí pasando trabajo. Por ejemplo, en mi caso, yo me crie sin papá, a mi papá lo mataron cuando yo tenía tres meses de nacido, y siempre pienso en esas cosas, que es duro, a veces por lo menos yo me hago el duro, y a uno le hace falta su papá, le hace mucha falta a uno.

Entonces, esa es una de las cosas que a uno le toca, y pues lastimosamente uno sin dinero, sin nada, le toca pegar para la parte más cercana donde alcance algo de dinero ¿sí me entiende? Entonces, vuelvo y digo: no es que nosotros vinimos aquí a llevarnos los dólares, o porque vinimos a estar aquí. No es eso, sino que la situación lo obliga a uno a emigrar para acá. Nosotros, el grupo que estamos aquí en esta situación, que estamos más de tres meses en esta situación, que ya la mayoría de las personas la conocen, nosotros queremos es salir del

país a Europa, Canadá, una parte para poder estar tranquilos, andar en la calle, caminar sin ningún miedo, sin estar volteando a ver hacia atrás, sino caminar tranquilo. Nosotros no somos personas malas, no somos victimarios, nosotros somos víctimas del conflicto armado ¡somos víctimas!



LEIDI

Somos de color negro

Yo soy colombiana. Soy de la ciudad de Buenaventura, del puerto. Allá, yo era muy feliz con mi familia, tenía una vida muy tranquila, era independiente...siempre he sido independiente. Todo lo que yo quise, gracias a Dios lo tuve. Primero tuve una boutique de ropa, luego de eso me puse un restaurante y vivía tranquila, todo lo que yo quería lo compraba.

Siempre he sido madre y padre para mi hija. Una madre muy independiente, y ayudaba mucho a mi mamá. Yo lo hacía, pero por problemas que tuve allá con los grupos armados, ¡me fui! Con mi hermana, me tocó presenciar la muerte de tres sujetos. La persona que le disparó a los tres... pues obviamente amenazó a mi hermana porque yo alcancé a salir de la tienda cuando dispararon. Entonces, el sujeto se acercó a mi hermana porque ella quedó en shock, y le dijo a ella que no había visto nada, que si ella hablaba la podía matar y la desmembraba. Porque pues allá en Buenaventura hay muchas casas de pique. Y a una le ha tocado escuchar y presenciar otras muertes, ¿me entiende? Pero una no se puede meter porque usted sabe que esa gente prácticamente son los dueños del pueblo allá, son los que mandan.

Eso pasó y nos tocó venirnos para acá para Ecuador. Me vine primero yo porque un amigo me habló de Ecuador, me mandó el pasaje y yo me vine. Ya al mes le mandé el pasaje a mi hermana para que ella se viniera porque ella estaba traumatizada, y pues tratamos acá de llevar una vida normal, pero la verdad ha sido bastante complicada por la sobrevivencia aquí en Ecuador.

Para empezar a tener una nueva vida tuve que...tuvimos que... vendíamos papa rellena, arroz con pollo, vendíamos comida para sustentarnos y pagar el arriendo, y difícilmente aquí nos arriendan porque como somos... eh... porque no somos de aquí, por eso no nos arriendan, y porque somos de color negro también, entonces siempre se ve la discriminación aquí en Ecuador y ha sido difícil, la verdad.

Un día estábamos vendiendo las papas, papas rellenas con mi hermana en el parque de El Ejido cuando de repente vimos a uno de los sujetos que pertenecían a los grupos armados de allá de Buenaventura. Él nos vio, pensamos que no nos había reconocido, pero sí, sí nos reconoció y trató de perseguirnos. Entonces, cuando fue así, nosotras nos asustamos y caminamos rápido, él empezó a seguirnos y nosotras cogimos un bus cualquiera. Después de que cogimos el bus, cogimos también un taxi para que nos llevara a la casa, pero era en son de despistarle a él para que no nos pudiera encontrar.

Al cabo de todo eso fuimos a ACNUR para preguntar por qué no nos habían llamado, nos habían dicho que nos iban a dar la cita, pero ella [la funcionaria] no nos dio la cita. Entonces, a partir de eso nos vinimos al plantón. Estuvimos un mes y cuatro días llevando frío, pasando por algunos días necesidades, hambre...



SERVANDO

Por ser negros

Soy colombiano, tengo una familia numerosa. Siempre en Colombia trabajaba como guardia en diferentes empresas de seguridad privada. Después de cierto tiempo, me quedé sin trabajo en Cali y volví a Buenaventura, mi pueblo natal, a trabajar en la pesca, pero como a los cinco días de haber llegado a Buenaventura me contactaron grupos al margen de la ley para que trabajara con ellos. Yo les dije que no, que yo no era capaz de hacerle daño a nadie, que yo era un hombre de bien ante la sociedad. Entonces me dijeron que si no trabajaba con ellos, era del otro bando.

Un primero de julio, se metieron a mi residencia estando yo con mi familia y me sacaron ahí en frente de ellos. Mi familia gritaba y no podían hacer nada ante ese grupo de bandidos al margen de la ley. Andaban armados, me subieron a una camioneta y me llevaron pa' una parte que se llama el Olímpico, en Buenaventura. El Olímpico es una parte donde hay selva, aguas, mareas, allá se les dicen esteros. Me llevaron allá y allá me amarraron en una silla. A mi alrededor había unos plásticos tendidos en el piso y un poco de armas blancas: segueta, motosierra, cuchillos. Eso fue en el 2014, en ese tiempo en Colombia existían las casas de pique, donde a la gente la picaban coyuntura por coyuntura, la desmembraban.

Todos esos bandidos al margen de la ley actúan cuando el jefe les da la orden. Entonces, ellos esperaban la orden del jefe para picarme. Mientras esperaban esa orden, empezaron a torturarme, me pegaron una puñalada en la pierna izquierda y en los dedos. Me cortaron estos dedos de aquí, por eso me quedaron así. Me cortaron aquí y aquí, y esto antes me cogía el tendón, por eso el dedo me quedó así.

En Buenaventura hay muchas casas de madera. Cuando me estaban sacando de la casa, una señora miró que me estaban metiendo a la camioneta, entonces llamó a la policía –en Colombia se le dice la motorizada–, y la motorizada trabaja en conjunto con esos bandidos. Entonces la policía llegó al sitio dando tiros al aire, los bandidos se escondieron monte adentro y yo empecé a gritar. La policía me rescató de madrugada, saqué ropa y me fui para Cali.

Mi familia quedó ahí, angustiada y preocupada. Me fui para Cali y allí ya me hice las curaciones de los dedos, la pierna, y empecé a trabajar nuevamente en esa ciudad. Un día cualquiera en Cali me entra una llamada a mi teléfono y me dicen: "Hola, paisano de hace cuatro años, que si no fue en Buenaventura, aquí en Cali sí te vamos a matar."

Yo trabajaba en una empresa de seguridad privada. Cuando oigo esa llamada me pongo nervioso y digo "¡Qué pasó, me localizó esa gente! Y un domingo por la mañana –yo vivía por los lados del estadio, San Fernando, nuevo Cali– salgo yo de donde vivía y encuentro un sobre en el antejardín que decía: "Negro HP –o sea hijo de puta–, aquí sí te localizamos, sabemos dónde vives, dónde estás, de esta no te vas a escapar." Cuando yo leo ese sobre me dirijo a la empresa y digo que necesito la renuncia. Mi jefe me dice que por qué motivos, porque supuestamente yo era un buen vigilante. Entonces yo les digo que mejor me voy porque tengo problemas y mi vida está en peligro, pero no les di más explicaciones. Ellos me recibieron la carta que hice por escrito y me dijeron que a los 15 días me pagaban mi liquidación.

Esperé como un mes allá en Cali. Apenas me pagaron la liquidación me vine pa'cá, pa' Ecuador, a pedir el asilo. Llego aquí a Ecuador, solicito el refugio aquí, hago los trámites y empieza mi proceso. Pero en todo ese proceso he sufrido bastante discriminación y xenofobia por ser negro. He sufrido bastante maltrato físico, me han escupido, me han dicho "negro hijo de puta, ándate pa' tu país. ¿Qué venís a buscar acá? Ustedes han venido a quitarnos el bocado a nosotros acá."

Cuando yo llego acá, aquí a Quito, Ecuador, me encuentro con un grupo de colombianos, también con el mismo proceso de refugio

aquí. Con ellos formamos un grupito como de unas veinte familias. A todas las entidades andábamos con ellos pidiendo comida, que ropita, que colchones, cosas así. Supuestamente, la entidad que nos protege es ACNUR, pero nos tiró a la calle, nos puso a mendigar vendiendo dulces en los carros, en los semáforos, limpiando vidrios.

Un día cualquiera andábamos con ese grupo de colombianos también refugiados aquí, y a una de las compañeras le llega un escrito por debajo de las puertas... corrijo, un sobre, un sobre. En el sobre estábamos todos los del grupo y teníamos un círculo en la cabeza. A eso en Colombia se le dice objetivo militar. Como a las diez de la mañana, le llega un audio a ella y en ese audio dice...le dicen un poco de palabras groseras, "hijueputa, perra, ya te localizamos a vos y a todo tu grupo con el que andas, y ya sabemos ustedes dónde se mantienen."

Mejor dicho, se formó una odisea. Nosotros hicimos lo pertinente y fuimos pa'l HIAS. Comentamos en HIAS la situación y nos dijeron que no podían colocarnos un policía a cada uno de nosotros. De ahí nos dirigimos a ACNUR, y ACNUR nos dijo lo mismo, que ellos no tienen cómo colocarnos un policía a cada uno de nosotros. Nos dieron un mes de arriendo para que cada uno cambiáramos de barrio. Salíamos a buscar arriendo de casas. Si un rótulo decía "Se arrienda cuarto", apenas tocábamos la puerta y los dueños de casa salían, nos veían y decían: "No, no, no". O sea, no nos arrendaban porque nosotros éramos negros, por ser negros.

Lo que pasa es que todo mundo sabe que las fronteras están abiertas y los narcotraficantes y grupos al margen de la ley operan aquí, claro, como es frontera abierta, la gente entra, sale. Si usted va pa' la Marín, pa'l parque el Ejido, usted allá se aterriza de ver toda la droga, la corrupción que hay en esos parques, que son los parques donde hay más movimiento de personal y toda esa gente a la que nosotros hemos denunciado, porque nosotros hemos salido por la televisión, por el noticiero y ya toda esa gente saben que estamos aquí y a más de uno, a mí no, pero a más de uno lo han ubicado aquí y la gente está asustada. Nosotros somos víctimas del conflicto armado de Colombia después de 55 años. No podemos ir pa' Colombia, porque nos matan.



CIPRIÁN

Las casas de pique no son ficción

En Colombia, siempre compartía con los amigos, chévere, una vida bien formal. Soy único hijo, siempre me mantenía bien, ¿sí me entiende? No alcancé a estudiar del todo, pero siempre solía trabajar, pa' qué, o sea, siempre fue chévere la vida, no había complicaciones de nada, siempre estaba todo ahí, camellaba, de aquí pa allá, de allá pa acá, en fin. Y pues de cierto tiempo pa'cá todo cambió.

Un día salí de trabajar y cuando llegué a la casa todo ya había cambiado. Grupos al margen de la ley se habían tomado todo porque se habían robado ciertas cosas. Yo voy llegando y a todos los chicos del barrio los habían cogido, nos tomaron y nos metieron al fondo de una casa, al fondo del barrio, pues. Nos metieron en una casa y yo que llego allá voy viendo machetes, machetes y sangre, ¿sí me entiende? Tripas...o sea, nos habían metido en una casa de pique.

Había dos chicos tirados ahí y dos amarrados. Me decían a mí que yo tenía que saber quién se había robado las cosas, y yo les decía que no sabía nada, que no sabía nada de nada. Entonces, que me iba a morir... "¡Sí, te vamos a matar, te vamos a matar, vos tenés que saber, habla, habla!" Pero yo les decía "¿de qué les hablo, si no sé nada, no sé nada! ¿de qué me habla?" Y como yo veía a esos dos chicos ahí ya desmembrados, dos personas desmembradas ahí y más los dos que tenían amarrados, guindados dándoles golpes, tablas, de todo...

Entonces ellos echaron por un hueco. Y en eso me iban amarrar, ya me iban a amordazar y todo, y pues por ahí me pude escabullir, me tiré al agua, nadé, nadé, nadé. Salí a dos barrios más nadando. Mientras yo me tiré al agua ellos me disparaban: prum, prum, prum... yo escuchaba los tiros debajo del agua. Cuando salí de allá, llamé a la

mujer y le dije, "mami venga, recoja lo que más pueda y véngase" y me dice ella que no va a venir para acá, que hay una balacera. Y le digo yo, "mami, ese era yo, que me estaban haciendo los tiros a mí, ese era yo que me estaban haciendo los tiros, me iban a matar, me iban a picar", le digo yo a ella. Recogió lo que más pudo y yo ya la estaba esperando en el terminal.

Cogimos hacia Cali y ahí nos quedamos dos días. Pero el miedo, me sentía inseguro, y le decía, "mami yo no sé pa' dónde nos vamos a ir, vámonos lejos, lejos, lejos, hasta la punta de una frontera". Ella me dijo, "papi, lo que sea, yo lo apoyo." Nos fuimos hasta la frontera, no sabíamos qué hacer y pensábamos que para pasar se necesitaba pasaporte, todo eso, y me dijeron que no, que solamente con la cédula uno podía pasar al Ecuador. Intenté y pues llegué aquí al Ecuador. Me sentía como en una persecución, que en cualquier momento pasaría algo, también había gente de Buenaventura, todo eso...

La xenofobia que uno vive aquí, maltrato, racismo, todo eso lo acompleja mucho a uno aquí. Duramos como 15 días en la calle, vagando, durmiendo en los parques. Un señor se acercó y nos dijo, "¿ustedes de dónde son?" Somos colombianos. –"Vengan, yo los acompaño, acá hay una vaina donde los pueden ayudar". Ahí fue que nos llevaron al ACNUR, HIAS, todo eso.

Desde entonces no he vuelto a mi país. Se me fue mi pareja, se me llevó la niña, desde ahí he quedado acá solo, he estado solo acá, ya llevo cinco años, llevo cinco años acá solo luchando, vagueando, subiendo y bajando. A lo primero que llegué aquí, siempre salía a la calle y las personas iban con sus bolsos o algo, cogían y lo apretaban, lo amarraban como pensando que uno los iba a robar o hacerles algo. Hay veces que le gritan a uno: "¡váyanse pa su país! ¿Qué hacen aquí? ¡devuélvanse!" ¿Sí me entiende? Y en muchas cosas también lo tratan mal a uno, así, más que todo por el color de piel, mucho más.

Canto en los buses, hay veces que vendía papa rellena, salía a vender papas rellenas o chaulafán. Hay veces que uno por ser extranjero uno decide trabajar, pero como uno no tiene papeles quieren abusar, quieren pagarle lo que les da la gana, obvio, da rabia, pero uno, ¿qué puede hacer? Uno en ese entonces no tiene papeles,

nada de eso, ¿sí me entiende? Y pues como uno es de color pueden pensar que uno está agrediendo o haciendo algo. O sea, uno, como sea, tiene las de perder.

La última vez, me apuñalaron aquí y ahora último aquí, estando aquí, vea esta reciente y aquí vea. Estando aquí en territorio ecuatoriano. Esto lo fui a denunciar a la ACNUR una vez, nunca me escucharon. Intenté denunciar pero no se pudo porque me pedían que tenía que saber el nombre de los agresores, que una vaina y la otra, que yo sin saber a quién voy a demandar, que tengo que...o sea la persona que lo va a atacar a uno, nunca se sabe, ¿sí me entiende?

De Quito me tocó irme a Guayaquil, y de Guayaquil a Salinas, a quedarme dos años por allá, vagueando sin nada que hacer, sin trabajo, comer de la basura y así sucesivamente sobrevivir. Hasta que me decidí y me tocó venirme acá porque allá la vida es más dura, es más dura, mucho más dura. Y así he tratado de sobrevivir.



ABELARDO

Hoy sé que eso era el Darién

Quiero compartir mi testimonio con ustedes. En el año 2000, asesinaron a mis hermanos. Me mataron a dos hermanos, primero uno y, al mes, el otro. Eso trajo dolor y mucha inestabilidad a nuestro hogar. Yo todavía estaba con mis padres, en la casa materna, cuando sucedió eso. Estaba al pie de coger una relación, ya tenía dos hijos, aún no llegaba el tercero.

En ese entonces no fue mucho lo que yo pude conocer como un hogar con tranquilidad. Debido a la muerte de mis hermanos, era mucho lo que sentía, lo que sentíamos todos. Miedo, preocupación, mientras me libraba de varios intentos de que me asesinaran. Por eso, me tocó salir huyendo hacia el país de Panamá, de donde tuve que salir por el lado del Golfo de Urabá. Solo hoy me doy cuenta de que eso fue el Darién, como le dicen en estos tiempos. Cuando pasé por el Darién allí estuve al borde de la muerte. Llegué allá después de tanto sacrificio... conocí a personas de muchos lugares y luché con ellas. Eran de varios países de África igual que cubanos, haitianos y de países muy lejanos, europeos y hasta hindúes. Yo caminé con hindúes. Así me tocó esa lucha. Llegando a Panamá por fin, un grupo de africanos estuvo cerca de asesinarme, pero también me salvé.

En migración en Panamá me tomaron y me llevaron a una especie de albergue. Solo había un punto de migración antes de devolver a la gente a sus países. Eran personas con mucho pasado, habían vivido mucho. Yo solo venía huyendo de la violencia, no tenía nadie. Solicité que me ayudaran, pero no me ayudaron.

Cuando migración lo toma a uno, es como si todos fuéramos malos por ser indocumentados o por estar ahí. Allí hay dos opciones: le meten a uno a un pago de mil y algo de dólares o la deportación. Yo, sin tener nada, tome la decisión de la deportación, aunque no fuera conveniente para mí. Siempre me ha tocado tomar decisiones duras porque para los gobiernos todo es dinero, antes que mirar la situación de cada migrante. Yo he andado muy solo en mi proceso de migración. Ahora ando todavía luchando, siempre solo. No he podido lograr mi objetivo, pero espero que cuando sea la voluntad de dios pueda llegar a un lugar donde esté bien.

Son 22 años fuera de mi país. La resignación es lo que me ayuda, también cuando veo una familia junta, una pareja, y siento nostalgia. Cuando me deportaron de Panamá, me dejaron en Bogotá. Tuve que moverme por distintos municipios por largo tiempo para que no me encontraran.

Llegué a Ecuador luego de tratar de rehacer mi vida con una joven con la que nos conocíamos desde niños. Ella falleció, y de nuevo me tocó dejar todo lo que había construido al volver. Me fui para pedirle al gobierno de Ecuador que me protegiera porque mi vida corría peligro en Colombia. Pero en Ecuador no me brindaron garantías de seguridad como refugiado. Indagando, encontré al colectivo de familias inconformes con el trato de Ecuador. Comenzamos a pensar en ideas de cómo reclamar nuestros derechos, hasta que nos dimos cuenta de que nunca fue como lo pensamos. Los gobiernos no eran protectores de los derechos humanos, como se publica ante el mundo. Nos dejaron solos.

Como un día se los dije, compañeros, amigos. Ustedes han sido tan especiales para mí, he andado de un lado a otro, luchando. Sigo luchando hasta lograr mi objetivo. Esto ha sido un sufrimiento entre mi juventud y mi adultez, muy largo. Lo único que me ha ayudado a tener valor para seguir a delante ha sido la resignación, y comprender por medio de la palabra de dios y su evangelio que no todos llegamos a este mundo de la misma manera.



DIANA

Vimos el infierno

Redactar estas palabras en estos momentos para mí es como una esperanza. Lo digo así porque después de ser amenazados, desplazados, victimizados en mi país y en el país garante de mi refugio, Ecuador, estar vivos es un milagro. Mi nombre es Diana, soy colombiana, víctima del conflicto armado de Colombia. Mis padres tenían una finca en el Municipio de Algeciras, Huila, en el corregimiento El Paraíso. Allí vivíamos, en esta zona conocida como zona roja, porque allí se encontraba la columna móvil Teófilo Forero de las FARC, donde este grupo ejerció dominio y control del territorio.

Por el año 2005, se desató allí una ola de violencia donde hubo muchos homicidios, amenazas y desplazamiento forzado, así como reclutamiento forzado a los jóvenes para que hicieran parte de las filas de los grupos que mencioné. Allí, desafortunadamente, fuimos víctimas, por precautelar nuestras vidas salimos de allí. Este municipio ha vivido el conflicto armado por décadas. A raíz de esto, me separé de mi familia, mis padres lo perdieron todo y, por las amenazas de muerte que había recibido mi esposo, decidimos dejar el país.

Llegamos a Quito, Ecuador, donde solicitamos refugio. Allí vivimos 13 años de tranquilidad y paz, llevamos una cotidianidad como cualquier ecuatoriano. Trabajábamos y montamos un negocio propio donde ayudamos a algunos ecuatorianos con trabajo, estábamos bien. Las entidades que ayudan a refugiados nos conocían. Recibimos ayuda de ellos: mercado, asistencia a cursos, el servicio de refugiados nos ayudó con emprendimientos. Tanto así, que por estar en este ir y venir me relacioné con diferentes grupos de personas, asistí a la escuela de ciudadanía que daba el Servicio Jesuita para Refugiados.

Tengo un hijo que es ecuatoriano, lo digo para que entiendan que teníamos una vida formada y establecida en Quito. Cierta día, de una de esas entidades que ayudan a refugiados nos preguntaron si podíamos colaborar con un video acerca de los colombianos que vivían en el Ecuador; dijimos que sí. No vimos ningún problema porque ya lo habíamos hecho en otras entidades, pero ese fue nuestro error, ahí empezó nuestra pesadilla. Otra vez hicimos con la entidad de servicio a refugiados el video en el cual salía mi esposo. Lo subieron a redes sociales y a diferentes páginas de internet, no sé por qué, pero lo transmitían en los diferentes albergues de Quito para mostrar su "éxito". Por este video, nuestros perseguidores reconocieron a mi esposo, se dieron cuenta de dónde nos encontrábamos. Empezaron las amenazas, nos tocó dejar todo otra vez, cerrar de repente el negocio.

La verdad es que nos confiamos, no creímos que después de tanto tiempo, tantos años, fuéramos a sufrir lo mismo. Pusimos nuestro caso en Fiscalía en Ecuador, pero no pasó nada. Acudimos ante el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, contamos por lo que estábamos pasando, llevamos pruebas de las denuncias, las amenazas, pero tampoco nos ayudaron. Parecía que no nos habían creído. Yo venía hablando con un grupo de colombianos en la misma condición que nosotros, en riesgo y peligrosidad, así que decidimos hacer un plantón a las afueras de las instalaciones de ACNUR donde terminamos viviendo, porque no teníamos dónde ir. Éramos treinta y dos familias con niños, personas adultas, solicitando que ACNUR y las entidades competentes nos ayudaran con el reasentamiento, ya que en el país donde nos encontrábamos no teníamos seguridad, nuestras vidas estaban en peligro. ACNUR podía hacer eso estudiando nuestros casos, verificando las pruebas, pero nunca hizo nada.

Formamos un campamento con plásticos. Ahí dormíamos en las noches y nos refugiábamos del frío. Algunas personas buenas de corazón nos daban alimentos, ropa, cobijas. Esta ayuda era de personas que pasaban por allí y nos veían en esta situación, porque de ACNUR nunca recibimos nada, sólo cuando nos mandaban a la policía antidisturbios, nos maltrataban y trataban de sacarnos. Allí estuvimos dos meses y algo. De madrugada, la policía levantó nuestro campamento. Aclaro que hicieron esa intervención de madrugada.

Esto, según la ley, esto no se podía hacer. Recogieron nuestras cosas y nunca nos la devolvieron. Fuimos engañados, nos llevaron a unos hoteles por ocho días, argumentando que esos ocho días durante los que íbamos a estar ahí, que eso era para preparar pasaportes, papeles que íbamos a necesitar. Pero no lo hicieron. Pasaron los ocho días en el hotel y lo que nos habían prometido nunca pasó. Quedamos en la calle. ACNUR se deshizo de nosotros, por decirlo así.

Al vernos en la calle engañados y sin saber qué hacer decidimos protestar en las instalaciones de la plataforma gubernamental Quitumbe. Como era de esperar, llegaron los policías antidisturbios. Nadie nos escuchó ese día, así que pasamos la noche ahí. Al otro día, entidades del municipio llegaron y nos trasladaron a los albergues de la Policía Metropolitana, activistas cercanas nos ayudaron a ubicar ese espacio tras una mesa de diálogo con el Consejo de Protección de Derechos de la ciudad, que no sirvió. Allí duramos un mes. ACNUR trató de negociar con las familias refugiadas, pero nos ofrecían algo precario que ninguno aceptó. A la final no llegamos a ningún acuerdo y también fuimos desalojados de los albergues sin saber qué hacer.

Nos fuimos. Nuestro siguiente intento fue buscar amparo en la Iglesia Santa Teresita de Quito, en La Mariscal. Lo hicimos creyendo que por ser iglesia, católicos, nos ayudarían, por lo menos se solidarizarían y nos servirían como esperanza. Pero no. Fue más opresión y humillación. Lo más cruel fue que el sacerdote de esa iglesia era colombiano. Luego, nuestros compañeros ecuatorianos pidieron ayuda de nuevo, así que nos mandaron para las instalaciones de una escuela de Fe y Alegría, en el barrio Solanda. Ahí conocimos a otro compañero, Túpac, gran persona, humanitario, líder. Fue muy solidario con nosotros. Pero se nos cumplió el tiempo allí. Durante la estadía en la escuela, sentimos que nos olvidaron, así que nos volvimos a pronunciar. Hacíamos manifestaciones al frente del Palacio de Carondelet, pero todo fue en vano. El gobierno tiraba la pelota a ACNUR y ACNUR al gobierno. Se nos cumplió el tiempo en que podíamos permanecer en la escuela.

Desesperados, sin ninguna respuesta de parte de las instituciones encargadas, nos vimos otra vez en la calle. El grupo de familias que seguíamos en esta lucha decidimos jugárnosla toda,

nos plantamos en las afueras de Cancillería del Ecuador. Esto fue el detonante de nuestro fracaso. Ese día llegó la policía UMO tras una reunión fallida en un jardín de Cancillería, por poco nos reciben en la calle. Los policías entraron con todas sus fuerzas, con gases lacrimógenos, atacando a mujeres, niños y, por supuesto, a nuestros esposos, a hombres que estaban al frente de la cadena humana que habíamos hecho. Nada nos favoreció. Esa noche, vimos el infierno.

Nuestra fuerza y nuestras ganas de seguir estaban por el piso. Nos dimos cuenta de que nos habían derrotado, habíamos perdido. Estábamos luchando contra una corrupción muy grande, contra una maquinaria poderosa y fuerte. Después de esto, pasamos una semana en el parque El Ejido sin bañarnos, sin útiles de aseo, ropa, nada, sólo con la ropa que teníamos puesta, ya que en la protesta en Cancillería nos habían quitado todo. Estábamos sin fuerzas y derrotados. Decidimos desistir y nos dividimos por nuestra seguridad, porque también allí estábamos en peligro, ya no solamente por aquellos que nos perseguían desde Colombia, sino también por las entidades y ley en Ecuador.

Un grupo de familias se fue para la Guyana Francesa, no he vuelto a saber nada de ellos. A otros nos tocó devolverse para Colombia, a pesar de estar nuestras vidas en peligro, pero no tenemos para dónde ir y pues...la verdad, este es nuestro país. Eso sí, nos fuimos lejos de los departamentos donde tuvimos el percance y el desplazamiento. Algunos se fueron para Bogotá, sé que algunos están bien, sus familias unidas y trabajando, como la de V., que está en Bogotá con su hijo. Ella trabaja en una casa de familia como interna, y él en el aeropuerto. Nuestro compañero O. vive también en Bogotá, de albergue en albergue, rogando y esperando que la Unidad de Víctimas le pague la indemnización que le han prometido por años para así lograr sus sueños. De Y., sé que su esposo C, la dejó sola con sus tres niños. Ella estuvo un tiempo con su familia, y la familia la ayudó para que se fuera para Estados Unidos. Gracias a dios, está allá con sus tres niños. Pasó por el hueco y ahora está trabajando en una fábrica donde hacen papas fritas.

Lo triste de esta historia es que fallecieron dos compañeros muy recordados y queridos en el grupo. Uno de ellos, A., era uno de

los voceros. Murió en Brasil de cáncer. Al otro era lo llamábamos el Tío. Le decíamos así de cariño porque era una de las personas de más edad del grupo. Era alegre, dicharachero... murió de una enfermedad en los pulmones, en Chile. Otros, con sus esfuerzos, han cumplido sus sueños. Algunos se fueron para Europa y otros para Nueva York. Y pues, mi esposo, mi hijo y yo luchando, trabajando, tratando de sobrevivir el día a día con esperanzas, sueños y anhelos, con el sueño de que un día tengamos una vida tranquila y sin miedos en todo.

Al colectivo Corredores Migratorios lo he querido dejar para lo último. Sin estas tres personas que conocimos, que forman este grupo de periodistas, sin ellos todo este tiempo que estuvimos en la calle, en la lucha por nuestros derechos, habría sido más difícil. Fueron incondicionales con el grupo de familias estuvieron pendientes de que de lo que nos pasaba, nos calmaron hambre, frío, nos alentaban, sabíamos que podíamos contar con ellos. Nos ayudaron en todo lo que estaba a su alcance. Nunca nos dejaron desamparados. Quiero transmitir mis mejores deseos, agradecimientos a ellos por tanto apoyo durante todo este tiempo. Gracias por su entrega, por su trabajo, por sus lágrimas, que también derramaron con nosotros. Gracias por su esfuerzo para que nuestra lucha no fuera en vano. Para mí y mi familia significan mucho. Gracias a todas las personas y colectivos que nos ayudaron y aportaron. Los queremos mucho, muchas bendiciones.

FOTOGRAFÍA DOCUMENTAL

Entre las expresiones documentales en este libro –la poesía, la crónica, el ensayo, la intervención en primera persona–, la fotografía es particularmente relevante. Esta selección presenta dos trabajos. El primero corresponde a *Memoria Caminante de Venezuela. Archivos del retorno*, coordinado por Josep Vecino y con aportes de Lola Parreño, David Gustafsson y Juan Diego Montenegro, quienes salieron a fotografiar el retorno de miles de caminantes desde Ecuador a su país durante los primeros meses de covid-19. En las ciudades vacías, la gente que no podía confinarse por no tener techo o porque generaba su ingreso diario en la calle se veía en una situación de enorme precariedad.

El segundo trabajo, de Josep Vecino, muestra a Azuay, donde todo está hecho de migración. La primera imagen es de la capilla del Niño de Praga, en Cuenca, museo de la memoria migrante hecho de miles de exvotos con pedidos y agradecimientos por llegar con vida a Estados Unidos. Las otras imágenes corresponden a la celebración de las fiestas de Girón y el Día de los Muertos 2021. La migración, la ausencia, el reencuentro, se conmemoran con el viaje de alcaldesas y alcaldes de fiesta que financian con su trabajo en Estados Unidos los honores al Señor del Girón. La misa en el cementerio esa noche incluía, por ejemplo, una oración con un migrante en la frontera secuestrado por narcos. A través de las plegarias migrantes se puede conocer cómo son los viajes y las vicisitudes de quienes los emprenden. La fotografía final es un retrato de la Niña Loa, figura de las fiestas. Fue entrevistada por nosotros en inglés: la migración azuaya forja familias, identidades y comunidades transnacionales y plurilingües. La oración al Señor de Girón dice: “Si me ves migrando, guíame hasta la meta.”





























COMER
MORA QU



REPORTES

¿Hasta dónde hay que huir para dejar de ser víctima de esta violencia sin fin?



CORREDORES MIGRATORIOS

No cesa la horrible noche

En el campamento que se ha improvisado fuera de la agencia de ACNUR en Quito, en la calle Whymper, cerca de 100 personas de origen nacional colombiano entre mujeres, bebés, niños, jóvenes y hombres. Están demandando protección internacional porque la violencia les ha seguido hasta Ecuador. En este país, el conflicto aún está oculto. No se sabe que las personas refugiadas pueden sufrir persecución en los semáforos de Quito, que los vienen a buscar hasta acá bandas criminales, grupos paramilitares o ex guerrillas. Que llegar a este país no es garantía de nada pues la guerra en Colombia no ha terminado, mucho menos para las personas en situación de refugio

En Quito, hay una protesta social afuera de ACNUR, la Agencia de la ONU para Refugiados, hace ya semanas. En el barrio residencial de la calle Whymper se asienta un grupo de personas en peligro de muerte. "Estamos bajo amenaza." Su protesta social permanente reclama que los gobiernos involucrados, Ecuador y Colombia, y ACNUR, les destinen a un tercer país. Colombia les ha dicho que ya no es problema suyo si deciden irse. Están en grave situación de abandono.

Nos dicen:

Demandamos protección internacional porque somos víctimas del conflicto armado. La amenaza que se cierne sobre nosotrxs proviene de Sinaloa, de las FARC, de ELN, de los Urabeños. Fuera de este campamento en la calle, nuestra vida corre peligro, no podemos irnos. Entre nosotras hay mujeres secuestradas y violadas, hemos vivido algo que nadie puede imaginarse. Tenemos familias enteras desaparecidas. Y cuando vinimos a protestar, vino la policía antidisturbios. Aquí en la Whymper le echaron gas pimienta hasta a un bebé de siete meses. ¿Quién llamó a la policía? Por eso nos encadenamos aquí, no podemos irnos porque nos van a matar, tienen que enviarnos a un tercer país.

Los recursos para personas refugiadas, la dimensión de la violencia que viven, la guerra colombiana en Ecuador: no conocemos esta realidad, pero tenemos que nombrarla, narrarla y verla. Está explotando. Las personas refugiadas no se han ido por elección propia, huyen de la violencia, de los secuestros de sus hijos, de la violación, del tráfico forzado de drogas. Y cuando logran huir, se ven sin derecho a la educación ni a la salud; no consiguen trabajo por el racismo y la xenofobia, quedan en limbos que le costarían la vida a cualquiera.

Claudia, Ingrid, Mónica, dan sus testimonios en espera de ser escuchadas y de que quienes vamos a hablar con ellas podamos hacer pública su denuncia. Claudia fue parte de la Mesas de Víctimas en Colombia y hoy forma parte de la organización que este grupo representa: FICOEX, Fundación de Colombianos en el Exterior: "La tarjeta de refugio cuesta \$25. Cuando llegamos, recibimos \$60 y con eso nos vamos a dormir a un cuarto hasta 10 personas. No hemos sabido del embajador aquí, pero a las personas con refugio no nos llegan los fondos."

La violencia del conflicto colombiano no conoce fronteras. Quienes la han vivido y se han visto en la urgencia de irse y refugiarse en Ecuador experimentan nuevamente violencias sistemáticas del Estado. Mujeres líderes de procesos comunitarios, defensoras de derechos humanos, dirigentes sociales, ya no pueden vivir en Colombia. Nos preguntamos qué protección reciben, cuál es la función de ACNUR y por qué interpelan a la agencia, por qué no responden entidades como Cancillería.

Las familias refugiadas tienen que renovar la visa de protección internacional cada tres meses al verse abandonadas por el Estado colombiano, lo cual refleja también que el conflicto ha desbordado sus límites formales e informales: no hay manera de contenerlo. ¿A qué podemos apelar en una situación así? ¿A la solidaridad latinoamericana, a la condición migrante de nuestros países? Es claro que el conflicto colombiano afecta a toda la región de todas las maneras posibles, expulsa permanentemente a miles de personas y provoca muerte de forma masiva dentro y fuera del país. Las mujeres con las que hablamos son contundentes: salimos de Ecuador hacia un tercer país o saldremos entre cuatro tablas si nos alcanza la muerte.

¿Hasta dónde hay que huir para dejar de ser víctima de esta violencia sin fin?

Mientras hablamos con ellas, las mujeres organizan al grupo para cantar el himno nacional de su país. "Cesó la horrible noche", dice uno de sus versos. Pero esa noche nunca cesa en Colombia. En donde esté una persona colombiana, sabe que su sueño no será tranquilo, que su vida estará en vilo por largo tiempo, y que esa sensación de incertidumbre se le planta en cualquier lugar donde esté. Cada vez más, somos esa horrible noche que no cesa. Pero el campamento sigue en pie.

Estas personas requieren de solidaridad; pañales, cobijas, comida, ropa para bebés, etc. Pueden depositar directamente en el campamento frente a las oficinas de ACNUR (Whymper 28-39 y Francisco de Orellana).

CORREDORES MIGRATORIOS

Abdou, de Senegal a Ceuta

Las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla pertenecen a España. Fueron “adquisiciones” estratégicas pues se encuentran en el estrecho de Gibraltar, al sur del Mediterráneo, y eran necesarias para protegerse de la piratería. Situadas en el actual Marruecos, ambas ciudades vivieron sin embargo de espaldas a África, como suele decirse, y se poblaron en cambio de hombres desterrados de España, militares castigados, presidiarios e incluso hombres revolucionarios que traían ideas emancipatorias a América.

Ceuta y Melilla fueron dos de las ciudades desde donde Francisco Franco planeó sus acciones golpistas en 1936. Las comandó desde Tetuán y Casablanca, tomando control entonces sobre territorios del protectorado español en Marruecos —ocupación española de Marruecos—, mientras ciudades como Barcelona resistían. Al ser ciudades consideradas fronterizas, Ceuta y Melilla son también fronteras de la Unión Europea, de la fortaleza contemporánea llamada Europa.

A mediados de mayo de este año, miles de personas provenientes de Marruecos cruzaron la frontera marroquí-española por Ceuta en pocos días, sobre todo entre el 17 y el 19 de mayo, primero en pateras, luego también a nado. El periodista visual Marcos Moreno, con quien Corredores Migratorios ha preparado esta colaboración, reportaba en su página web: “En los últimos dos días, unas 12.000 personas han entrado a la ciudad española de Ceuta desde Marruecos, un flujo sin precedentes.”

Uno de esos miles de personas era Abdou, el joven cuya imagen se hizo viral al recibir el abrazo de Luna, una voluntaria de Cruz Roja de España. Abdou había llegado a Marruecos desde Senegal, y se derrumbó exhausto en los brazos de Luna, sin saber, además, cómo estaba su hermano, quien también había nadado hasta allí. Abdou mira a su hermano sin aliento en la playa mientras es atendido por personal de salud. Una de las imágenes de esta galería lo muestra:

Abdou, de pie, cerca de su hermano, vistiendo una pantaloneta de color naranja, y su hermano en jeans en el suelo. Ambos intentaban cruzar la frontera e ingresar a España para ayudar a su abuela en Senegal. Abdou, de 27 años, fue devuelto a Marruecos, en donde vive hace cuatro años en una habitación para mantenerse cerca de la frontera y seguir intentando.

Esos días de mayo, se ve llegar a miles de niños y jóvenes en una migración predominantemente masculina a primera vista: hay niños de siete años sin sus padres, cruzando solos. Hay jóvenes que llegan en pequeñas balsas y otros nadan hasta la playa del Tarajal, en Ceuta, con su último aliento. Usan botellas como flotadores, intentan eludir el dique y las protecciones clavadas en el mar, lo que pone en riesgo aún mayor sus vidas. Si bien parece que esta migración fuera predominantemente masculina, las mujeres también son parte de ella, y de manera creciente. Como lo ha documentado el informe *Una vida derribando fronteras. Mujeres negroafricanas y derechos humanos en Andalucía*, de Alianza por la Solidaridad, "un 4,72% de los visados concedidos en 2018 tuvieron como titulares personas nacidas en toda África Negra, es decir solo 78.656 de 1.666.136 fueron para personas negroafricanas. De ellos, 2.862 fueron para mujeres, apenas un 0,17%, que en el 62% de los casos por motivos familiares (vinculados a una persona que ya residía en España). La minoría fueron vinculados a empleos o formación". Es decir, migrar autónomamente desde el continente africano hacia España, específicamente, siendo una mujer negra es una condena a la irregularización, el racismo y el machismo. Las mujeres negroafricanas que han migrado han llamado a esta forma de violencia "racimachismo", como reporta este informe fundamental. En la visualidad y en las narrativas de estas migraciones, las migraciones de mujeres también son invisibilizadas.

El 17, 18 y 19 de mayo, eran militares y cuerpos de seguridad del estado (guardia civil y policía nacional), además de voluntarios, quienes recibían a las personas, lo cual se muestra como una acción disuasoria. Durante la llegada de las ocho mil personas en esos días concretos y luego de los hechos, el gobierno español interpretó su cruce como una amenaza a la seguridad española y europea, que el poder político-económico de España estaba dispuesto a defender "a

cualquier precio". A su vez, la ultraderecha española calificó el cruce como una acción coordinada y calculada por Marruecos, no como una migración de personas que deciden y necesitan irse de sus hogares para sobrevivir.

Quizás esta sea una de las razones por las cuales se demonizó el abrazo entre Abdou y Luna, sexualizándolo, distorsionándolo y denigrando el apoyo a la migración la defensa de la vida de Abdou y de los miles de personas que cruzaron. Cuando se difundieron las imágenes, la historia despertó solidaridad en todo el mundo, pero al gobierno global de las migraciones le conviene convertir el desplazamiento forzado por la pobreza en un acto criminal y "calculado", y un abrazo, en un avance sexual de un hombre que llega a la costa desfalleciendo.



El 6 de febrero de 2014, quince personas murieron ahogadas en la playa de Tarajal mientras trataban de eludir el dique que separa Marruecos de Ceuta para ingresar en España. Nada menos que 56 agentes policiales les dispararon con 145 balas de goma mientras nadaban, por lo cual fueron acusados de homicidio, incluido el capitán de esa operación. El caso se archivó en 2015 y se reabrió en 2017.

A través de este trabajo fotográfico de Marcos Moreno desde Ceuta, hemos querido contextualizar aquella imagen viral, dotarla de la politicidad que merece, y sustituir la lectura humanitaria y asistencialista de esta realidad por una lectura política: la migración forzada desde África no se puede resolver considerando a quienes migran sujetos pasivos de ayuda. Su necesidad de migrar da cuenta de la desigualdad enorme entre Europa y una África aún ocupada. El gobierno español ha condenado a Marruecos por no reforzar el control de salida de su frontera y haber permitido el intento de ingreso de miles de personas, pero esto dista de ser un ataque planeado a Europa, como han dicho el gobierno español y la ultraderecha.

La migración a Europa vía Ceuta no va a detenerse. Si se sigue considerando que la única respuesta debe ser humanitaria y mínima, como hidratar a quienes llegan y devolverlos enseguida, tragedias humanas mayores se aproximan. No se trata ya de "crisis migratorias" que vienen y van, se trata de desigualdades instaladas que producen un movimiento que no puede ser criminalizado. Quienes migran no son "olas" porque no constituyen invasiones súbitas, y no son responsables de producir "crisis", por el contrario, estos desplazamientos humanos son la expresión de un orden permanente que reprime su fuerza y sus trayectorias vitales a fin de perpetuarse.

La historia de Ceuta y Melilla forma parte de la historia colonial de las Américas y de África. Si este territorio fue una prisión para quienes promovían ideas de emancipación en el continente americano, hay relaciones transatlánticas que nos conciernen y que debemos comprender en el marco de la perpetuación del poder colonial, sostenido, entre otras cosas, en la racialización de las migraciones.

Cuando los galeones imperiales españoles salían de Sevilla o Cádiz hacia las costas de Cartagena, por ejemplo, el grito de "tierra firme" desde las alturas de los mástiles anunciaba desembarcos sin prohibición. Los hombres llegaban, bajaban y tomaban la tierra. El otro extremo de las alturas donde se hallaba la cofa que mantenía en pie al vigía eran los fondos donde traficaban seres humanos esclavizados provenientes de naciones de África. Cartagena fue una de las plazas esclavistas más grandes del mundo. El poder colonial europeo asoló

África y traficó a miles de personas desde allí hasta América, siendo un gozne de muerte que unió así a los tres continentes. Abdou también pensó llegar a tierra firme, igual que los miles de personas que ya no llegan a las Américas en los galeones cuyos ancestros murieron en ellos, fueron tirados al mar o esclavizados. Sin embargo, su llegada a nado, con la fuerza de su cuerpo, viene de la historia de esos barcos enormes a quienes nadie les prohibió entrar. Los espigones en la playa del Tarajal, que hieren hoy los mares, vienen de ese tiempo profundo en donde las aguas se abrían a la modernidad para devolvernos siglos más tarde el reclamo de la Historia negroafricana. El nado de Abdou y su llegada a la costa son las aguas de la historia agitándose ante nosotros, mostrándonos ese pasado de muerte y el presente de la lucha por la vida.



*Texto de Cristina Burneo Salazar y Josep Vecino, fotografía de Marcos Moreno

TATIANA PILAY Y BELÉN VALENCIA

Trabajo de reparto, migración, cuidados y derechos laborales

Tatiana Patricia Pilay Cevallos es ecuatoriana, tiene 31 años y es mamá de 3 hijxs. Trabaja en el norte de Quito como motorizada en la aplicación de reparto de Pedidos Ya.

Belén Valencia Castro es sociólogx, feminista, ciclista y marica anticapitalista. Forma parte de Ruda Colectiva Feminista y es investigadorx del Instituto de Estudios Ecuatorianos (IEE).

En el año 2018, el trabajo de reparto¹ llega a Ecuador en medio de un escenario de retorno a políticas neoliberales, alta presencia de población migrante y refugiada enfrentándose a políticas anti-migratorias, xenofobia de la población ecuatoriana y desmantelamiento de la institucionalidad público-estatal.

En ese contexto, un estudio realizado en 2019 sobre el trabajo en plataformas en Quito muestra que al menos 54% de personas que trabajaban aquel año para aplicaciones como Uber Eats o Glovo eran venezolanas (Hidalgo et Valencia 2019)². Este dato es confirmado en el 2020 por una encuesta realizada por el Observatorio de Plataformas³, donde se ve que al menos 62% de personas que trabajan a nivel nacional para aplicaciones de reparto son venezolanas. La población migrante y refugiada que llegó en 2018 a Ecuador encontró en el trabajo de reparto una salida al desempleo, el hambre y los cambios que trae dejar tu país en búsqueda de mejores condiciones de vida.

¹Funciona a través de las plataformas digitales de reparto que juntan la oferta y la demanda del mercado. Es decir, permiten una relación laboral triangular entre: 1) las empresas que ofertan productos, 2) lxs clientes que requieren el producto, y 3) lxs trabajadorxs de reparto que serán el medio para distribuir el producto.

²Hidalgo, K. y Valencia, B. (2019): "Entre la precarización y el alivio cotidiano. Las plataformas Uber Eats y Glovo en Quito", en Friedrich Ebert Stiftung Ecuador FES – ILDIS, Disponible en: <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/quito/15671.pdf>

³ Observatorio de Plataformas [@observatorio_plataformas]. (2020). Foto: IG. Recuperado el 11 12 2020 de [instagram.com/observatorio_plataformas/](https://www.instagram.com/observatorio_plataformas/)

Muchxs de ellxs se enfrentaron trabajos remunerados precariamente, que no llegaban al salario básico ni contaban con derechos laborales. Muchxs profesionales cuyo título no es reconocido fuera de su país de origen hallaron en reparto la posibilidad de un ingreso que les permitía reproducir y sostener su vida y la de su familia, posibilidad que mermó durante el confinamiento y la pandemia covid-19.

Pero, ¿cómo funciona el trabajo de reparto? Las personas interesadas en él deben descargar las aplicaciones (Uber Eats, Rappi, Deliveroo, Indriver, etc.) en un smartphone. Además, deben tener un plan de datos que les permita conectarse a internet permanentemente, papeles de ciudadanía legalizados, Registro Único de Contribuyentes (RUC), firma electrónica y un vehículo (moto, bicicleta, auto) en el que realizar el trabajo. Tras cumplir con estos requisitos –que varían de acuerdo con los parámetros de las corporaciones dueñas de las apps– lxs trabajadorxs entran en espera. Si lo logran, están obligadxs a comprar la maleta y vestimenta necesarias para trabajar. Es la persona trabajadora quien pone los medios para realizar el trabajo. Las apps de reparto aseguran prestar un servicio a lxs trabajadorxs por el uso de la aplicación, y niegan que haya un vínculo laboral entre empresas y trabajadorxs, por eso los denominan “socios” o colaboradorxs autónomxs.

A pesar de que hay diferencias en el funcionamiento de las apps, ninguna de las empresas presta solo un servicio, como su publicidad y contratos aseguran. Realmente son las apps las que disponen los horarios de trabajo, precios de entregas, miden el tiempo entre la recepción de un pedido y su llegada, la distancia que recorren lxs trabajadorxs y lxs califican por su desempeño. Las calificaciones las realizan tanto las apps como los comercios (tiendas, restaurantes, licorerías, supermercados, etc.) que ofertan allí sus productos, así como lxs clientes, quienes demandan los productos desde su hogar o trabajo. En ese sentido, las calificaciones a lxs trabajadorxs devienen en formas de control, disciplinamiento y discriminación, ya que se enfrentan diariamente a ser calificadxs bajo parámetros de tiempo y trato, tanto con las personas de los comercios como con lxs clientes. La calificación no necesariamente está mediada por cómo realizaron su trabajo, sino que muchas veces la reciben en base a la subjetividad

de quienes califican. Varias son las experiencias de puntuación baja por xenofobia, racismo, machismo o porque muchas veces lxs trabajadorxs son penalizadxs si algún producto de los recibidos no fue bien empacado o no es lo que lxs clientes pidieron por la app.

Hay varios casos donde lxs trabajadorxs tienen prohibida la entrada a los comercios. No pueden entrar por distintos motivos, así que, bajo parámetros de discriminación, se ven obligadxs a esperar fuera del local sin importar el clima, las horas que lleven trabajando o el tiempo que se debe esperar por el pedido. No pueden acceder a los baños, peor a un lugar donde descansar mientras esperan. Así mismo, se enfrentan al acoso de clientes que confunden la prestación de un servicio con contratos de servidumbre. Algunas personas les piden cargar productos que exceden el peso máximo permitido o les piden que realicen actividades que están por fuera de su trabajo.

Cuando lxs trabajadorxs se niegan al capricho de lxs clientes, son mal calificadxs y, en muchos casos, sus cuentas en las apps son cerradas por las empresas bajo la política que "el cliente siempre tiene la razón". Cargar peso excesivo, ir a comprar algo extra, hasta favores sexuales cuentan entre estas solicitudes.

Investigaciones realizadas a nivel mundial visibilizan la precarización, sobreexplotación y el abandono estatal a que están expuestxs lxs trabajadorxs de reparto. Las apps, bajo el discurso de que lxs repartidorxs no son trabajadorxs, sino "autónomxs", no reconocen ninguna vinculación ni derechos laborales. Lxs trabajadorxs no cuentan con un salario fijo, muchxs trabajan por más de 10 horas diarias, 7 días a la semana, sin vacaciones. Si bien antes lxs trabajadorxs podían alcanzar el ingreso necesario para el sostenimiento de su vida y de su familia, con el transcurso del tiempo y tras el calar de las empresas en el mercado nacional, esto fue mermando más aun las condiciones de trabajo. Por ejemplo, en 2019, la tarifa de Rappi para lx trabajadorx era de \$2,50; actualmente, es de 1\$. Esto, tomando en cuenta que una parte de cada familia está en Venezuela, y que parte de los ingresos se destina siempre a remesas. Tampoco cuentan con seguros de salud, accidentes ni de siniestros viales, mucho menos seguridad social.

La presión de llegar pronto con el pedido no solo pone en peligro la vida, también crea competencia entre lxs mismxs trabajadorxs. Hay denuncias sobre cómo las apps obligan a realizar trabajos sin remuneración o cumplir promociones que benefician a las apps. En medio de la pandemia por covid-19, el trabajo de reparto aumentó su oferta y demanda. Sucedió con frecuencia que las apps obligaron a realizar dos entregas por el precio de una, es decir: dos entregas en una ruta eran cobradas con precio total a lxs clientes, pero lxs trabajadorxs recibían el pago de una, así las empresas obtenían mayores ingresos.

Mientras las plataformas te llaman "autónomx" para no reconocer derechos laborales, el Estado ecuatoriano no regula su funcionamiento, mucho menos protege a lxs trabajadorxs; peor aún a la población migrante y refugiada. Por el contrario, a través de los aparatos públicos de coerción, policía, agentes de migración y tránsito, se coloca en mayor vulnerabilidad la vida de la población trabajadora. Durante el confinamiento por covid-19, fue la población trabajadora, mayoritariamente migrante, la que sostuvo la cuarentena de las familias ecuatorianas. Las plataformas se volvieron un servicio esencial, pero a pesar de ser esenciales y poner el cuerpo a la enfermedad, el miedo, el abandono, lxs trabajadorxs no recibieron ninguna bioseguridad ni apoyo.

Las mujeres que trabajan en las plataformas, según datos levantados por el Observatorio de Plataformas en el 2020⁴, representan el 8% de lxs trabajadorxs a nivel nacional. Según lo ha explicado Yuly Ramírez, parte de la organización de trabajadores de Reparto Glovers Ecuador, las mujeres trabajan mayoritariamente de parrilleras, es decir, van en la moto detrás del conductor, que por lo general es hombre, cargando la maleta de reparto; esto, nos comenta, se debe a los parámetros machistas que consideran que una mujer no puede manejar una moto ni habitar la ciudad o la noche sola; pero también al miedo al acoso sexual y la violencia vial que enfrentan diariamente en las calles de la ciudad.

⁴Tbid.

En medio de la pandemia aumentó el número de repartidoras. Ellas no solo enfrentan las condiciones sobreexplotadoras de las apps y el abandono estatal antes descritos; además, se encargan mayoritariamente del trabajo reproductivo y de cuidado de sus familias, que en medio de la pandemia fue mucho más duro. Ese trabajo no distribuido, no visibilizado, no remunerado, no valorado, las expone a dobles y hasta triples jornadas de trabajo. De esta manera, las trabajadoras de reparto se enfrentan todos los días al acoso sexual, tanto en la calle, como por parte de clientes y trabajadores de los comercios. También enfrentan la aporofobia, la xenofobia y la sexualización de sus cuerpos, violencias ya cotidianas.

Escuchar los testimonios de las mujeres migrantes que trabajan en las aplicaciones de reparto es importante para reconocer a qué se exponen diariamente. Es igual de importante reconocer que los comercios, socios y clientes tienen responsabilidad en el trato que reciben lxs trabajadorxs, ya que también violentan y discriminan, haciendo mucho más precario su trabajo. Es preciso que reconozcamos que las personas que trabajan en el reparto están realizando un servicio, no están a nuestro servicio. Cada día, muchas de ellas no han tenido tiempo ni espacio para comer, descansar, asearse ni hidratarse, porque tienen un horario que cumplir. Si no pueden usar los baños de los comercios a donde van, muchxs prefieren no beber agua en el día, y desarrollan problemas de riñones, por ejemplo. A la vez, nadie puede dejar de producir su ingreso diario.

Es necesario escuchar a lxs protagonistas de esta realidad de primera mano y comprenderla, a fin de demandar regulaciones y progresión de derechos laborales en este contexto, de los que el Estado es un gran deudor. Como consumidorxs tenemos responsabilidad en el trato que damos a las personas que ponen el cuerpo para que podamos acceder a un servicio. El consumo responsable no es solo un eslogan para medir los que comemos, bebemos o ponemos en nuestros cuerpos: incluye cómo concebimos y dignificamos el trabajo de aquellas personas que hacen que los productos lleguen a nuestra puerta.

- Partimos de la importancia de reconocer la humanidad de la persona que realiza este trabajo. Las personas que trabajan en las apps realizan un servicio, NO ESTÁN A TU SERVICIO, por eso son necesarias tu amabilidad y empatía con la persona que trabaja, desnaturalizando el menosprecio y maltrato como modos de relación.
- Es urgente que socialicemos las condiciones laborales de lxs repartidorxs para que esto permita una mayor toma de responsabilidad de lxs clientes, tanto en el buen trato a lxs trabajadorxs como en la hiperprecarización de las empresas dueñas de las apps.
- Es imprescindible reconocer que todo producto que solicitamos es uno entre un montón de pedidos que se realizan, es decir, no es el único que los comercios socios están preparando. Gestiona tu pedido con tiempo: en las horas pico se usan mucho las apps y no podemos responsabilizar a lxs repartidorx por el tiempo que demora el servicio. Recuerda que les miden, tiempo, distancia y horarios.
- Sé consciente de que los productos que solicites son movilizadas en las espaldas de las personas que trabajan, por eso es necesario que tomemos en cuenta el peso y tamaño de lo que solicitamos. ¿LO QUE SOLICITO ES LLEVABLE Y MANEJABLE O PONDRÁ EN PELIGRO LA VIDA DE QUIEN LO TRANSPORTA?
- Lxs repartidorxs reciben, movilizan y entregan el producto, no lo preparan ni lo empaquetan. Muchas veces lxs trabajadorxs no pueden ingresar a los comercios socios, peor intervenir en cómo se prepara tu producto. Sé específico en la app, no señales a quienes reparten en caso de que algo este mal en tu pedido.
- Quienes trabajan en las plataformas están obligadxs a cumplir tiempos de entrega, si no llegan son penalizados por las apps. Es necesario que la ubicación esté bien clara y que la persona que lo va a recibir esté atenta a su llegada. En caso de que la app no te muestre claramente el mapa, preocúpate de escribir un mensaje, envía tu ubicación, colabora. Revisa si tu ubicación es correcta, si el número del lugar es legible, espera en la puerta del lugar para recibir el producto.
- Ten la cortesía de tener monedas y billetes de baja nomenclatura para que sea factible dar cambio en caso de que se requiera. Hazlo más fácil para todas las partes.
- Las personas que trabajan en plataformas digitales no cuentan con un lugar donde ir al baño o beber agua. OFRECE UN VASO DE AGUA, PREGUNTA SI NECESITAN USAR EL BAÑO, sobre todo si llegan a tu comercio.
- Los horarios, rutas y ganancias en las plataformas están condicionados por el puntaje que se alcanza durante la jornada. Como clientes, somos responsables de que las apps entreguen o retiren horas de trabajo, rutas y pagos a quienes trabajan. CALIFICA A LA PERSONA QUE ENTREGO EL PRODUCTO CON BUEN PUNTAJE, ELOGIA SU TRABAJO, NO APOYES QUE LAS PLATAFORMAS USEN LA PUNTUACIÓN PARA DENIGRAR Y EXPLOTAR TRABAJADORXS.
- Muchas veces, quienes trabajan se exponen a realizar pedidos de baja paga o gratuitos por parte de las empresas, mientras a ti te cobran el rubro completo por el servicio. Asimismo, trabajan bajo lluvia y fríos extremos sin recibir ninguna remuneración adicional. ENTREGA PROPINA DIRECTAMENTE A QUIEN TRABAJA, NO MEDIANTE LA APP.
- Muchas veces las personas trabajadoras están expuestas al acoso y la violencia de los clientes, esto es más crudo en el caso de las mujeres. SI VES ACOSO Y VIOLENCIA INTERVÉN Y EXIGE A LAS APPS LA POSIBILIDAD DE DENUNCIAR A ESTE TIPO DE CLIENTES. Recuerda que para las apps “los clientes tienen la razón”.
- Evita hacer pedidos en momentos de lluvia intensa. Las apps colocan entre lxs trabajadorxs lógicas de competencia, poniéndoles a correr entre ellxs en las calles, incluso en días de lluvias torrenciales. Al no tener un lugar dónde parar y esperar los pedidos, y siendo impedidxs de entrar a los comercios, se exponen a esperar en las afueras y enfermarse.
- Frente al abandono estatal y la precarización y explotación laboral, quienes trabajan en plataformas digitales se han organizado, creando el Frente de Trabajadores de Plataformas Digitales del Ecuador (FRENAPP). Su consigna es “Ni socios, ni esclavos, ni colaboradores. Somos trabajadores”. Apoya sus procesos organizativos desde todos los frentes posibles. Toma posición frente a la explotación y precarización laboral.

LA MIGRACION?

-LEGAL
-DELITO



¿QUE NO ES

SISTEMAS DE CLASIFICACION EN COMBA L VOLENCIA DISEÑO NACION POLICIAL CLASISMO DE ESTADO ESTABLECIMIENTO DE DERECHO

LAS FRONTERAS SON MOVILES
EXISTE EL GOB GLOBAL DE MIGRACION
LAS FRONTERAS SON MOVILES

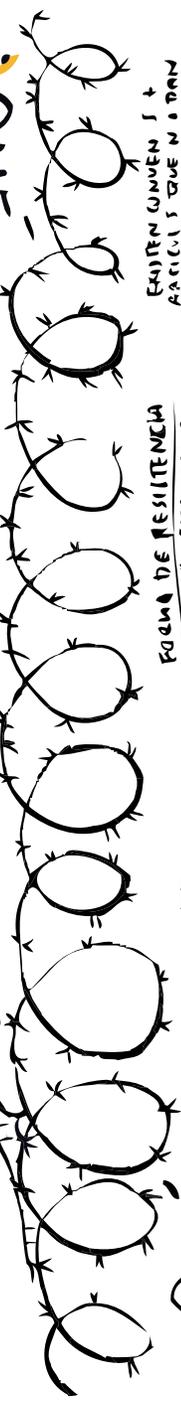
\$\$\$

-LA ESTEREA
-GENERAR CONFLICTO
-ENFERMOS
-COMUNICACION
-LA MIGRACION
-LA MIGRACION
-LA MIGRACION



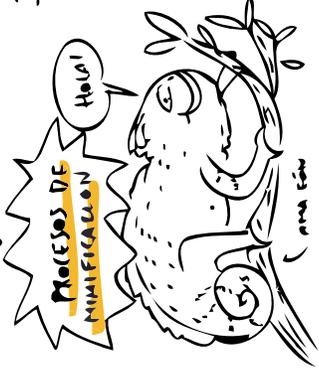
(LEVO) ESTANDO 6 MESES PARA M PADRETE

TECNICAS DE VOLENCIA



EXISTEN UNEN S + APLICAS QUE N O DAN DERECHO O LA MOVILIDAD
-CONVENIO 143
-ART 43

FORMA DE RESISTENCIA
↓
ESTRATEGIAS



¿QUE ES LA MIGRACION?

DIGNIDAD VIDA HISTORIA OPORTUNIDAD TRABAJO IDENTIDAD UN DERECHO

TENEMOS DERECHO A MARR SIN PEDIR PERMISO.
MARR ES UN DERECHO PORQUE EMITE ANTES DE TODAS LAS LEYES ES PARTE DEL SER HUMANO.

KAREN ARAUJO (COORD.)

¿Qué es un pasaporte?

¿Qué es un pasaporte? Es un documento que sirve como garantía de acreditación de nuestra identidad y nacionalidad. Permite viajar de manera internacional y es donde se registran los pasos por fronteras. Pero no todo el mundo logra tener uno. Esta información fue elaborada por participantes de la Escuela Popular de Derechos para la Movilidad Humana de 2021, para explicar por qué exigir un pasaporte venezolano para regularizarse fuera de Venezuela vulnera a miles de personas.



Descargar infografía

¿Por qué es imposible para tanta gente tener un pasaporte de Venezuela?



Precio en Venezuela: \$200

¡Más! \$80 a la toma de datos biométricos

En la web de SAIME (Servicio Admin. de Identificación Migración y Extranjería) suele aparecer un "error migratorio". ¡Significa que ¡debes ir a Caracas! ¿Y si no puedes ir? Pagas \$90 a un "gestor" que tiene un contacto y te lo arregla sin tener que viajar a Caracas. Los consulados te dicen que no pueden arreglarlo fuera de Venezuela.



el famoso "error" migratorio

¿Por qué se genera? Porque:

- 1) Saliste sin sellar pasaporte de Vzla
- 2) El gobierno cerró la frontera con Colombia y no hubo servicios de migración
- 3) ¡No tenías pasaporte para sellarlo!
- 4) Todas las anteriores.

¿Y quién puede pagar \$290 por el pasaporte, para empezar?

Luego de pagar \$90 para que te desaparezcan el "error migratorio" surge el siguiente problema: ¡Tienes una cita flotante en el sistema! ¿Por qué?

¡Porque tienes abierto un trámite anterior! ¿Por qué es un problema? Mientras tengas algo sin cerrar, no puedes solicitar otro trámite.

Pero, curiosamente, si le pagas a un gestor \$110, ¡el error desaparece en un día!



Cuando por fin no tienes "error migratorio" ni "cita flotante" solicitas tu pasaporte. ¡Por fin! Pero... pagas \$200 y el sistema solo dice que te va a asignar una cita. ¡Puede tardar hasta 6 meses!

¡Pero! Si pagas \$250 a un gestor, te dan tu cita en... ¡3 días!

Valor legal:	\$280
Borrar el "error":	\$90
Cerrar "cita flotante":	\$110
Cita en 3 días:	\$250
Total:	\$730

¿Que cómo pagas hasta \$730 en Venezuela si estás en Ecuador? Le pagas al gestor en \$\$\$ luego de buscar quién te los compre en Venezuela. Esa comisión es del 10% del monto.

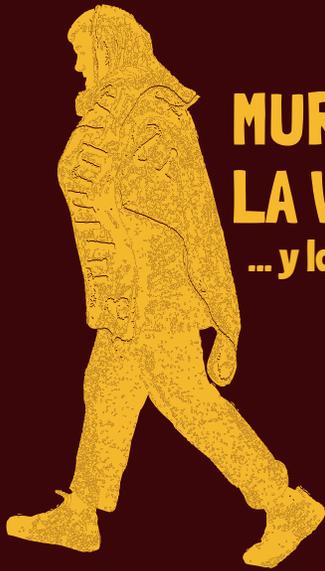
¿Aceptan bolívares? Sí, pero te cobrarán más y a un tipo de cambio más alto que el oficial.

¡Después de todo esto, tu pasaporte puede tardar 6 meses en llegar!

¿Ahora entiendes por qué es imposible para miles de personas acceder a la regularización con un pasaporte?

Elaborado por: K.A. Escuela de Corredores Migratorios





MUROS DE LA VERGÜENZA

... y la historia de nuestro logo

MUROS DE LA VERGÜENZA ...y la historia de nuestro logo

Europa también construye muros de la vergüenza. En 2017, Josep Vecino recogió en su trabajo fotográfico momentos del invierno en Belgrado, Serbia. Este país se halla en la llamada "ruta de los Balcanes", camino de migración que conecta a Grecia con Austria; en el medio, están también Croacia, Eslovenia, Hungría. De manera similar a lo que sucede en América Latina y en otras regiones del mundo, cruzan esta ruta quienes no pueden pagar coyotes que los ubiquen en barcos, así que caminan. Los caminantes de esta ruta son sobre todo jóvenes y hombres de Afganistán y Siria, pero hay quien llega a cruzar, incluso, desde el Norte de África.

Según cifras oficiales, hay más de siete mil personas en busca del status de refugio sólo en Serbia: esta es la trampa de Europa. Serbia es un país contenedor que recibe dinero de toda Europa y que permite a quienes migran permanecer en su país, pero no les concederán refugio. Esto les impide trabajar y existir, despojados de una identidad plena que les permita llevar una vida digna. Una muestra extrema de esta imposibilidad son olas de suicidios: olas que le dicen a Europa del fracaso total de sus políticas migratorias. Otras cifras, como por ejemplo las de Refugee Aid for Serbia, cuentan más de diez mil personas.

Las fotografías de Josep Vecino muestran a decenas de jóvenes y hombres refugiados en galpones a temperaturas que en el momento de registrarse estas imágenes llegaron hasta a veinte grados Celsius bajo cero. Llegan con poca ropa –algunas imágenes recuerdan los cruces mortales de caminantes de Venezuela por el páramo de Berlín, por ejemplo, antes de llegar a Bucaramanga, Colombia–, mueren por hipotermia y aun los pequeños fuegos que encienden hacen muy difícil respirar; se quema todo para tener calor, lo que provoca también problemas respiratorios.

Como sucedió en Ecuador en 2016 con la expulsión ilegal de más de ciento veinte personas de origen nacional cubano, también en

Serbia se destruyen lugares de refugio, también allí cierta dimensión de la "clandestinidad" permite, por lo menos, estar. Allí también la gente tiene miedo de registrarse para ayuda de organizaciones internacionales que traen comida o abrigo: hacerlo produce el temor de ser identificado y deportado o expulsado. Europa, como América Latina, como Estados Unidos, como África, está condenando a millones de personas a vivir sin identidad en los márgenes de los estados que, dice, protegen nuestra vida. Esos galpones ya no existen en Belgrado.

El logo de Corredores Migratorios es la imagen de uno de estos caminantes. Hemos recogido su paso para hablar de los caminos que transitan personas como él en todo el mundo.



Este libro se terminó de imprimir en **Editorial Ecuador**, Quito, en noviembre de 2022, en papel Bookcell de 90 gramos, con el trabajo de decenas de personas. Por la justicia migrante.

Este libro está dedicado a las personas que migran a pesar de las fronteras, a las que deben dejar su hogar para buscar refugio, a quienes sufren la violencia de la deportación, a las personas que retornan a sus lugares a intentarlo de nuevo, a quienes se mueven por el planeta buscando abrigo y alimento para sus seres amados, a quienes desafían todos los días a la burocracia global de los "papeles". También va en honor de quienes derriban y hackean las fronteras culturales, lingüísticas, sexuales, cognitivas, en pos de espacios liminales, mixturados, impuros y siempre, siempre hospitalarios. Las fronteras existen. Vamos a debilitarlas contando otra historia, para otro mundo.



FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG



ISBN: 978-9978-94-245-1



www.corredoresmigratorios.com

9 789978 194245 1